



THE
MELNY

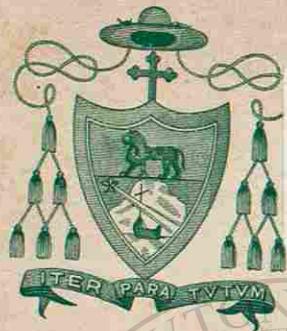
POEMAS
FANTASIA



PT2318
.S8
A44
C.1



010788



1080022157

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA CLÁSICA
CENTRO DE INVESTIGACIONES Y ESTUDIOS

OPUSCULOS
1. ...
2. ...
3. ...
4. ...
5. ...
6. ...
7. ...
8. ...
9. ...
10. ...
11. ...
12. ...
13. ...
14. ...
15. ...
16. ...
17. ...
18. ...
19. ...
20. ...
21. ...
22. ...
23. ...
24. ...
25. ...
26. ...
27. ...
28. ...
29. ...
30. ...
31. ...
32. ...
33. ...
34. ...
35. ...
36. ...
37. ...
38. ...
39. ...
40. ...
41. ...
42. ...
43. ...
44. ...
45. ...
46. ...
47. ...
48. ...
49. ...
50. ...
51. ...
52. ...
53. ...
54. ...
55. ...
56. ...
57. ...
58. ...
59. ...
60. ...
61. ...
62. ...
63. ...
64. ...
65. ...
66. ...
67. ...
68. ...
69. ...
70. ...
71. ...
72. ...
73. ...
74. ...
75. ...
76. ...
77. ...
78. ...
79. ...
80. ...
81. ...
82. ...
83. ...
84. ...
85. ...
86. ...
87. ...
88. ...
89. ...
90. ...
91. ...
92. ...
93. ...
94. ...
95. ...
96. ...
97. ...
98. ...
99. ...
100. ...

POEMAS Y FANTASÍAS.

®

BIBLIOTECA CLASICA.

TRES PESETAS CADA TOMO. — CUATRO ENCUADERNADO.

OBRAS PUBLICADAS.

Tomos

HOMERO.— <i>La Iliada</i> , traducción directa del griego en verso y con notas de D. José Gómez Hermosilla.....	3
CERVANTES.— <i>Novelas ejemplares y viaje del Parnaso</i>	2
HERODOTO.— <i>Los nueve libros de la historia</i> , traducción directa del griego, del padre Bartolomé Pou.....	2
ALCALÁ GALIANO.— <i>Recuerdos de un anciano</i>	1
VIRGILIO.— <i>La Eneida</i> , traducción directa del latín, en verso y con notas de D. Miguel Antonio Caro.....	2
— <i>Las eglogas</i> , traducción en verso, de Hidalgo.— <i>Las geórgicas</i> , traducción en verso, de Caro; ambas traducciones directas del latín, con un estudio del Sr. Menéndez Pelayo.....	1
MACAULAY.— <i>Estudios literarios.—Estudios históricos.—Estudios políticos.—Estudios biográficos.—Estudios críticos.</i> Traducción directa del inglés de M. Juderías Bänder. — <i>Historia de la Revolución de Inglaterra</i> , traducción directa del inglés de M. Juderías Bänder.....	5
QUINTANA.— <i>Vidas de españoles célebres</i>	2
CICERON.— <i>Tratados didácticos de la elocuencia</i> , traducción directa del latín de D. Marcelino Menéndez Pelayo...	4
SALUSTIO.— <i>Conjuración de Catilina.—Guerra de Jugurta</i> , traducción del Infante D. Gabriel.— <i>Fragmentos de la grande historia</i> , traducción del Sr. Menéndez Pelayo, ambas directas del latín.....	1
TÁCITO.— <i>Los anales</i> , traducción directa del latín de don Carlos Coloma.....	2
— <i>Las historias</i> , traducción del mismo.....	1
PLUTARCO.— <i>Las vidas paralelas</i> , traducción directa del griego por D. Antonio Ranz Romanillos.....	5
ARISTOFANES.— <i>Teatro completo</i> , traducción directa del griego por D. Federico Baráibar.....	3
POETAS BUCOLICOS GRIEGOS; <i>Teócrito, Bión y Moscol</i> . Traducción directa del griego, en verso, por D. Ignacio Montes de Oca, Obispo de Linares (Méjico).....	1
MANZONI.— <i>Los Novios</i> , traducción de D. Juan Nicasio Gallejo.....	1
— <i>La Moral Católica</i>	1
ESQUILO.— <i>Teatro completo</i> , traducción directa del griego, con notas, por D. Fernando Brieva Salvatierra.....	1
QUEVEDO.— <i>Obras satíricas y festivas</i>	1
DUQUE DE RIVAS.— <i>Sublevación de Nápoles</i>	1
CALDERON DE LA BARCA.— <i>Teatro selecto</i>	4
HURTADO DE MENDOZA.— <i>Obras en prosa</i>	1
SCHILLER.— <i>Teatro completo</i> , traducción directa del alemán por Eduardo de Mier.....	2
JULIO CESAR.— <i>Los Comentarios</i>	2
XENOFONTE.— <i>Historia de la entrada de Cyro el Menor en Asia</i>	1
— <i>La Cyropedia ó Historia de Cyro el Mayor</i>	1
MILTON.— <i>Paraiso perdido</i>	2
LAMARTINE.— <i>Civilizadores y conquistadores</i>	2
LUCIANO.— <i>Obras completas</i>	1

MADRID.—IMPRESA CENTRAL A CARGO DE V. SAIZ, COLEGIATA, 6.

BIBLIOTECA CLÁSICA
TOMO LXI

POEMAS Y FANTASÍAS

DE

ENRIQUE HEINE

TRADUCCIÓN EN VERSO CASTELLANO

DE

JOSÉ J. HERRERO

CON UN PRÓLOGO DE

D. MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO

Claudio B. Ochoa

SALAMANCA.

MADRID

LUIS NAVARRO, EDITOR

CALLE DE LA COLEGIATA, 6

1883



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria



47013

FONDO EMETERIO
UNIVERSIDAD DE LOS RIOS
Biblioteca Valverde y Tellez

PT2318

.58

A44

BIBLIOTECA CLÁSICA
TORO 1911



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Enrique Heine

PRÓLOGO.

Confieso que en otro tiempo gustaba yo poco de Enrique Heine, considerado como poeta lírico. Nunca dejé de admirar su prosa brillante y cáustica, y siempre le tuve por el primero de los satíricos modernos, pero la delicadeza incomparable de sus canciones ó *Lieder* se me escapaba. A otros habrá acontecido lo mismo, aunque no tengan tanta franqueza como yo para declararlo. Pero el gusto se educa, y no soy yo de los que maldicen y proscriben las formas artísticas que no les son de fácil acceso, ó no van bien con nuestra índole y propensiones. Así es que nuevas lecturas de Enrique Heine no sólo me han reconciliado con sus versos, sino que me han convertido en el más ferviente de

010783

sus admiradores y el más deseoso de propagar su conocimiento en España. Por lo cual, y aprovechando la ocasión que me presenta mi excelente amigo el Sr. Herrero, al dar á luz, por primera vez en rima castellana, todas las obras poéticas del insigne vate alemán, voy á ponerme bien con mi conciencia y á desagraviar á Heine de antiguas ligerezas mías, que afortunadamente no están escritas en ninguna parte, pero que no dejan de pesarme como si lo estuvieran.

La obra poética de Heine es muy copiosa y variada, aunque las composiciones sean generalmente breves. De aquí nace la dificultad de encerrarlas todas bajo una fórmula y un juicio, y de aprisionar en las redes de la crítica á este Proteo multiforme. Apenas hay afecto del alma moderna que no tenga su eco vibrante en alguna estrofa de Heine; pero son tan rápidas y, por decirlo así, tan etéreas é impalpables las alas de su numen, que, apenas han rozado la superficie de nuestro espíritu, se alejan, dejándonos sólo cierta especie de polvillo sutil, que es cosa imposible reducir al análisis. Por eso yo no entendía al principio á Heine, y ahora que no me empeño en descomponerlo y le tomo como es, creo entenderle. Educado yo en la contemplación de la poesía como escultura, he tardado en comprender la poesía como música. Admiré siem-

pre en Heine la perfección insuperable de la frase poética, lo bruñado y sobrio de la expresión, pero casi siempre me parecían sus cantos vacíos de contenido y realidad. Y, aun pasando más adelante, me parecían hasta insípidos y vagamente sentimentales, recreándome á lo sumo los rasgos irónicos, que forman, por decirlo así, el elemento másculo de esta poesía.

Conviene que tengamos todos alguna pasión literaria por tal ó cual poeta determinado. Sin esta pasión no hay calor, y la producción sería imposible. Este autor, objeto de esa devoción familiar, importa poco quién sea: lo único que importa es que pertenezca á la categoría de los ingenios proceres y eminentes. Muchas puertas llevan á la encantada ciudad de la fantasía: no nos empeñemos en cerrar ninguna de ellas, ni en limitar el número de los placeres del espíritu. No es plástica la poesía de Enrique Heine, pero encierra misterios de sentimiento y recónditas armonías, no concedidas á la línea. La misteriosa virtud de esta poesía no penetra por los ojos, pero empapa con tenue rocío el alma. Todo se encuentra en esos versos, pero volatilizado y aeriforme. Cada lector va poniendo á esa música la letra que su estado de ánimo le sugiere. Enrique Heine no hace más que apuntarla, y pasa á tocar con su varita mágica otra cuerda del

alma. Pero en esa poesía de filamentos tan tenues ha tramado el maligno encantador una red de ensueños y de dolores, de cuyas mallas, que á primera vista parece que un niño rompería, no hay corazón humano que se escape, porque todos encuentran allí algún fragmento de su propia historia. ¡Hechizo singular, maravilloso poder el de esas gotas de licor refinadísimo, encerradas en un cristal tan transparente! Quien con mano distraída abre el libro y empieza á hojear esas composiciones tan sin asunto (según el modo vulgar de entender el asunto), siente á poco rato levantarse voces interiores que responden á la voz del poeta, y moverse en su memoria tempestad de hojas secas, y dar lumbre todavía el mal apagado rescoldo. *Agnosco veteris vestigia flammæ*. Ahí está el fundamento de la inmortalidad de Enrique Heine. Sus audacias de polemista, sus arranques humorísticos, pasarán en gran parte con las circunstancias que los engendraron; ¿qué digo? están pasando ya, y quizá queden algún día reservados para regalo de los eruditos. La humanidad que olvida todo lo que destruye y no edifica; la humanidad que lee poco á Luciano y que cada día va leyendo menos á Voltaire, quizá olvidará los elocuentes y deslumbradores *pamphlets* de Heine; y la iniquidad con que derramó sobre propios y ex-

traños el lauro ó la ignominia, destrozando un día lo que el anterior había ensalzado. Esas páginas vindicativas y sangrientas; esos gritos coléricos de Heine en lo que él llamaba *el combate por la humanidad*; todo ese tumulto de polvo y de guerra que parece rumor de muchos caballos salvajes, pero de raza inmortal, lanzados á pisotear con sus cascos cuanto la humanidad ama y reverencia; todo esto, digo, tuvo su hora, y pasó: todo esto tuvo su fuerza corrosiva, y ya se va gastando y amortiguando.

Yo no sé si nuestros nietos leerán todavía la *Alemania*: de fijo no la leerán los jóvenes ni las mujeres, pero sé que el pino del Norte soñará eternamente con la palmera oriental; y que cuando se hayan apagado los últimos ecos de la terrible canción con que hilaban su venganza los tejedores de Silesia, proseguirá brillando aquella trémula estrella de amores que descendió del cielo á la tierra, como leemos en el *Intermezzo*. ¡Dichosa inmortalidad la del poeta, por quien reverdecerá en el corazón de las generaciones futuras, coronándose en cada nueva primavera de flores y de fruto nuevo, el árbol de la esperanza y de los recuerdos! Y grande debe de ser, sin duda, el oculto prestigio de esos versos, capaces todavía de conmover en lengua extraña, con rimas nuevas, y hasta des-

tituidos á veces del halago métrico. Parece como que la esencia de estos *Lieder*, por lo mismo que es tan espiritual y recóndita y que no está pegada á los ápices de la dicción, ni envuelta en el tornear de la frase, sobrenada siempre como el aceite sobre el agua, y hasta en la prosa francesa de Gerardo de Nerval se siente y percibe. Que es condición de la belleza eminente no ser de la que los filólogos guardan para fruición suya, ni de la que se pierde por adjetivo de más ó de menos, sino de la que resiste á todas las manos que la trabajan y reproducen, y por ser su raíz universal y humana, es también comunicable y difusa en alto grado, y es á un mismo tiempo la más traducible y la más intraducible de todas las creaciones del arte. No se traduce el sonido de las sílabas, pero se traduce su vibración en el alma, que es lo que importa. Lo demás, fácilmente lo adivinará quienquiera que tenga sentido poético.

Enrique Heine es el último de los grandes poetas de este siglo, el más próximo á nosotros, y quizá por eso el más amado de muchos. Sólo Alfredo de Musset comparte con él el cariño de los que en la generación joven todavía se apasionan por las cosas de arte. Y hay en verdad evidentes relaciones entre los dos poetas, sobre todo por ser uno y otro poetas sinceros, si alguna vez los hubo,

y tales que el tiempo, gran depurador de las cosas, deja hoy en pie su obra casi íntegra, al paso que ha marchitado no pocas languideces del lirismo lamartiniano, y tanta falsedad intrínseca y tanto oropel teatral como se albergó bajo el espléndido manto de armonías y de colores, tejido por la musa de Víctor Hugo. ¿Qué más? hasta los piratas de lord Byron van pareciendo inofensivos, en comparación con el pirata interior, con el *demonio tenaz del pensamiento*, que el poeta llevaba consigo, y que, cuando hablaba por su cuenta, le hacía ser mil veces más elocuente que todos los Laras, Cañes y Sardanápalos. En vano prosigue Víctor Hugo (el último superviviente de los poetas románticos) martillando sobre el yunque donde se forjan los alejandrinos centelleantes. El tiempo de los *rugidos de titán* ha pasado, y ya no espantan sino á los niños. El *Souvenir* de Musset vive en todas las memorias, y en cambio, ¿quién recuerda hoy una sola estrofa de las *Orientales*?

Por el contrario, nada más fresco á la hora presente que *El Regreso*, *La Nueva Primavera*, *El Mar del Norte* y *El Romancero*, de Heine. Nunca la mezcla de espontaneidad y de reflexión ha llegado en el arte moderno á más alto punto. Nunca se ha alcanzado más profundo efecto con medios más sencillos, con historias casi triviales de amor.

Nunca ha florecido una poesía más intensamente lírica, y más desligada de las condiciones de raza y de tiempo; más propia, en suma, para servir de expresión palpitante á sentimientos de todos los pueblos y de todas las latitudes. Nunca ideas y afectos más flotantes, más ondulosos, más difíciles de aprisionar en la tela de oro y seda que teje la palabra rítmica, han venido tan dóciles al conjuro del poeta. Nunca manos escépticas han tocado con tanto amor las luminosas quimeras de la vida.

Todo, hasta el más fugitivo movimiento del ánimo, se cuaja aquí en forma traslúcida. La naturaleza no está directamente y como objeto, sino reflejada en el alma del poeta. Los aromas del Oriente perfuman sus cantos: el ruiseñor de Hafiz vuelve á sonar en sus verjeles: ruedan solemnes las aguas del Ganges sagrado, donde la simbólica flor del loto aguarda el beso de la luna: cruzan entre las nieblas del Norte los dioses de la Grecia desterrados; y la austera sombra de nuestro Jehudá-Leví de Toledo se levanta como llameante columna que guiaba á la caravana de Israel por su nuevo destierro. La misma extraña mezcla de sangre y de educación que había en Enrique Heine contribuye á dar peregrino sabor á estas poesías. Hebreo por raza, alemán por nacimiento, francés por larga residencia y por algunas partes (no las

mejores) de su genio, buscó en el Mediodía calor, luz y libertad para su poesía mediatunda y germánica. De todo ello resultó un fruto acre y picante, y á la vez sabroso y tierno, que quizá nunca volverá á darse en el mundo, porque las condiciones en que se dió no son de las que se procuran artificialmente. Y no es una de las menores glorias de Enrique Heine el ahuyentar eternamente la turba gárrula de los imitadores. Heine sin la ironía no es más que medio Heine; y la ironía heiniana, lo mismo que la ironía socrática, ni se imita ni se parodia. Fué (como ha dicho ingeniosamente uno de los críticos de su nación, que no acaban de perdonarle de buen grado sus ofensas á ella) *un ruiseñor alemán, que hizo nido en la peluca de Voltaire.*

A tan soberano autor nos presenta traducido en verso castellano el joven y distinguido poeta valenciano D. José J. Herrero. A quien con empresa de tal magnitud se estrena en la república de las letras, poco pueden halagarle los elogios de rigor en un prologuista y en tales ocasiones. No aspira ciertamente el Sr. Herrero al lauro de la perfección en intento tan difícil y en tan copioso número de versos. Pudo conseguirla Florentino Sanz en una docena de canciones escogidas y cuidadas con particular esmero; pero en una obra

larga nadie escapa de inevitables desigualdades. Así y todo, compárese esta versión del *Intermezzo* con las cinco ó seis que hasta ahora tenemos en castellano, y, á mi entender, se la encontrará más poética y más fiel que las restantes. La traducción de las colecciones posteriores, todavía me agrada más, porque la mano del traductor corría más suelta y ejercitada, y había llegado el Sr. Herrero á identificarse más con el espíritu del original que traducía. Pueden notarse, en verdad, algunos versos flojos ó faltos de cadencia y número, tal ó cual expresión prosaica, y alguna no muy propia; defectos fácilmente perdonables cuando el conjunto agrada y da una idea bastante exacta de las bellezas de los *Lieder*. Por mi parte, sólo aconsejaré al Sr. Herrero que procure acercarse todo lo más posible á la frase alemana, en los casos en que esta difiere del texto en prosa que el mismo Heine autorizó en París, modificándole con frecuencia él ó su traductor por escrúpulos y consideraciones nimias al meticuloso gusto francés, que no deben hacernos fuerza en España.

Aunque sus propios versos originales no lo acreditaran, bastaría esta versión para dar al Sr. Herrero crédito y nombre de poeta. Su educación literaria, sana y severa, basada principalmente en el estudio de los modelos de las literaturas inglesa

y alemana, nos hace esperar de él que ha de trasladar con feliz éxito á nuestra literatura, bien necesitada hoy de savia vigorosa, elementos nuevos y dignos de vivir y florecer bajo todos los climas.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

Junio de 1883.



Claudio B. Celso

SALAMANCA

NOTICIA

ACERCA DE

ENRIQUE HEINE.

I.

Después de Goethe, que resume todos los trabajos de la literatura de su patria, y de Hegel, que compendia todos los esfuerzos y las inquisiciones de los metafísicos durante más de medio siglo, esperaba á la historia del pensamiento en Alemania una transición brusca, una crisis suprema, un momento de terrible vacilación y de intranquilidad profunda.

La serenidad del genio de Goethe y la tranquilidad de Hegel encubrían cuando menos los pensamientos de lucha del genio nacional. Pero muertos los maestros, corrióse los velos, huyeron las ilusiones, y fué preciso comprender, aunque tarde, que de aquella generación, nutrida por ellos, por ellos educada, brotaba una Alemania nueva, henchida de aspiraciones no definidas, y llena la mente de quimeras y de inciertos ideales.

Una sola cosa aparecía clara entre el vago des-

petar de sus aspiraciones; un deseo aparecía formulado: dejar el campo de la abstracción y penetrar con pie firme en el estadio fecundo siempre de la realidad.

Un escritor existe que resume fielmente la agitación de aquella época: Enrique Heine.

Nació el gran poeta en Düsseldorf, á orillas del Rhin, de una familia considerada con justicia en su patria, y en la cual contaba por parte de madre médicos ilustres, y negociantes acaudalados por parte de su padre.

Enrique, el mayor de cuatro hermanos, una hembra y dos varones, médico en Rusia el uno y oficial el otro al servicio de la Austria, perdió bien pronto al autor de su sér, y quedó sujeto á la autoridad de un tío paterno, el banquero Salomón Heine, notable por su generosidad y por lo inmenso de su fortuna, que desheredó más tarde al poeta por sus aficiones poco serias y por su falta de sentido práctico.

Esto hacía exclamar al autor del *Reisebilder*: «Tengo derecho á ser inmortal; he comprado por diez y seis millones mi asiento en el Parnaso.»

Los biógrafos todos colocan en enero de 1800 la fecha del nacimiento de Heine; es indudable, sin embargo, si nos atenemos al mismo dicho del vate en una carta á Saint-René Taillandier, que nació en 12 de diciembre de 1799, y que la inexactitud cometida por cuantos sostienen el anterior aserto fué ocasionada voluntariamente para salvar al poeta del servicio del rey de Prusia en la época de la invasión prusiana.

«Lo importante, añade poco después Heine, es que yo nací, y que nací á orillas del Rhin.»

Su primera educación fué terminada en el convento de franciscanos de Düsseldorf. Contradicción rarísima que puede en parte explicar la múltiple volubilidad de su carácter. El descendiente de judíos recibe del monasterio cristiano la primera enseñanza de las cosas, y siente entre los claustros del convento la languidez inetable de sus primeros tedios de adolescente.

Frecuentó después el Liceo de la Villa; en 1819 principió en la Universidad de Bonn el estudio de la jurisprudencia; continuólo en la de Gottinga, hasta que, tres años más tarde, entregóse por completo en Berlín, y bajo la dirección de Hegel, al estudio de las ciencias filosóficas.

Entonces fué cuando le unió amistad estrecha con todo lo que en Berlín existía de más notable en las ciencias y en las artes. Eduardo Gans, Varnhagen d'Ense y su esposa Rahel, Franz Bopp, Chamisso y el mismo Grabbe, formaron parte de las relaciones del tornadizo estudiante.

Era Heine por entonces un escolar asiduo, que estudiaba con ardor y aprendía pronto, y que, al revés que Luis Boerne, mezclado también como él en aquella aristocracia del pensamiento, tomaba por contradicción extraña, con seriedad profunda, los arduos problemas de la idea, y se engolfaba con ardor en aquellas pavorosas cuestiones de la metafísica hegeliana.

En medio de aquellos trabajos, el arte le llamaba con su voz de sirena, y le atraía hasta su lado con

magia ineludible. En 1821 publicaba sus primeros versos (*Junge Leiden*), prólogo, por decirlo así, de el *Libro de los cantos*. En 1823 daba al público sus dos dramas silbados, *Almanzor* y *Ratclif*, y entre ellos su inmortal *Intermezzo*. Más tarde, por último, publicó en 1825 el primer tomo de su *Reisebilder* (Cuadros de viaje), en el cual se revela por completo jefe de una escuela nueva.

Relación de sus viajes por la Alemania, el Tyrol, la Francia, la Italia y la Inglaterra, bastaría sólo esta obra para dar la celebridad deseada al más descontentadizo de los escritores. Su éxito fué inmenso; la sorpresa de Alemania profunda: ¿cómo juzgar la audacia de aquel escritor, que si la hería con las flechas de su pensamiento atrevido, la enaltecía con los resplandores de su genio?

Un nuevo poema (*Heimkehr*) *El Regreso*, fué publicado pocos meses después de sus viajes, y poco tiempo pasado, en 1827, apareció el *Libro de los cantos* (*Buch der Lieder*), que tuvo resonancia igual y despertó controversias idénticas á las suscitadas por sus obras anteriores. *El Mar del Norte* (*Nord See*) forma parte de la segunda parte de este libro.

Atraído en 1830 á Francia por la revolución, sus correspondencias á la *Gaceta de Augsburgo* y á los *Anales Políticos*, su libro sobre la Francia, su *Lutecia*, fueron, lo mismo que la *Alemania* y que las *Memorias de M. de Schnabelewopski*, fruto de aquella campaña política en que, acusado unas veces de espía de Luis Felipe y de la Alemania, de Sansimoniano otras, pospuesto sin justicia á

Luis Boerne, en el cual al menos reconocía su patria alemana grandeza de corazón, se defendía de tanto y tanto ultraje con las flechas certeras de su inagotable ironía.

Atta-Troll (fantasía de una noche de estío), extraño poema en que el protagonista es un oso, vió la luz pública en 1840 en los folletines del *Diario del Mundo Elegante*. En 1842 publicó sus *Nuevas Poesías*; y enfermo ya de muerte, clavado, como dice un escritor ilustre, á la cruz de la parálisis por los clavos del sufrimiento, publicó su *Romancero*, sus *Melodías hebraicas* y su *Libro de Lázaro*.

En 1856, por último, murió aquel gran genio, que durante veinticinco años representó en Alemania el espíritu de la Francia, y en Francia el espíritu de Alemania, y que dotó á nuestro siglo, además de las ya citadas, de tantas otras obras, que no citamos por no alargar demasiado esta reseña.

II.

Indicados, aunque á la ligera, los principales hechos de la vida del poeta, no podemos sustraernos al deseo de considerar, aunque también con brevedad, los principales caracteres que sobresalen en sus obras.

El humorismo es la nota esencial de las obras de Heine: nada existe para él sagrado, ni fe, ni

amor, ni patria; todo, bajo su pluma, se retuerce y gime, como se retuerce la carne viva bajo el escalpelo del disector; los dioses caen ante los golpes certeros de sus flechas; la patria, convulsa y colérica, sale de sus manos flagelada; el amor, eterno encanto de su vida y castigo eterno de su existencia, aunque siempre profesado, no es siempre respetado por su pluma, más temible en sus manos que la espada en manos del *Berserke* de los cantos suecos.

Todo sin orden, sin prejuicios, sin sistema. Hierde lo que á su paso encuentra, sin cuidarse de averiguar lo que después en su lugar ha de elevarse. Múltiple en sus sentimientos, universal en sus creencias, indeciso y tenaz á un tiempo mismo en sus convicciones, jamás Proteo revistió tal número de formas, ni dios indio infiltró su esencia en mayor número de transformaciones.

Sus burlas, acerbas siempre, siempre mortales, tienen en el fondo algo de melancolía simpática, algo de incomparable dulzura y de inefable ternura.

Si él lo aborrece todo, si de todo se mofa, si contra todo se revuelve, ¡qué tesoro, en cambio, de cariño para todo lo noble y lo justo! ¡qué inagotable amor á todo lo grande! ¡qué inacabable admiración hacia todo lo bello!

Sus dientes muerden, pero sus labios cubren de besos las mordeduras, y pronto coloca piadoso sobre la abierta llaga el dicitamo dulce que llegará á sanarla.

Contra todo se torna airado y todo lo adora

al par. Unas veces fustiga al Dios cristiano, ya riendo de la virgen católica que liba confiada el amor en los labios rojos del sobrino de un rabino, ó llorando en estrofas por los muertos dioses de la vieja Grecia, y después canta al Cristo redentor con inspiración ardiente en las estrofas del *Mar del Norte*.

Él, que en su *Heimkehr* nos habla de «la ironía que Dios ha colocado en su universo, y con que el gran poeta del Quijote ha llenado el suyo,» suspiraba indignado, cuando adolescente, al ver el premio inmerecido que hallaban en la tierra el valor indomable y la romántica generosidad del héroe de Cervantes. El, que se mofa del Cristo, cuenta la impresión dulcísima que en su mente producía un Cristo crucificado que miraba, siendo niño, en el convento de Dusseldorf.

Su espíritu, abierto á todas las impresiones, transformábalas todas en sentimiento artístico, dándoles, al realizar la obra poética, la nota esencial de su originalidad inagotable.

De todos sus antecesores en la literatura alemana, lególe Wieland la sensualidad amable; su sentimiento ardiente, Schiller, y Goethe su panteísmo espiritualista. Tan sólo Klopstok fué ajeno á la formación del poeta, porque su espíritu repugnaba todo lo enojoso.

Se ha tildado á Heine de la dureza con que tantas veces trata á la Alemania, á *la vieja de allá abajo*, como él, con su humorismo acerado, la llamaba; y esta tendencia antigermánica resulta más marcada comparando otro libro que, tam-

bién sobre la Alemania, escribía una francesa en los comienzos de la actual centuria.

Nos referimos á *La Alemania* de Mad. Stael.

No es de extrañar la diferencia. Mad. Stael, como dice Caro, publicaba su libro después de un paseo en que tan sólo pudo ver aquello que á los alemanes les convenía que mirase. Su viaje fué acogido por todos con recelo. Goethe, en su correspondencia, da á entender hasta qué punto le preocupaba la entrevista con la extranjera; Schiller, hombre de corazón ardiente, temía su llegada, y hasta el mismo Schlegel, el jefe de estado mayor, por decirlo así, de aquella mujer admirable, anunciaba á sus colegas su venida como para apercibirlos á la defensa.

Poco en estas circunstancias pudo ver de la esencia de las cosas y de lo íntimo de aquella sociedad la dama francesa. Su viaje fué, como dice el escritor antes citado, semejante al de Catalina de Rusia, hallando siempre en las estepas de la Crimea la fantasmagoría riente de una prosperidad artificial. Aquel viaje de *sultana del pensamiento* era sólo á propósito para contemplar, y no siempre, la superficie de las cosas.

Además, Mad. Stael, desterrada de su patria, en su santo horror á los enciclopedistas, á los revolucionarios y á los soldados, buscaba un pueblo que oponer como modelo á aquella Francia, agitada todavía por las convulsiones de una revolución profunda. Su libro es, en este concepto, como Heine entiende, una obra semejante á la de Tácito.

Heine, por el contrario, era alemán; alemán que sentía como nadie las faltas de su país, y aborrecía desde el extranjero el oropel de sus falsas glorias; que veía sólo en las pretensiones militares de la Prusia la armadura colocada sobre el manto de Tartuffo, y que necesitaba defender, por último, su sér individual, calumniado unas veces y mal comprendido otras.

A pesar de todo, discípulo de Hegel, no dejaba de alentar, mal de su grado, la *gran idea*. Tenía como toda la Alemania de entonces, la noción inconsciente de un gran fin, no definido aún, y si como un *enfant terrible* decía alto los secretos de la casa, poco después se entusiasmaba y creía con toda su alma en el triunfo próximo de su raza. «Guardaos,—dice entonces,—mis queridos vecinos de la Francia; cuando ese día llegue, vuestras horas están contadas.»

El amor, por último, es en Heine también rareza, confusión extraña de sentimientos encontrados.

Sus mujeres son, como las de Goethe, seres vivos que se pasean por sus poemas; mujeres animadas por nervios y por arterias, y no movidas por el resorte convencional de un cariño anodino, incomprendible casi siempre.

Aquella mujer del *Intermezzo*, desengaño primero de su vida, y fuente de su inspiración primera, la hemos conocido todos. En los versos de aquel poema, collar de perlas, cuyo hilo retiró el autor después de formado, sin que la sarta se desgranara, como un crítico ilustre lo llama, hay algo de la

historia de todos, y uno siente arder el rubor en las mejillas al leer en la soledad sus estrofas. El poeta ha sorprendido sus secretos, y sus sufrimientos, esculpidos con mano segura, vibran allí prisioneros en el rítmico molde de versos inmortales.

La amargura más inocente, la queja más sentida anima todo el libro; mas después, cuando el llanto se ha secado, cuando el espíritu herido se revuelve contra quien le hirió con saña tanta, la burla ocupa el lugar de los suspiros y el *humour* más amargo, el veneno más acre sirve, en vez de lágrimas, de jugo á sus canciones.

En toda mujer hay algo de demonio.

«¡Dichoso mortal—dice hablando de Lusignan—amante de Melusina, cuya adorada sólo fué serpiente á medias!»

Su sátira, fría siempre, cautiva por su sencillez en todas las ocasiones.

Dice en el *Regreso*:

«¿Cómo puedes dormir tranquila sabiendo que yo vivo aún? Mi vieja cólera reaparece, y romperé mi yugo.

»¿Conoces la vieja canción? ¿la canción de un hombre muerto, que vino á media noche á buscar á su adorada y la arrastró al fondo de la tumba?

»Créeme, hermosa niña, hermosa niña maravillosamente bella, yo vivo y yo soy aún más fuerte que todos los muertos juntos.»

Su bufonería toma á veces un carácter melancólico que la hace aún más simpática; el gladiador, cansado de luchar, se queja, y sus quejas penetran hasta el alma.

La figura de Heine, compleja, universal y múltiple, se refleja en sus obras; su mente, apasionada de las luchas de su siglo, de los combates de su época, se refugia buscando calma en los viejos recuerdos de la patria; sus cantos tienen entonces la dulzura infantil de Novalis, la enérgica cadencia de las baladas de Brentano, y el mágico atractivo de Tielk.

Es, como dice Gautier, el Apolo, á quien, si de un lado presta su luz el sol del Mediodía, destaca por el otro su figura entre el resplandor argentado de la luna de las noches alemanas.

Entonces, en su *Romancero* y en sus *Nocturnos*, sobre todo los fantasmas de los cuentos de su patria, Loreley, la rubia encantadora de la montaña, el rey Haroldo prisionero de la Ondina en el fondo de los mares, el paladín muerto en el campo de batalla, el caudillo moro, el español aventurero, el galán romántico, todos los héroes de la pasada edad reaparecen evocados por su pluma, y cobran nueva vida y aliento nuevo, animados por su inspiración poderosa.

Todo se agita en torno suyo; penetra en la selva oscura de la Alemania, y el hacha acerada de su genio esculpe, en las encinas añosas del sombrío bosque, en vez de la estatua de Irmenrul, la figura simpática de Apolo. ®

Entonces, contemplando su obra, las lágrimas mojan sus ojos; pero pronto, dice Nerval, su manga pintarrajada de bufón seca sus lágrimas, y los cascabeles de la locura ahogan con sus ruidosos ecos el rumor de sus sollozos.

«No creáis en mi llanto ni en mi risa,—dice Heine, — risa de hiena, lágrimas de cocodrilo.»

Pero, lo repetimos, á vueltas del amargo encono que campea siempre en la mayoría de sus producciones, es Heine apasionado y creyente, siempre original y atrevido, y aun en medio de sus amargas diatribas contra su patria, conserva siempre hacia ella un cariño respetuoso y austero.

Seguro de su éxito, no pide de sus contemporáneos monumentos; sólo pide sobre su sepulcro una espada, «que él ha luchado como buen soldado en el combate del progreso eterno,» son sus propias palabras: ese es el único título de gloria que exige y que reclama.

La misma Alemania atendía con expectativa ansiosa á las evoluciones del pensamiento de aquel su hijo pródigo desterrado en extranjera tierra.

Cuando la enfermedad le retenía prisionero sobre su lecho, ninguno de sus compatriotas volvía de Francia sin rendir con su visita un tributo de admiración al gran poeta. «Aristófanés se muere,» decía Mr. Adolfo Starr contando su última entrevista con el gran poeta; y la Alemania entera lloraba en silencio aquella muerte de uno de sus genios.

Llegado á Francia, joven, hermoso como una escultura de Fidias, armónico y feliz consorcio de la belleza helena y de la gracia hebraica, rebosando genio en sus escritos, gracia en sus conversaciones, dinero en las relaciones prosaicas de la vida, aquel Cristo, como él se llamaba, que sólo admi-

tía infieles ó creyentes, pero jamás iguales, que tantas Magdalenas redimiera por el amor, espiraba, abandonado en su agonía lenta, en una habitación de aquel Paris que tanto le había admirado, y donde sus triunfos habían encontrado un teatro siempre dispuesto á aplaudir la galanura de su inimitable estilo.

Entonces su última inspiración voló desde su mente al mundo.

Los recuerdos de su patria y de los pasados tiempos, su *Romancero*, en una palabra, fué la primera de sus tres últimas producciones.

Después, las *Melodías hebraicas*, en las cuales parece vibrar más verdadera que en ninguna de sus obras su espíritu de creyente, y en las cuales dice, hablando de Jehuda ben Halevy, el más querido para él de todos los poetas:

«Que mi lengua quede pegada ardiendo á mi paladar, y que mi mano derecha se seque, si yo alguna vez, Jerusalén, te olvido.

»Estas palabras de un salmo llegan hasta mi oído.

»Espectros de mis sueños, ¿cuál de vosotros es Jehuda ben Halevy de Toledo?

»Yo lo he reconocido en su frente pálida que tan fieramente conduce su pensamiento, en la dulce fijeza de sus ojos (que me miran con tan inquieta atención).

»Sobre todo lo he reconocido en el misterioso sonreír de sus dulces y bellos labios, armoniosa-

mente unidos como dos versos: los poetas solos los tienen parecidos.»

Este cantor bíblico que amaba aquella Jerusalén que sólo en sueños había visto, como el trovador Rudel á Melisandra, era simpático á los ojos de Heine, que más que nunca, y acaso por primera vez, sentía en aquellas horas de soledad eterna necesidad de creer en un Dios, en el Dios de sus mayores.

El *Libro de Lázaro*, su última producción, es un relato de sus días de fiebre y de sufrimientos, plagado de páginas bellísimas y de sentimientos delicados. A veces su burla y su sátira aparecen, pero su mofa tiene cierto carácter melancólico que entristece y abruma el ánimo.

«¿Vos venís á verme? ¡siempre original!» decía á Berlioz, lamentándose del abandono de sus amigos; y más tarde escribía á Teófilo Gautier:

«No os apiadéis demasiado de mí; la viñeta de la *Revista de Dos Mundos*, en que me han representado macilento y con la cabeza inclinada como un Cristo de Morales, ha conmovido ya bastante en mi favor la sensibilidad de las buenas gentes; yo quiero que me pintéis hermoso, como las mujeres bonitas. Vos me habéis conocido cuando era joven y floreciente; sustituid con mi antigua imagen esta efigie lamentable.»

Sus últimas producciones vibran burlescas, sin embargo, como si temiera haber dicho demasiado con sus *Melodías hebraicas*.

La nota esencial de su genio fué hasta la muerte su sangrienta burla por todo y contra todo.

La misma Alemania, que jamás llegó á perdonarle por completo sus mofas constantes y sus frases incisivas, parecía como que sentía orgullo viendo el valor indomable, la serenidad de espíritu con que Heine soportaba el martirio horrible de su agonía interminable.

JOSÉ J. HERRERO.

Charles B. Ochs

SALAMANCA.



U A N L

L'INTERMEZZO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



PRELUDIO.

Es en el antiguo bosque,
Es en la selva encantada;
Se respira el grato aroma
Que la flor del tilo exhala,
Y el fulgor maravilloso
De la luna solitaria,
Mi corazón va llenando
De delicias olvidadas.

Andando vóy, y á mi paso
El aire rompe su calma:
Es el ruisenior que amores
Y penas de amores canta.

Canta el amor y sus penas,
Sus delicias y sus lágrimas;

Y llora tan tristemente,
Gime con dulzura tanta,
Que mil sueños olvidados,
En mi mente se levantan.

Sigo andando, y en un claro
De la selva abandonada,
Ante mí miro un castillo
Que alza sus viejas murallas.

Cerradas miré las rejas,
Todo era tristeza y calma;
Creí que tras de los muros
Sólo la muerte habitaba.

Vi una esfinge misteriosa
Ante la puerta parada,
Cuyo aspecto á un tiempo mismo
Atraía y espantaba:
De león era su cuerpo,
De león eran sus garras,
Y de mujer su cabeza,
Sus flancos y sus espaldas.

¡Una hermosa! prometía
Deleites con su mirada;
De sus labios arqueados,
En la sonrisa, vagaban
Promesas halagadoras,
Misteriosas esperanzas.

¡El ruiseñor en el bosque
Tan dulcemente cantaba!
Resistir no me fué dado,
Y desde que en hora infausta
Sellé con un beso ardiente
Aquella boca de lava,
Por un encanto invisible
Miré sujeta mi alma.

Viva tornóse de pronto
Aquella marmórea estatua:
Suspiros, tiernos suspiros
De su pecho se escapaban,
Y con sed devoradora,
Anhelante, apresurada,
Bebió de mi ardiente beso
La devastadora llama.

Vi que hasta el último soplo
De mi vida ella aspiraba,
Y que jadeante de goces,
Entre sus robustas garras
Mi pobre cuerpo cansado
Oprimía y desgarraba.

¡Goce y placer infinitos!
¡Dulce angustia! ¡Dicha amarga!
Mientras que de aquella boca
Los besos me embriagaban,
Sus duras uñas mi cuerpo
Sembraban de rojas llagas.

—«¡Oh bella esfinge! ¡oh amor!—
El ruiseñor lejos canta.—
¿Por qué, di, tantos dolores
A nuestras dichas enlazas?

»Revéleme el triste enigma,
¡Amor! ¡esfinge adorada!
Que hace muchos, muchos siglos
Que en ellos piensa mi alma!»—

I.

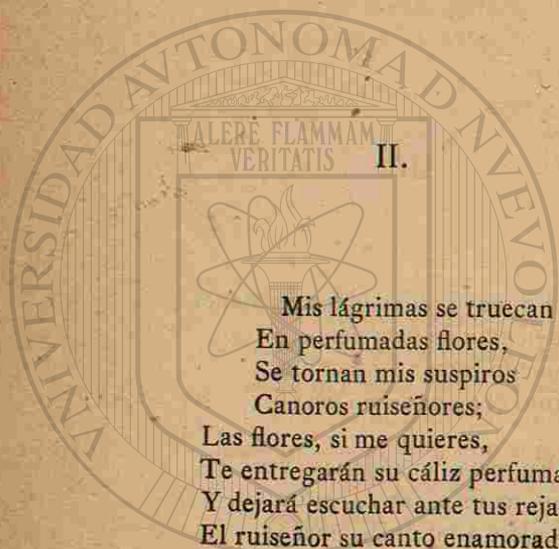
En mayo, cuando los gérmenes
Revientan de vida llenos,
Cuando brotan las semillas,
Brotó el amor en mi pecho.

En mayo, cuando las aves
Entonan sus cantos bellos,
Confesé á mi dulce amada
Mi pasión y mis deseos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





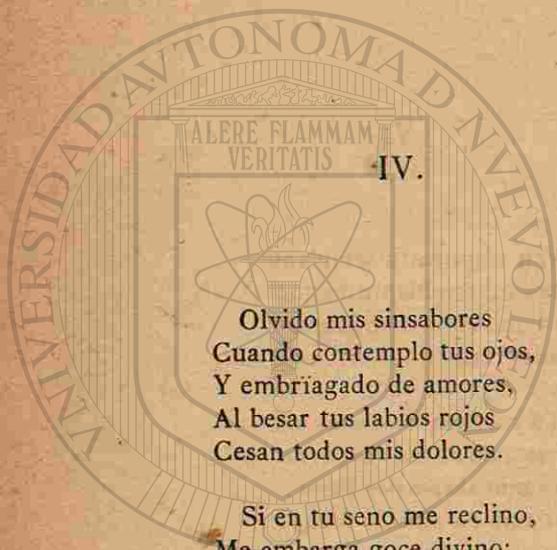
Mis lágrimas se truecan
 En perfumadas flores,
 Se tornan mis suspiros
 Canoros ruseñores;
 Las flores, si me quieres,
 Te entregarán su cáliz perfumado,
 Y dejará escuchar ante tus rejas,
 El ruseñor su canto enamorado.

III.

Aves y luces y flores
 Otras veces amé yo;
 Tú eres hoy mi amor tan solo,
 Niña de mi dulce amor;
 Tú, que eres á un mismo tiempo
 Para mi ardiente pasión
 La estrella, y el blanco lirio,
 Y la paloma, y la flor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Olvido mis sinsabores
 Cuando contemplo tus ojos,
 Y embriagado de amores,
 Al besar tus labios rojos
 Cesan todos mis dolores.

Si en tu seno me reclino,
 Me embarga goce divino;
 Mas ¡ay! si dices «te amo,»
 La frente en silencio inclino
 Y amargo llanto derramo.

V.

Ven y apoya tu semblante
 Sobre mi semblante yerto,
 Para que en una se fundan
 Las lágrimas que vertemos.

Tu corazón contra el mío
 Aprieta en abrazo estrecho,
 Para que abrasarlos pueda
 La llama de un solo fuego.

Y cuando de nuestro llanto
 Corra el torrente deshecho
 Sobre la llama que ardiente
 Va nuestro sér consumiendo;
 Y cuando cña mi brazo
 Tu talle leve y esbelto,
 En un trasporte de dicha
 Espiraré satisfecho.

VI.

Quisiera que mi alma amante
Guardara de un blanco lirio
La corola perfumada,
Y que la flor anhelante
Entonara en su delirio
Una canción á mi amada.

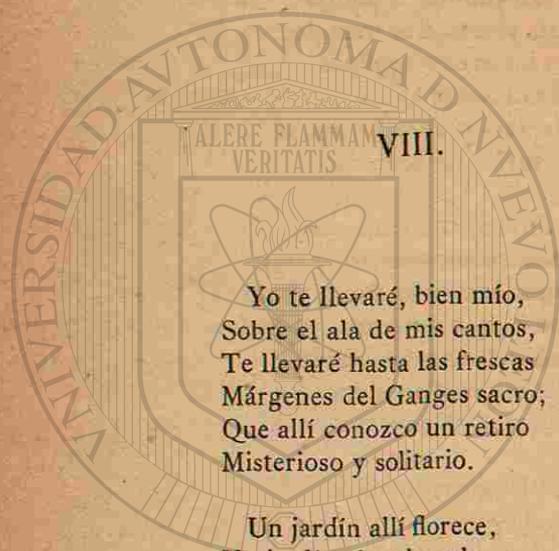
Temblar la canción debía
Y en círculos palpitanes
Agitarse misteriosa
Como el beso de ambrosía
Que en horas ¡ay! ya distantes
Me dió su boca de rosa.

VII.

Siglo tras siglo, en la altura
Inmóviles las estrellas,
Al llegar la noche oscura
Se miran tristes y bellas
Con amorosa dulzura.

Su lenguaje luminoso
Por el espacio se extiende,
En el nocturno reposo,
Mas ningún sabio comprende
Su lenguaje misterioso.

Yo entiendo su voz callada
Y siempre la entenderé,
Que en el rostro de mi amada
Y en la luz de su mirada
Mi diccionario encontré.



Yo te llevaré, bien mío,
Sobre el ala de mis cantos,
Te llevaré hasta las frescas
Márgenes del Ganges sacro;
Que allí conozco un retiro
Misterioso y solitario.

Un jardín allí florece,
Un jardín abandonado,
De la luna misteriosa
Bajo los serenos rayos;
Y en él, las flores del loto
Su hermana están esperando

Ríen allí los jacintos
Y contemplan á los astros,
Y al oído se refieren
Las blancas rosas, en tanto,
Murmuraciones gozosas
Y sucesos perfumados.

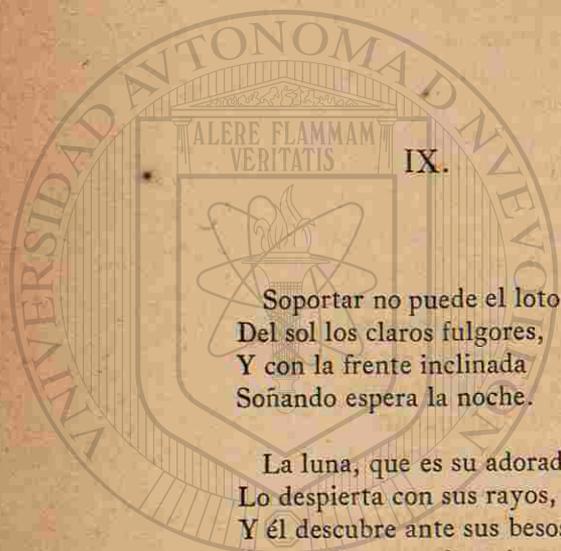
Las inocentes gacelas,
Por escuchar sus relatos,
Se van con ligera planta
Hasta el jardín acercando,
Y en los azules confines
Del horizonte lejano
Solemnes ruedan las aguas
Del turbio río sagrado.

Allí, bajo las palmeras,
Detendremos nuestros pasos,
Y su sombra misteriosa
Llevará hasta nuestros párpados
Sueños de calma inefable
Y de celestial encanto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Soportar no puede el loto
Del sol los claros fulgores,
Y con la frente inclinada
Soñando espera la noche.

La luna, que es su adorada,
Lo despierta con sus rayos,
Y él descubre ante sus besos
Su semblante perfumado.

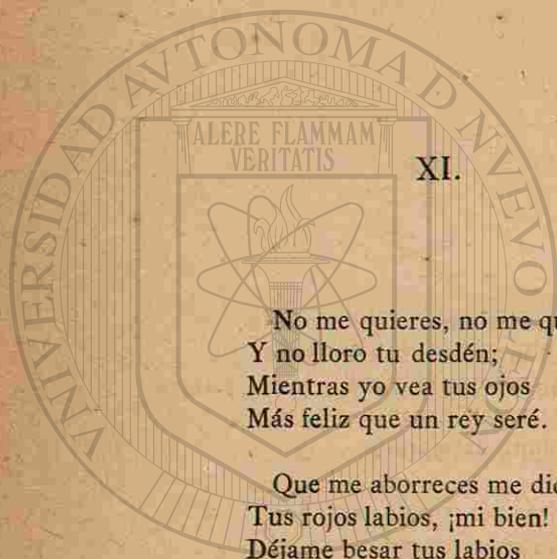
Y la mira y se enrojece,
Y se eleva ante la brisa,
Y llora y gime de amores
Agonizante de dicha.

X.

Por las ondas retratada
Del Rhin, que la ciñe amante,
Se alza la torre elevada,
De la catedral gigante
De Colonia la sagrada.

Dentro del templo sagrado
Y sobre cuero dorado
Hay pintada una figura:
Ella mi existencia oscura
De fulgores ha llenado.

Entre ángeles y entre flores
Sonríen sus labios rojos,
Y sus ojos seductores
Son iguales á los ojos
Del ángel de mis amores.



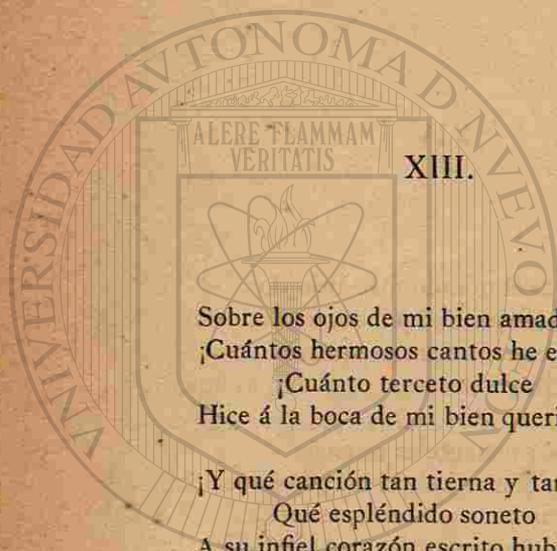
No me quieres, no me quieres,
Y no lloro tu desdén;
Mientras yo vea tus ojos
Más feliz que un rey seré.

Que me aborreces me dicen
Tus rojos labios, ¡mi bien!
Déjame besar tus labios
Y así me consolaré.

XII.

¡Oh! no jures y abrázame tan sólo;
No creo en juramentos de mujeres.
Dulce es tu voz, ¡mi bien! pero es más dulce
El beso que arrebató á tus desdenes.
Yo te poseo, y juzgo las promesas
Soplo vano que el viento desvanece.

Yo creo en tus palabras de consuelo;
¡Oh! jura, amada mía, jura siempre;
Yo me juzgo dichoso al reclinarme
Sobre tu seno de animada nieve;
Yo creo, luz de la existencia mía,
Que me amará tu pecho eternamente,
Y todavía aun más, si el pensamiento
Algo más que lo eterno soñar puede.



XIII.
Sobre los ojos de mi bien amada,
¡Cuántos hermosos cantos he escrito!
¡Cuánto terceto dulce
Hice á la boca de mi bien querido!

¡Y qué canción tan tierna y tan hermosa,
Qué espléndido soneto
A su infiel corazón escrito hubiera,
Si un corazón guardara allá en su pecho!

XIV.

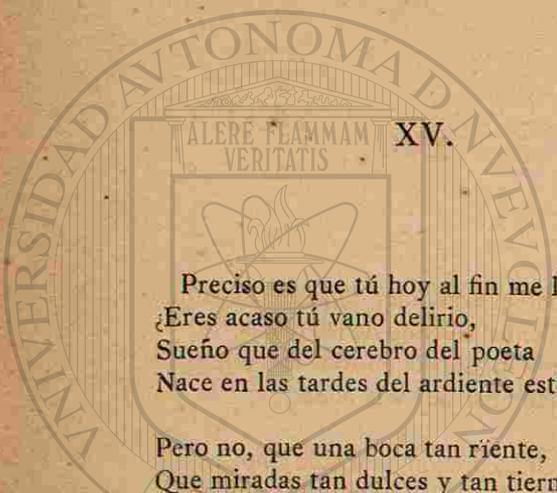
Cada día es el mundo más absurdo.
¡Es estúpido el mundo! ¡el mundo es necio!
De tí dice, pequeña hermosa mía,
Que es irascible y desigual tu genio.

Peor á cada instante te conoce;
¡Es estúpido el mundo! ¡el mundo es necio!
No sabe cómo enervan tus abrazos
Y cómo abrasan tus ardientes besos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Preciso es que tú hoy al fin me lo confieses:
 ¿Eres acaso tú vano delirio,
 Sueño que del cerebro del poeta
 Nace en las tardes del ardiente estío?

Pero no, que una boca tan riñente,
 Que miradas tan dulces y tan tiernas,
 Que un sér tan cariñoso, un sér tan bello,
 Jamás pudo crearlos el poeta.

Basílicas, dragones y vampiros,
 Endriagos y animales fabulosos,
 Del poeta la ardiente fantasía
 Deshacer y crear puede á su antojo.

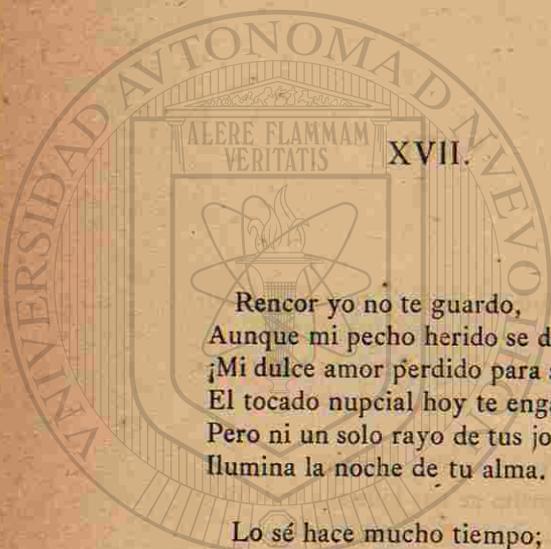
Pero tú y tu malicia encantadora,
 Y tu cara riñente y hechicera,
 Y tus dulces y pérfidas miradas
 Jamás pudo crearlas el poeta.

XVI.

En todo el esplendor de su hermosura
 Como Venus saliendo de las ondas,
 Brilla hoy mi amada en toda su belleza;
 Célebranse hoy sus bodas.

¡Paciente corazón! ¡corazón mío!...
 No le guardes rencor por sus traiciones;
 ¡Sufre y perdona á tu adorada loca,
 Tus horribles dolores!





Rencor yo no te guardo,
 Aunque mi pecho herido se desgarra.
 ¡Mi dulce amor perdido para siempre!
 El tocado nupcial hoy te engalana,
 Pero ni un solo rayo de tus joyas
 Ilumina la noche de tu alma.

Lo sé hace mucho tiempo;
 Yo te he visto flotar en mis delirios;
 El fondo vi de tu alma, vi los áspides
 Que allí serpean con ardor sombrío,
 Y cómo tú en el fondo desdichada
 Eres también, amada mía, he visto.

XVIII.

Si tú eres desdichada, y te perdono,
 ¡Ambos debemos ser desventurados!
 ¡Hasta que al fin la muerte nos sorprenda,
 Debemos ser desventurados ambos!

Veo la mofa, que voltea alegre
 En torno de tus labios;
 Veo el brillo insolente de tus ojos;
 Veo el orgullo hinchando
 Tu seno, y «miserable, miserable
 Eres cual yo,» me digo sin embargo.

Tus labios mueve sufrimiento oculto:
 Duerme una amarga lágrima en tus párpados,
 Y en quejas tristes de secreta pena
 Está tu seno altivo rebosando:
 ¡Amada de mi vida,
 Los dos debemos ser desventurados!

XIX.

¿Acaso ya has olvidado
Que fué mío en otro tiempo
Tu pequeño corazón?
Tan bello y falso, que nada
Ni más falso ni más bello
Nunca en el mundo existió.

¿Acaso ya has olvidado
Cuando á la par mi existencia
Minaban pena y amor?
No sé decir si más grande
Era el amor ó la pena;
Sé que eran grandes los dos.

XX.

Si supieran las flores
Cuán triste y lacerado
Está mi corazón, derramarían
De sus perfumes, en mi herida, el bálsamo.

Si supieran las aves
Cuán triste y cuán enfermo
Estoy, alegres cantos
Dieran, por distraer mi pena, al viento.

Si las estrellas de oro
Conocieran mi pena,
El cielo dejarían y á prestarme
Consuelos de fulgores descendieran.

Pero ¡ay! que nadie puede
Conocer mi quebranto;
Ella sólo lo sabe,
Ella, que el corazón me ha destrozado.

XXI.

¿Por qué, dí, me dijiste, están las rosas
Tan pálidas? ¿Por qué?
¿Por qué en el verde césped las violetas
Tan marchitas se ven?

¿Por qué en el aire canta
Con voz tan melancólica la alondra?
¿Por qué los bosquecillos de jazmines
Dan á las brisas funerario aroma?

¿Por qué con luz tan triste y tan helada
El sol el prado alumbrá?

¿Por qué la tierra toda
Sombria y gris está como una tumba?

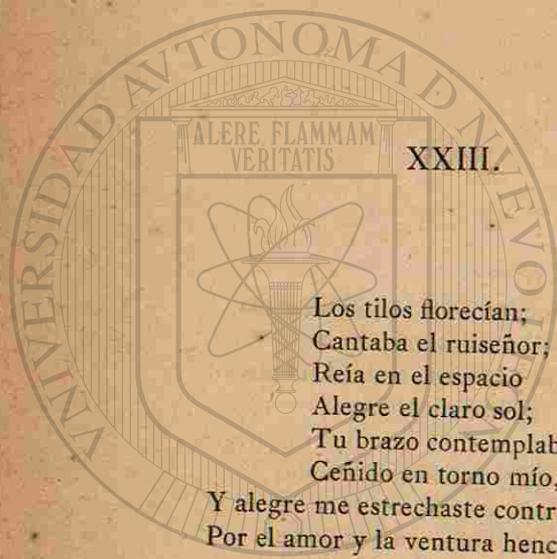
¿Por qué estoy yo tan triste y tan enfermo?
Amada de mi vida, dímelo.
Oh, díme, sí, ¿por qué me abandonaste,
Amada de mi ardiente corazón?

XXII.

¡Cuánto aumentaron mi pesada cuenta
Con sus quejas, mi amor!
Mas lo que abrumba en realidad mi alma
No te lo han dicho, no.

Ante tí la cabeza sacudieron
Con aire grave y docto,
Y me llamaron «diablo» en tu presencia
Y lo creíste todo.

Y con todo, ¡mi bien! lo más amargo,
Eso no te lo han dicho;
Lo peor, lo más necio, lo más triste,
Está en mi corazón bien escondido.



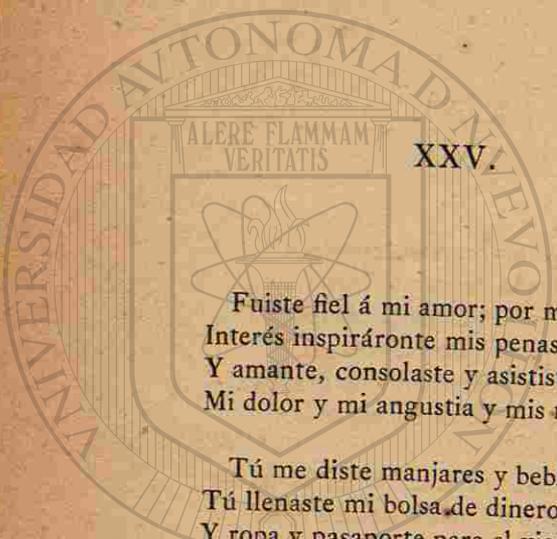
Los tilos florecían;
 Cantaba el ruiseñor;
 Reía en el espacio
 Alegre el claro sol;
 Tu brazo contemplaba
 Ceñido en torno mío,

Y alegre me estrechaste contra el pecho,
 Por el amor y la ventura henchido.

Caían ya las hojas;
 Crecían los arroyos;
 El sol nos contemplaba
 Con apagados ojos;
 Helados nuestros labios
 Un frío «adiós» dijeron,
 Y tú me hiciste con gentil finura
 El más ceremonioso cumplimiento.

XXIV.

Mucho, mi bien, nos hemos adorado,
 Y con todo, jamás nos ofendimos.
 Siendo niños, hermosa, cuántas veces
 A la mujer-jugamos y al marido,
 Y nunca, sin embargo, en nuestros juegos
 Quedamos disgustados ni aburridos.
 Más tarde, en los azares de la vida
 Hemos gozado juntos y reído,
 Y tiernos besos como en otros días
 Sellaron á la par nuestro cariño.
 Por último, el recuerdo despertando
 De la niñez dichosa, que perdimos
 Jugando al escondite, las praderas
 Y la selva y el bosque hemos corrido,
 Y escondernos supimos de tal modo
 Que nunca hemos de hallarnos, dueño mío.



XXV.

Fuiste fiel á mi amor; por mucho tiempo
 Interés inspiráronte mis penas,
 Y amante, consolaste y asististe
 Mi dolor y mi angustia y mis miserias.

Tú me diste manjares y bebidas;
 Tú llenaste mi bolsa de dinero,
 Y ropa y pasaporte para el viaje
 Me preparaste con celoso anhelo.

¡Amor mío! que Dios por muchos años
 Te preserve del frío y del calor,
 «Y que nunca del bien que tú me has hecho
 Te recompense Dios.»

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXVI.

Mientras yo mi regreso retardaba
 En tierra extraña delirando loco,
 Parecióle á mi bien larga la espera,
 Mandóse preparar nupcial adorno,
 Y el arco amante de sus lindos brazos
 Al más necio tendió de los esposos.

¡Es mi amada tan dulce y tan hermosa!
 Aun su imagen fulgura ante mis ojos;
 De los suyos, las frescas violetas,
 Las rosas inmarchitas de su rostro,
 Y el lirio de su frente inmaculada
 Florecientes se ven el año todo.
 Creer que pude alejarme yo del lado
 De sér tan celestial y tan hermoso;
 Creer que alejarme pude, fué el más grande
 Y necio error de mis errores todos.

XXVII.

Ángel de mis amores, cuando duermas
 En la fosa sombría,
 Yo bajaré á tu lado, y en tu tumba
 Me clavaré en silencio de rodillas.

Con fuerte abrazo te sujeto, loco;
 Tú estás muda y helada;
 Gemidos palpitanes y suspiros
 En confuso rumor mi pecho exhala.

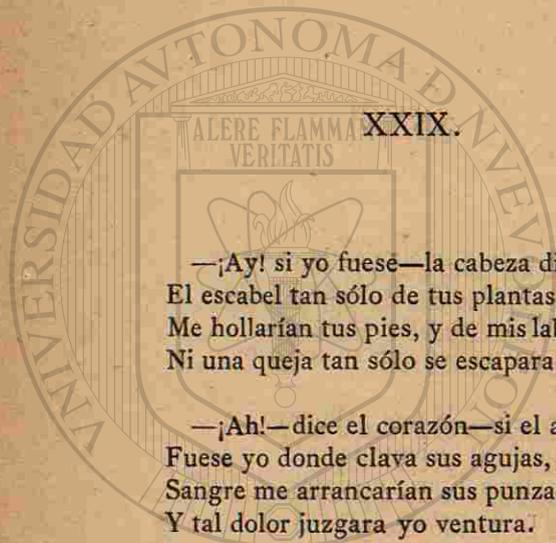
Es media noche: en grupos pavorosos,
 Los muertos van danzando;
 Sólo en el fondo de la tumba helada
 Nosotros quedaremos abrazados.

Y cuando llame la eternal trompeta
 Los muertos al tormento ó á la dicha,
 Nosotros en la tumba quedaremos
 Para siempre abrazados, vida mía.

XXVIII.

Un pino se alza en la cumbre
 De un monte del Norte helado.
 Sueña; la nieve y el hielo
 Lo envuelven con su sudario.

Sueña con una palmera
 Que en el Oriente lejano,
 Se alza solitaria y triste
 Sobre un peñón abrasado.



XXIX.

—¡Ay! si yo fuese—la cabeza dice—
El escabel tan sólo de tus plantas,
Me hollarían tus pies, y de mis labios
Ni una queja tan sólo se escapara.

—¡Ah!—dice el corazón—si el acerico
Fuese yo donde clava sus agujas,
Sangre me arrancarían sus punzadas,
Y tal dolor juzgara yo ventura.

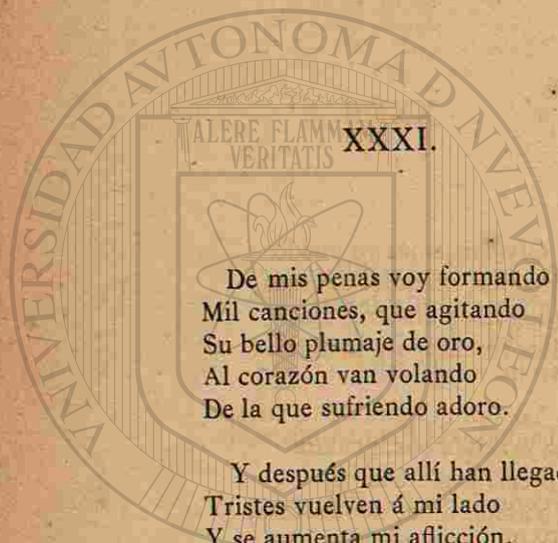
—¡Ah! si el roto papel—la canción dice—
Fuera yo con el cual sus trenzas riza,
¡Cuán quedo, en sus oídos murmurara
Cuanto vive en mi sér y en mi respiral

XXX.

De mi labio huyó la risa,
A la par que ella de mí;
A mi lado llueven chistes,
Pero no puedo reir.

Tampoco el llanto á mi pecho
Consuelo le presta ya;
Mi corazón se desgarrá,
Pero no puedo llorar.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



De mis penas voy formando
 Mil canciones, que agitando
 Su bello plumaje de oro,
 Al corazón van volando
 De la que sufriendo adoro.

Y después que allí han llegado,
 Tristes vuelven á mi lado
 Y se aumenta mi aflicción,
 Y no dicen qué han hallado
 Dentro de su corazón.

XXXII.

Olvidar jamás yo puedo
 Mi amor, mi dulce adorada,
 Que fueron en otros días
 Míos tu cuerpo y tu alma.

Yo aun quisiera de tu cuerpo
 La esbeltez encantadora
 Poseer; pero tu alma,
 Tu alma, niña, es otra cosa;
 Que la entierren si les place...
 ¡Me basta la mía sola!

Mi alma, ¡amor de mis amores!
 Que yo en dos partir deseo,
 Infiltrar media en tus venas,
 Y unirme á ti en lazo eterno,
 Para formar para siempre
 Un todo de alma y de cuerpo.

XXXIII.

Gentes endomingadas se pasean
 Por bosques y por prados,
 Con gritos de alegría y con cabriolas
 La natura esplendente saludando.

Miran con dulces ojos la romántica
 Flora que nace, los verdores nuevos;
 Van del gorrión la lenta melodía
 En sus largas orejas absorbiendo

Yo en tanto, triste, en mi ventana corro
 Cortinaje sombrío;
 Me vale en pleno día una visita
 De mis espectros ¡ay! siempre queridos.

Mi muerto amor también al cabo llega;
 Viene del reino en que la sombra vaga,
 A mi lado se sienta, y en silencio
 Mi pecho traspasando van sus lágrimas.

XXXIV.

Imágenes venturosas
 De los tiempos de mi dicha
 Salen de la tumba, y veo
 Cuál fué, junto á ti, mi vida.

Soñando yo por las calles
 Vagaba durante el día;
 Con lástima y con espanto
 Los vecinos me veían.
 ¡Tan demacrado y tan triste
 Mi semblante aparecía!

Era mejor por la noche;
 Desiertas las calles frías,
 Errábamos yo y mi sombra
 En callada compañía.

Con paso sonante el puente
 Midiendo mis plantas iban;
 Traspasando con sus rayos

Las nevadas nebecillas,
La luna me saludaba
Con seria melancolía.

Ante tu ventana inmóviles
Mis plantas se detenían,
Y tu ventana mirando,
Sangre el corazón vertía.

Yo sé bien que muchas noches
Desde tu ventana, niña,
Me has mirado, y que has podido
Ver, á la luz indecisa
De la alta luna, mi sombra
Como una columna fija.

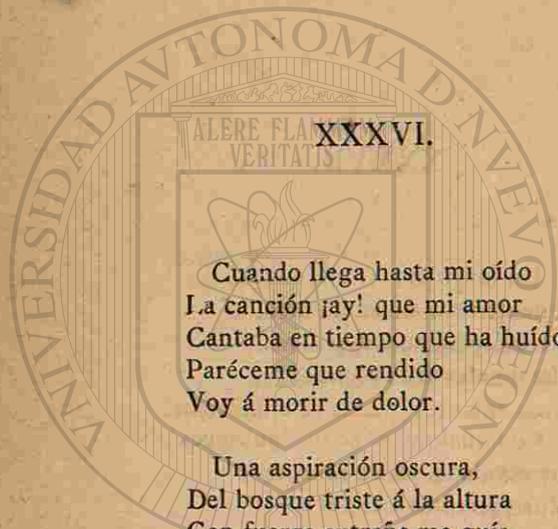
XXXV.

Un joven ama á una niña
Que de otro ansía el amor,
Pero éste se une con otra
En quien cifra su ilusión.

Con cualquiera se une entonces
La olvidada, en su rencor,
Y la pena hiere el pecho
Del que primero la amó.

Vieja historia que renace
Del mundo entre el ronco hervor,
Y que á aquel á quien sucede
Le destroza el corazón.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



XXXVI.
 Cuando llega hasta mi oído
 La canción ¡ay! que mi amor
 Cantaba en tiempo que ha huído,
 Paréceme que rendido
 Voy á morir de dolor.

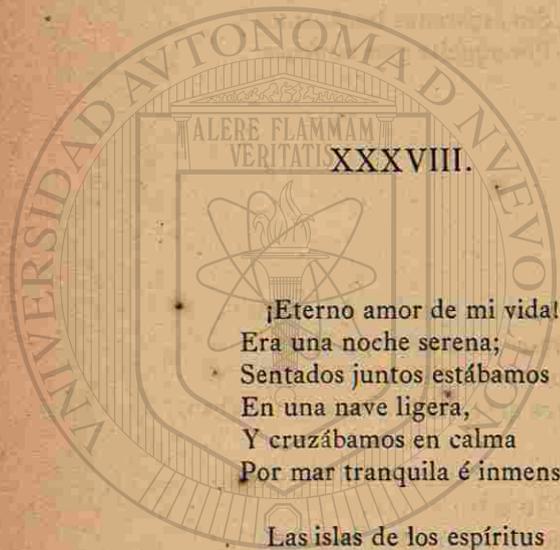
Una aspiración oscura,
 Del bosque triste á la altura
 Con fuerza extraña me guía,
 Y allí, en llanto de amargura
 Se trueca la pena mía.

XXXVII.

Soñé: era una princesa de mejillas
 Frescas, húmedas, pálidas.
 Bajo los verdes tilos reclinados,
 Nuestros amantes brazos se enlazaban.

—El trono de tu padre no deseo,
 Ni su cetro de oro,
 Ni ansío su corona de diamantes:
 Yo quiero, flor de amor, tu amor tan sólo.

—«No es posible,—me dijo,—de la tumba
 Yo habito el fondo helado.
 Sólo de noche á tí venir yo puedo,
 Y vengo porque te amo.»

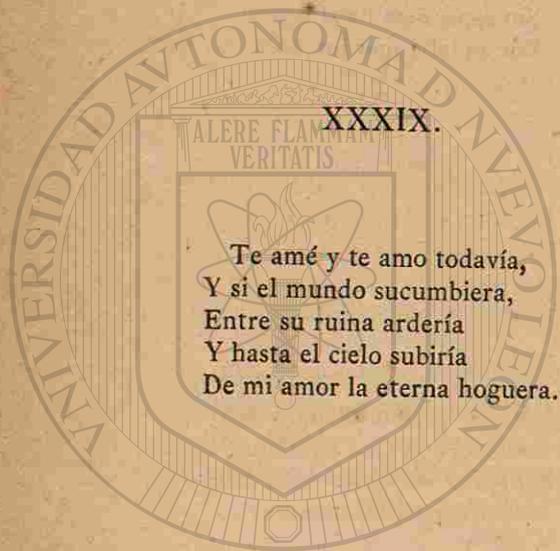


¡Eterno amor de mi vida!
 Era una noche serena;
 Sentados juntos estábamos
 En una nave ligera,
 Y cruzábamos en calma
 Por mar tranquila é inmensa.

Las islas de los espíritus
 Dibujaban sus riberas
 Bajo la luz de la luna,
 Que el éter cruzaba lenta;
 Llegaban de allí las brisas
 De dulces acordes llenas,
 Y allí nebulosas danzas
 Cruzaban el cielo aéreas.

Los misteriosos sonidos
 Cada vez más dulces eran;
 A cada instante la danza

Cruzaba más placentera,
 Y ¡ay! sin embargo, nosotros;
 Devorados por la pena,
 Sin esperanza bogábamos
 Por aquella mar inmensa.



XXXIX.
 Te amé y te amo todavía,
 Y si el mundo sucumbiera,
 Entre su ruina ardería
 Y hasta el cielo subiría
 De mi amor la eterna hoguera.

XL.

De la aurora á los fulgores
 Cruzaba el jardín hermoso,
 Cuchicheaban las flores;
 Yo pensando en mis dolores
 Caminaba silencioso.

Las flores, que murmuraban,
 Con compasión me miraban:
 —«No aborrezcas anhelante
 A nuestra hermana, —gritaban, —
 Sombrio y pálido amante.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XLI.

Mi pasión desesperada
Brilla en su lujo sombrío
Como una historia arrancada
Al Oriente, y relatada
En una noche de estío.

Por un jardín caminaban
Dos amantes: no sonaban
Ni un rumor ni voz alguna;
Los ruiseñores cantaban;
Brillaba la casta luna.

Ella se paró gozosa;
A sus pies el caballero
Hundió la frente orgullosa;
Mas... vino el gigante fiero
Y huyó temblando la hermosa.

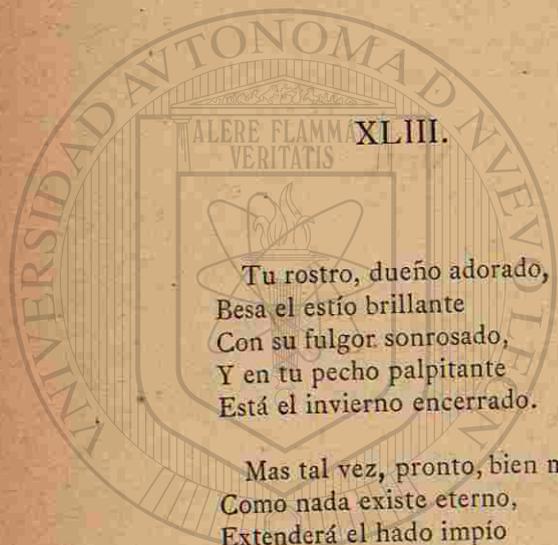
El doncel ensangrentado
Al cabo rueda sin brío;
El gigante se ha ocultado;
Enterrad mi cuerpo frío,
Y está el cuento terminado.

XLII.

¡Cuánto me han hecho sufrir,
Y llorar y padecer,
Las unas con su cariño,
Las otras con su desdén!

Sobre mi pan y mi copa
Derramaron el dolor,
Las unas con su desprecio,
Las otras con su pasión.

Mas la que con más tormentos
Logró mi vida amargar,
Ni despreció mis amores,
Ni amor me tuvo jamás.



Tu rostro, dueño adorado,
Besa el estío brillante
Con su fulgor sonrosado,
Y en tu pecho palpitante
Está el invierno encerrado.

Mas tal vez, pronto, bien mío,
Como nada existe eterno,
Extenderá el hado impío
Sobre tu rostro el invierno,
Sobre tu pecho el estío.

XLIV.

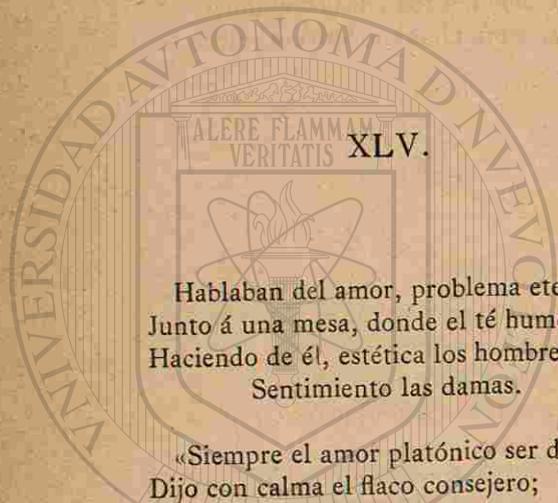
Cuando á dos que se idolatran,
Separa el destino adverso,
Lloran y se dan la mano,
Y suspiran sin consuelo.

No lloraron nuestros ojos,
Ni nuestros labios gimieron;
Llanto y suspiros de pena
Nos atormentaron luego.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Hablaban del amor, problema eterno,
 Junto á una mesa, donde el té humeaba,
 Haciendo de él, estética los hombres,
 Sentimiento las damas.

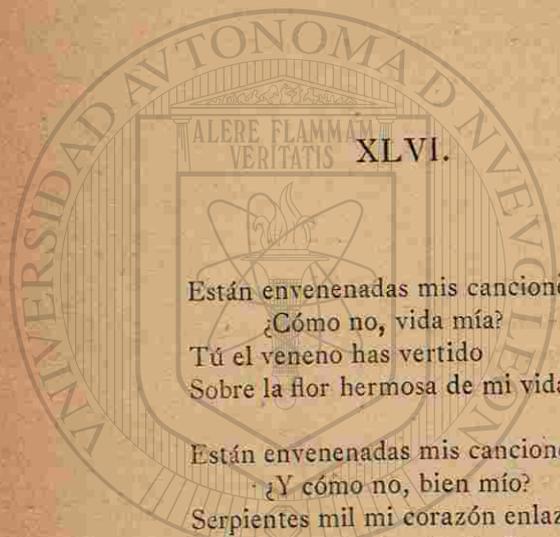
«Siempre el amor platónico ser debe,»
 Dijo con calma el flaco consejero;
 La consejera suspiró al oírlo,
 Mientras huyó un suspiro de su pecho.

Entre bostezos murmuró el canónigo:
 «El amor sensual es vil pecado
 Que el alma pierde y la salud destroza.»
 «¿Por qué?» pensó la joven entretanto.

«¡Ay!—dijo la Condesa—amor fué siempre
 Pasión que eleva al infinito el alma.»
 Y después al Barón, tierna y amable,
 Con cortesía presentó una taza.

Aun quedaba un lugar junto á la mesa,
 Y faltabas, bien mío,
 Tú, que también tus sabias opiniones,
 Tal vez, sobre el amor, hubieras dicho.

010783



Están envenenadas mis cancións,
 ¿Cómo no, vida mía?
 Tú el veneno has vertido
 Sobre la flor hermosa de mi vida.

Están envenenadas mis canciones,
 ¿Y cómo no, bien mío?
 Serpientes mil mi corazón enlazan,
 Y en él vas tú además, dueño querido.

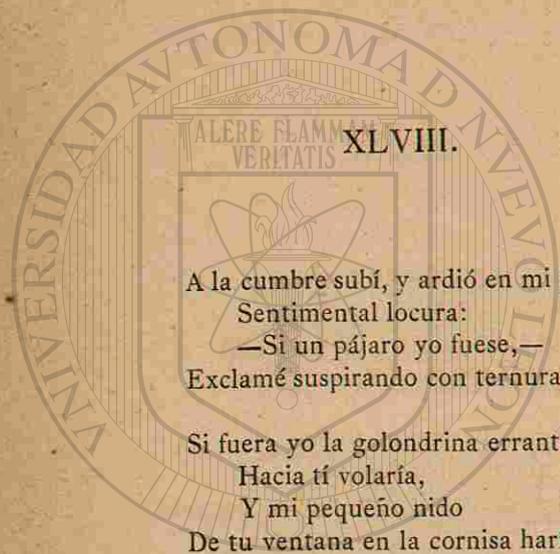
XLVII.

Volví á soñar bajo los altos tilos;
 Hermosa noche estábamos,
 Y de amor y de dicha en el exceso,
 Fidelidad eterna nos jurábamos.

Seguía la promesa á la promesa
 Entre ósculos ardientes;
 Porque yo no olvidase un juramento,
 Señalaste mi mano con tus dientes.

¡Oh! dulce bien de los azules ojos
 Y blanca dentadura,
 El juramento, á mi entender, bastaba;
 Sobraba, á no dudar, la mordedura.





A la cumbre subí, y ardió en mi pecho
 Sentimental locura:
 —Si un pájaro yo fuese,—
 Exclamé suspirando con ternura;—

Si fuera yo la golondrina errante,
 Hacia tí volaría,
 Y mi pequeño nido
 De tu ventana en la cornisa haría.

Hacia tí volaría, niña hermosa,
 Si fuera ruiseñor,
 Y en la enramada oyeras
 De noche las canciones de mi amor.

Y si un canario fuese, también, loco,
 Hacia tu corazón volando fuera,
 Que sé, mi bien, que los canarios amas,
 Y que te alegra su canción parlera.

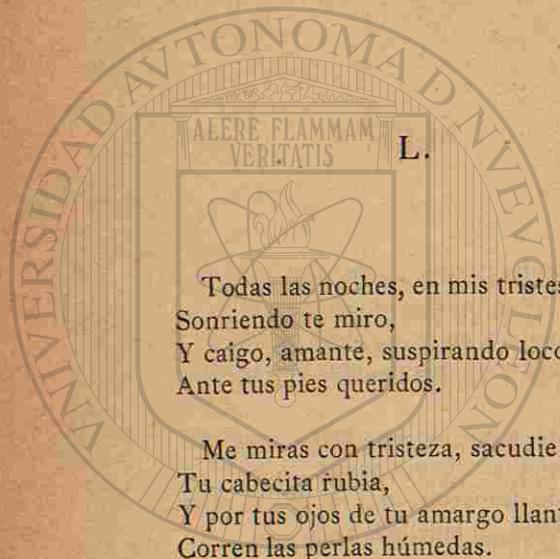
XLIX.

Lloraba porque en sueños
 Te contemplaba muerta;
 Despierto al fin me ví, copioso llanto
 Surcaba ardiente mis mejillas yertas.

Lloraba porque en sueños
 Ví que me abandonabas;
 Después de despertar, aun mucho tiempo
 Vertí en silencio lágrimas amargas.

Lloraba porque en sueños
 Miré que aun me querías;
 Desperté, y el torrente de mis lágrimas
 Aun corre por mis pálidas mejillas.





Todas las noches, en mis tristes sueños,
 Sonriendo te miro,
 Y caigo, amante, suspirando loco
 Ante tus pies queridos.

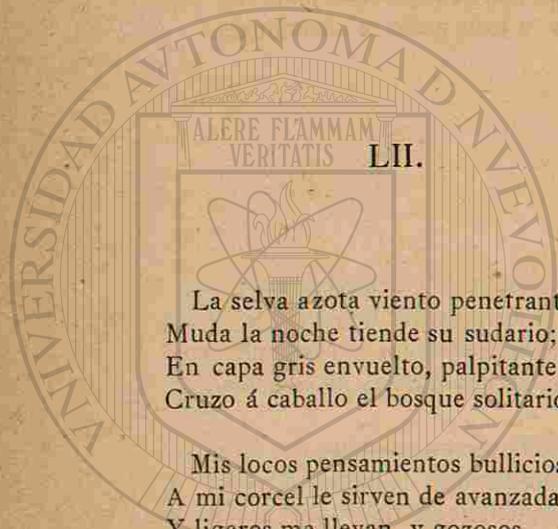
Me miras con tristeza, sacudiendo
 Tu cabecita rubia,
 Y por tus ojos de tu amargo llanto
 Corren las perlas húmedas.

Y me dices muy bajo una palabra,
 Y de rosas me entregas blanco ramo,
 Y al despertar el ramo ya no existe
 Y la palabra aquella he olvidado.

LI.

Revuelve el viento la lluvia
 De la noche entre las sombras:
 ¿Qué hará el ángel de mi vida?
 ¿Qué hará mi amor á estas horas?

Yo la veo en su ventana
 Llenos los ojos de llanto,
 Sus pupilas celestiales
 En las tinieblas clavando.



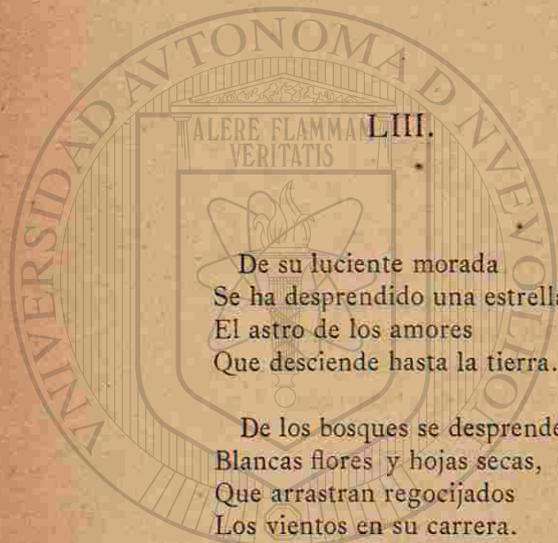
La selva azota viento penetrante;
Muda la noche tiende su sudario;
En capa gris envuelto, palpitante
Cruzo á caballo el bosque solitario.

Mis locos pensamientos bulliciosos
A mi corcel le sirven de avanzada,
Y ligeros me llevan, y gozosos,
Hasta el rico palacio de mi amada.

Ladran los perros con inquieto brío;
Con antorchas los pajes aparecen;
Subo, y sobre el marmóreo graderío
Mis espuelas sonando se estremecen.

En cámara de luces adornada,
Entre un ambiente tibio y perfumado,
Mi dulce bien espera mi llegada,
Y entre sus brazos caigo enamorado.

En tanto, el viento lúgubre murmura
Entre las ramas de la vieja encina:
«¿Dónde vas, paladín de la locura?
¿Dónde tu loco sueño te encamina?»



De su luciente morada
Se ha desprendido una estrella;
El astro de los amores
Que desciende hasta la tierra.

De los bosques se desprenden
Blancas flores y hojas secas,
Que arrastran regocijados
Los vientos en su carrera.

Canta el cisne en el estanque
Y de la orilla se aleja;
Calla su voz, y en las aguas
Su fosa líquida encuentra.

Huyeron hojas y flores;
Todo es silencio y tinieblas;
El astro se hundió en el polvo;
La voz del cisne no suena.

LIV.

Un sueño me ha trasladado
Á un castillo gigantesco,
Donde, entre tibios vapores
Y fulgores y destellos,
Muchedumbre abigarrada
Invadía con estruendo
El laberinto confuso
De ricos compartimientos.
Buscaba la turba pálida
La salida, con anhelo,
Retorciéndose las manos
Y con angustia gimiendo.
Se mezclaban con la turba
Las damas y caballeros,
Y yo mismo me vi pronto
En aquel tumulto envuelto.

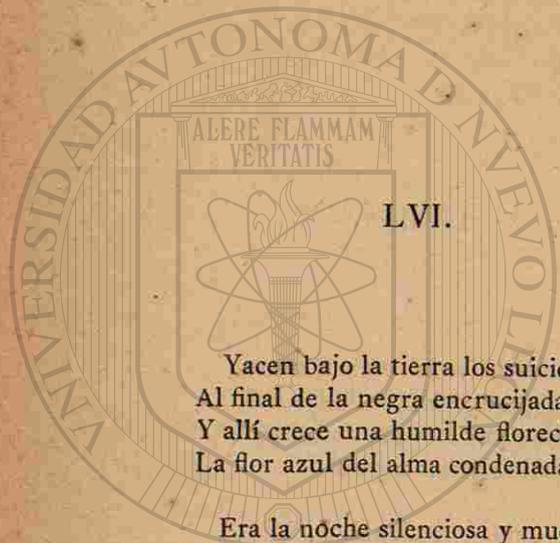
De pronto me encontré solo,
Y me pregunté en silencio
Cómo pudo aquella turba
Desvanecerse tan presto.

Corrí; crucé desalado
 Intrincados aposentos
 Que á mi vista se extendían
 En laberinto siniestro.
 Eran cada vez mis pasos
 Más pesados y más lentos;
 Invadía helada, triste,
 Fría angustia mi cerebro,
 Y de hallar una salida
 Ya dudaba en mi despecho.
 Veo al fin la última puerta
 Abrirla anhelante intento;
 ¿Mas quién ¡oh Dios! me detiene
 Cuando salvarme deseo?

Era mi amada, que estaba
 Ante la puerta en silencio,
 Con el suspiro en los labios
 Y en la frente el desconsuelo:
 Volví hacia atrás, que me hacía
 Su mano signo siniestro;
 Pero ¿era aviso ó reproche?
 No podía comprenderlo.
 Brillaba en sus claros ojos
 Tan dulce y amante fuego,
 Que aceleró sus latidos
 Mi corazón en el pecho.
 Y mientras que me miraba
 Con aquel aire severo,
 Mas tan lleno de dulzura
 Y amor, me encontré despierto.

LV.

En noche fría y triste, paseaba
 Por el bosque sombrío mi tristeza,
 Y el árbol que á mi paso despertaba,
 Compasivo inclinaba la cabeza.



LVI.

Yacen bajo la tierra los suicidas,
Al final de la negra encrucijada,
Y allí crece una humilde florecilla,
La flor azul del alma condenada.

Era la noche silenciosa y muda;
Llegué á la encrucijada suspirando;
Ante el fulgor de la amarilla luna
Aquella flor azul miré oscilando.

LVII.

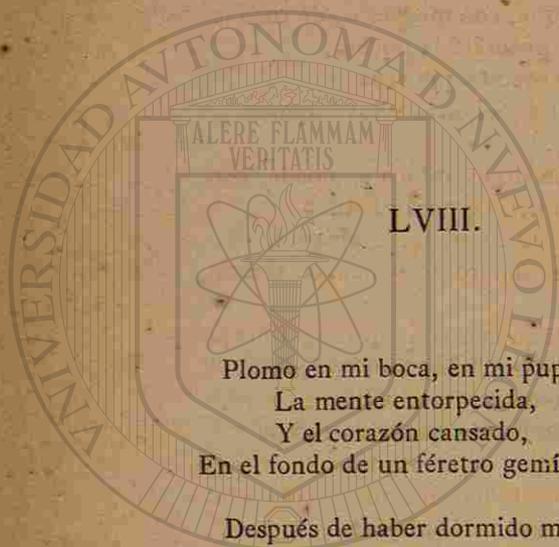
Me envuelve la sombra oscura,
Desde que tus ojos bellos
No alumbran con sus destellos
Mi camino de amargura.

Del amor y la alegría
No veo el astro brillante;
Tengo el abismo delante;
Trágame, noche sombría.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Plomo en mi boca, en mi pupila sombra,
La mente entorpecida,
Y el corazón cansado,
En el fondo de un féretro gemía.

Después de haber dormido mucho tiempo,
Se despertó mi alma.
Me pareció que oía

Alguno que á mi tumba se acercaba.

—«¿No quieres levantarte, Enrique mío?
El día eterno brilla,
Los muertos ya se alzaron,
Comienza al cabo la perpetua dicha.

—No puedo levantarme, amada mía;
Mírame bien, soy ciego;

Tanto por tí he llorado,
Que al fin mis ojos se quedaron secos.

—Enrique, con mis besos, de tus ojos
Ahuyentaré la noche;
Es preciso que veas
Los ángeles y el cielo y los fulgores.

—No puedo levantarme, amada mía;
La herida que tu lengua
Abrió en mi pecho amante,
Aun mana sangre y permanece abierta.

—Sobre tu corazón tan sólo, Enrique,
Apoyaré mi mano;
No manará más sangre;
De aquella herida quedarás curado.

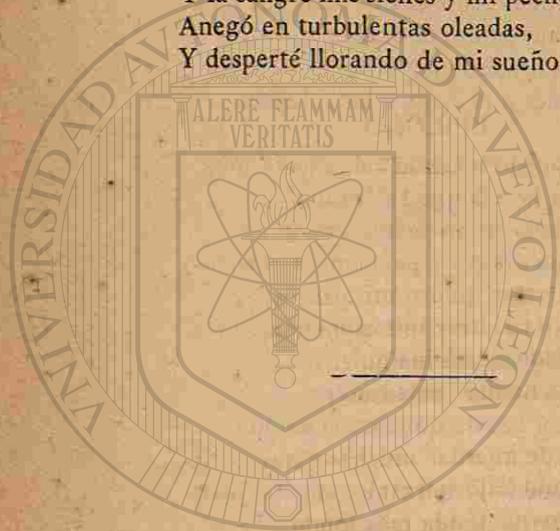
—No puedo levantarme, amada mía;
Tengo herida la frente;
Una bala de plomo metí en ella
Cuando me enloquecieron tus desdenes.

—Enrique, con los bucles de mi pelo
Yo cerraré tu herida,
Restañaré tu sangre
Y volverá á tu pecho la alegría.»

No pude resistir; era tan dulce
La voz que me llamaba,
Que quise levantarme

Y correr al encuentro de mi amada.

Y se abrieron de pronto mis heridas,
Y la sangre mis sienes y mi pecho
Anegó en turbulentas oleadas,
Y desperté llorando de mi sueño.



EPÍLOGO.

Enterrar quiero mis cantos,
Quiero enterrar mis quimeras;
Féretro insondable quiero,
Fosa necesito inmensa.

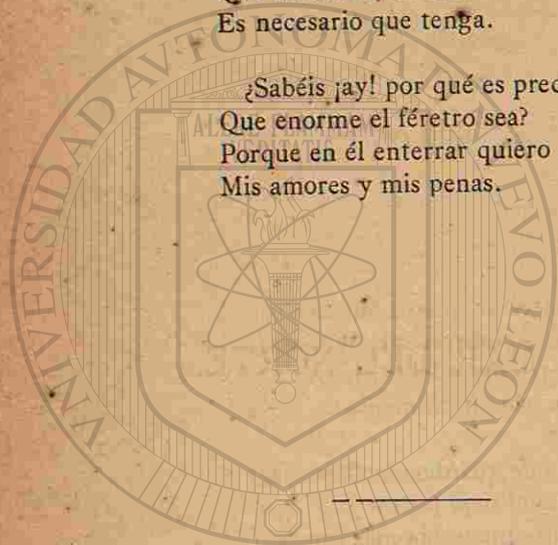
Ha de guardar muchas cosas
El ataúd bajo tierra;
Quiero que tenga más fondo
Que el tonel de Heidelberga.

Buscadme féretro duro,
De planchas fuertes y espesas,
Aun más largo que el gran puente
Que hay sobre el Rhin en Magencia. ®

Y buscad doce gigantes
De más vigor y más fuerza
Que el enorme San Cristóbal
Que hay de Colonia en la iglesia.

Que lo arrojen al profundo
Seno de la mar inmensa;
Que tal ataúd, tal fosa
Es necesario que tenga.

¿Sabéis ¡ay! por qué es preciso
Que enorme el féretro sea?
Porque en él enterrar quiero
Mis amores y mis penas.



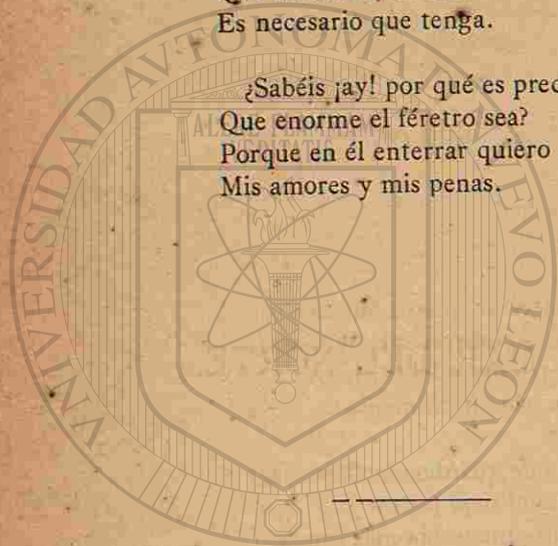
EL MAR DEL NORTE.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Que lo arrojen al profundo
Seno de la mar inmensa;
Que tal ataúd, tal fosa
Es necesario que tenga.

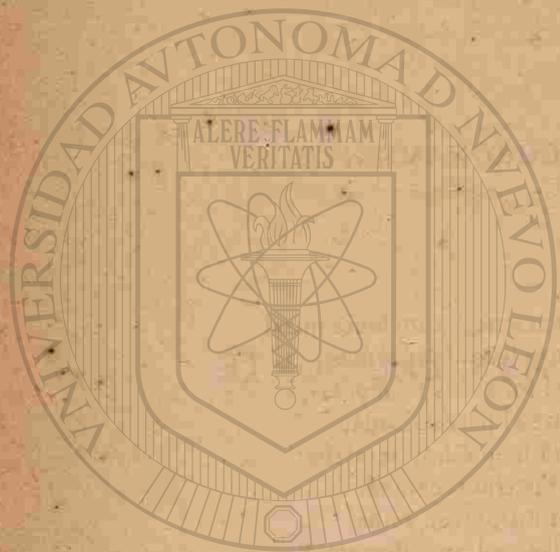
¿Sabéis ¡ay! por qué es preciso
Que enorme el féretro sea?
Porque en él enterrar quiero
Mis amores y mis penas.



EL MAR DEL NORTE.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CORONAMIENTO.

¡Canciones! ¡canciones mías!
Alzad y tomad las armas,
Haced sonar las trompetas,
Y sobre el pavés alzada,
Elevad la que hoy ser debe
De mi pecho soberana.
¡Salud á tí, joven reina!
Del claro sol, que derrama
Luz pura, el oro luciente.
Robará mi mano avara,
Y formaré una corona
Para tu frente sagrada.
De la seda azul que flota
Del cielo en la extensión vasta,
Un jirón robaré ansioso,
Y regio manto de gala
Formaré en mi desvarío
Para tus reales espaldas.
Coro de hinchados sonetos

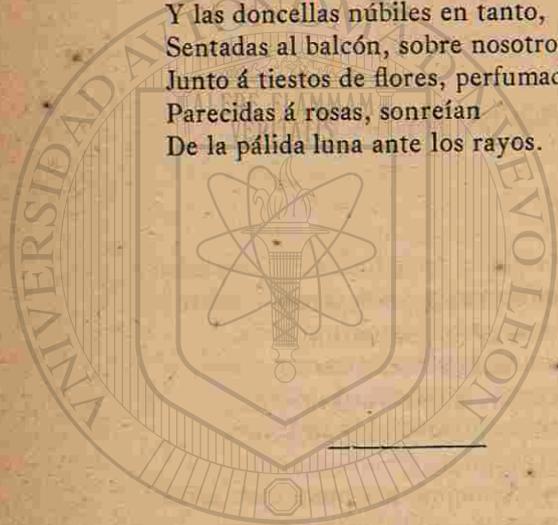
Te daré, bella adorada,
 Y de tercetos altivos
 Y de elegantes estancias;
 Serán, niña, tu correo
 Mis incisivas palabras:
 Tu bufón, mi fantasía
 Por tu amor siempre exaltada,
 Y tu heraldo blasonado
 El sarcasmo de mis gracias.
 Yo mismo, hermosa, yo mismo,
 Arrodillado á tus plantas
 Sobre rojos almohadones
 De terciopelos y grana,
 Te haré homenaje del resto
 De razón que me dejara
 La que fué tu antecesora
 En el trono de mi alma.

EL CREPUSCULO.

Me senté de la mar en la ribera,
 Soñador pensativo y solitario.
 El rubio sol al declinar vertía
 Sobre las aguas sus ardientes rayos.
 Y las ondas, rugientes y espumosas,
 En la orilla espiraban murmurando.
 Era un raro conjunto de rumores,
 De cuchicheos lánguidos y extraños,
 De murmullos, de quejas, de silbidos,
 De risas y suspiros, enlazados
 Con los acentos dulces y suaves
 Que hay de la cuna en los amantes cantos.

Oír me parecía las historias
 De las viejas edades que pasaron,
 O los cuentos de hadas que escuchara
 A los niños contar del vecindario,
 Cuando en las noches del ardiente estío,
 El pecho palpitante, reclinados

En las gradas de piedra de la puerta,
 La ansiedad nuestros ojos agrandando,
 Al narrador oíamos con júbilo,
 Y las doncellas núbiles en tanto,
 Sentadas al balcón, sobre nosotros,
 Junto á tios de flores, perfumados,
 Parecidas á rosas, sonreían
 De la pálida luna ante los rayos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS Y ARCHIVOS

LA NOCHE EN LA PLAYA.

No hay en el cielo un astro luciente y encendido;
 El mar hierve rugiente, y sobre el mar tendido
 El Bóreas informe, como un viejo gruñón,
 Con voz doliente cuenta fantásticas empresas,
 Hazañas de gigantes, leyendas islandesas,
 Y heroicos combates, tributo á la ambición.

Y á intervalos, con mofa, murmura cadencioso
 Los simbolismos tristes del Edda misterioso,
 Los rúnicos conjuros, que espantan al sonar;
 Con tan burlesca rabia, con tan feroz acento,
 Que de la mar los hijos, se agitan en el viento,
 Y gritos de alegría arrojan al pasar.

En tanto la ancha playa, con avidez creciente
 Un extranjero cruza, en cuyo pecho ardiente,
 Más trémulo que el viento, se agita el corazón;
 Sus huellas resplandecen con luces argentadas,
 Y crujen á su paso las conchas nacaradas
 Que allí llevó el reflujó con rápido turbión.

Un manto gris envuelve su plácida figura,
Y rápido camina entre la sombra oscura,
Entre el helado viento que gime sin cesar;
Guiando su camino los vivos resplandores
Que alumbran con sus trémulos, fantásticos fulgores,
Del pescador la choza que arrulla el ronco mar.

Padre y hermano cruzan la mar tempestüosa,
Y en la cabaña, sola quedó la niña hermosa,
La bella hija inocente del pobre pescador:
Junto al hogar sentada, escucha el ronco acento
De la tormenta lóbrega, el suspirar del viento,
Y de las ondas pérfidas el lánguido rumor.

Y arroja leña al fuego, de cuya ardiente llama,
El resplandor que crece, lascivo se derrama
Sobre el semblante fresco y hermoso sin igual,
Sobre la espalda blanca y mórbida y desnuda,
Sobre la mano leve que su jubón anuda,
Sobre la curva fina del torso escultural.

Pero de pronto se abre la puerta, mal cerrada,
Y avanza el extranjero, fijando su mirada
Sobre la débil niña, que tiembla en su terror
Cual lirio de los valles que el huracán deshoja;
Sonríe dulcemente, la capa al suelo arroja,
Y amante, así le dice con voz llena de amor:

—¿Ves? mi promesa cumplo y vuelvo, hermosa mía,
Y vuelve al fin conmigo la edad de poesía,
En que los dioses mismos su celestial mansión,

Las hijas de los hombres buscando, abandonaban,
Y eternas dinastías en ellas engendraban
De reyes y de atletas del mundo admiración.

Mas deje de espantarte mi estirpe prodigiosa:
De té, caliente taza prepara, niña hermosa.
Sentémonos al fuego; así, juntos los dos.
El frío es horroroso; y cuando reina el frío,
Coger también los dioses podemos, dueño mío,
Catarros inmortales ó inacabable tos.

POSEIDON.

Del claro sol los fuegos juguetean
Sobre la mar undosa:
Dibújase á lo lejos en la rada
La nave, que las ondas
Cruzando, hasta mi patria ha de llevarme;
Mas yo espero la hora
En que una brisa favorable sople,
Y en la playa arenosa
Sentado estoy, leyendo de Odyseo
La canción triunfadora;
Vieja canción, eternamente joyen,
Y en cuyas bellas hojas
El perfumado aliento de los dioses,
El cielo de la Grecia soñadora,
La primavera espléndida del mundo
Respira mi alma ansiosa.

Mi noble corazón acompañaba
En sus empresas locas,

En su camino errante, al hijo triste
De Laertes; con honda
Tristeza en el espíritu, á su lado,
Yo me senté en las rocas,
Y en el hogar hospitalario en donde
Princesas seductoras
Rica púrpura hilaban; yo ayudéle
A urdir las engañosas
Tramas que del gigante le libraban
O de la ninfa hermosa:
Entre tormentas, noches y naufragios
Iba con él mi mente soñadora,
Y mi pecho entusiasta compartía
Del suyo las congojas.

Suspirando exclamé:—«Poséidon fiero,
Formidable es tu cólera,
Y temo yo también no ver ya nunca
Mi patria cariñosa.»—

Apenas estas voces se escaparon
De mi trémula boca,
Cubrióse el hondo piélago de espuma,
Y entre las verdes ondas,
La cabeza de juncos coronada
Del Dios potente de la mar traidora
Apareció, y me dijo, sonriendo
Con insultante mofa:

—«Nada temas, querido poetilla;
No desea mi cólera

Romper tu esquife ni turbar tu calma
 Con sacudidas locas.
 ¡Oh! no, inocente rimador; tu musa
 Mis iras no provoca;
 Ni tú jamás de la ciudad sagrada
 De Píramo, una sola
 De las torres rompiste; ni en tu rabia
 La pestaña más corta
 Arrancaste á los ojos de mi hijo
 Polifemo, el gigante de las sombras;
 Ni has jamás recibido los consejos
 De la Atenea Diosa.»—

Poséidon habló así, y alegremente
 Se sumergió en las ondas;
 Y del marino Dios la grosería
 Hizo reir con carcajadas locas
 A Anfítrite, divina pescadera,
 Que del mar ancho entre las linfas mora,
 Mientras las necias hijas de Nereo
 Aplaudían con risas bulliciosas.

EN EL CAMAROTE

DURANTE LA NOCHE.

Tiene el mar perlas, el cielo
 Astros de ardiente fulgor,
 Mi corazón en su anhelo
 Guarda, fuente de consuelo,
 Otro tesoro: su amor.

Grande es el cielo riente,
 Grande el mar, pero mayor
 Es mi pecho; y más ardiente
 Que perlas y astro luciente,
 En él fulgura mi amor.

Para tí tan sólo, hermosa,
 Es mi corazón entero;
 Cielo, amor y alma dichosa
 En un solo amor sincero
 Funde la vida gozosa.

Yo quisiera á la bóveda azulada
 Donde lucen los astros,
 Un torrente de lágrimas vertiendo,
 En un beso de amor unir mis labios;

Que son los ojos de mi dulce amada
 Esos astros serenos
 Que me saludan dulces y graciosos
 Desde la inmensa bóveda del cielo.

Hacia los ojos de mi amada hermosa,
 Hacia el cielo tranquilo,
 Los flacos brazos suplicante elevo,
 Y enamorado y anhelante digo:

—«Dulces ojos, graciosos resplandores,
 Dad calma á mi angustiado pensamiento;
 Que muera yo, mas que posea al cabo
 Vuestra serena luz y vuestro cielo.»—

Por las ondas inconstantes
 Y por mis sueños mecido,
 En el camarote angosto
 Reposo triste y tranquilo.

Por la lucana entreabierta
 Los astros miró en la altura;
 ¡Dulces ojos de mi amada,
 Hermosa como ninguna!

Aquellos ojos amantes
 Mi loco delirio velan,
 Y en la bóveda azulada
 Luminosos parpadean.

Y hora tras hora dichoso
 Miro la serena altura,
 Hasta que los dulces ojos
 Me roba un jirón de bruma.

En la pared donde apoyo
 Mi cerebro fatigado,
 Chocan las ondas furiosas,
 En mi oído murmurando:
 —¡Pobre loco! son muy cortos
 Tus brazos y está muy alto
 El cielo, donde encendidos
 Y fuertemente clavados
 Están con clavos de oro
 Los resplandecientes astros;
 Mejor harás en dormirte
 Calma á tu ansiedad buscando;
 ¡Que tus súplicas son vanas,
 Y son tus deseos vaños!—

Soñé; era un prado desierto,
 Era un prado solitario,

De blanca nieve cubierto;
Bajo su frío sudario
Dormía insensible y yerto.

Mas lucían en la altura
De la bóveda azulada
Las estrellas con luz pura.
¡Dulces ojos de mi amada!
Miraban mi sepultura!

Y aquellos ojos amados
Resplandecían serenos,
Victoriosos, extasiados;
Mas de amor eterno llenos
Y de pasión impregnados.

LA CALMA.

Tranquila está la mar; el sol refleja
Sus rayos en las aguas,
Y al cruzar la ondulante superficie
El barco traza surcos de esmeralda.

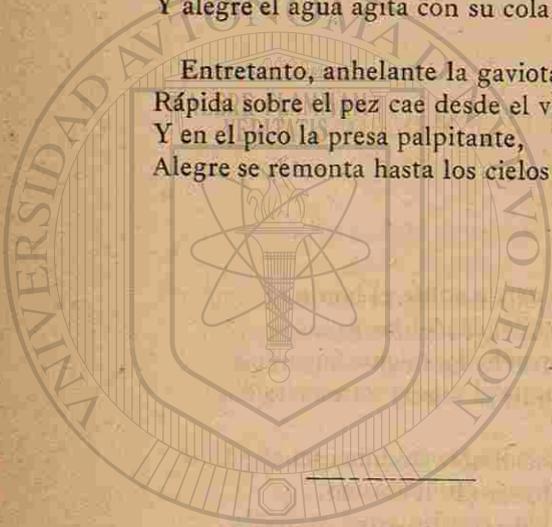
Junto al timón tendido está el piloto
Roncando levemente;
Bajo el palo mayor, cosiendo velas,
Se sienta el embreado grumete.

Brilla el rubor en su semblante rojo,
Su larga boca tiembla,
Y á todas partes la mirada límpida
De sus hermosos ojos gira inquieta.

Que el capitán ante él se ha detenido
Como un loco jurando,
Le trata de ladrón y dice:—«Infame,
Del tonel un arenque me has robado.»

Tranquila está la mar; un pececillo
 Brilla sobre las ondas,
 Calienta al sol su cabecita de oro,
 Y alegre el agua agita con su cola.

Entretanto, anhelante la gaviota,
 Rápida sobre el pez cae desde el viento,
 Y en el pico la presa palpitante,
 Alegre se remonta hasta los cielos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EN EL FONDO DEL MAR.

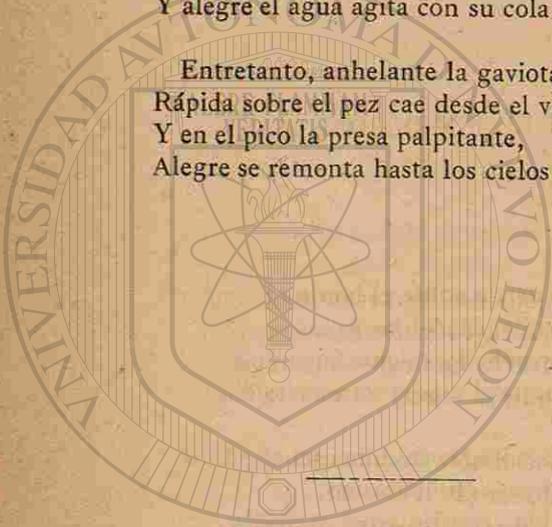
Apoyado sobre el borde
 Estoy del fuerte navío,
 Y con soñadores ojos
 Del agua el espejo miro.

Mis miradas se sumergen
 Más y más en el abismo,
 Y la luz veo primero
 De un crepúsculo indeciso.
 Poco á poco van brillando
 Sus colores más distintos,
 Cúpulas y torres surgen,
 Y al fin, del sol ante el brillo,
 Vieja villa neerlandesa
 Llena de vida diviso.

Ancianos altos, envueltos
 En negras capas, altivos,
 Cadenas de honor al cuello

Tranquila está la mar; un pececillo
 Brilla sobre las ondas,
 Calienta al sol su cabecita de oro,
 Y alegre el agua agita con su cola.

Entretanto, anhelante la gaviota,
 Rápida sobre el pez cae desde el viento,
 Y en el pico la presa palpitante,
 Alegre se remonta hasta los cielos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EN EL FONDO DEL MAR.

Apoyado sobre el borde
 Estoy del fuerte navío,
 Y con soñadores ojos
 Del agua el espejo miro.

Mis miradas se sumergen
 Más y más en el abismo,
 Y la luz veo primero
 De un crepúsculo indeciso.
 Poco á poco van brillando
 Sus colores más distintos,
 Cúpulas y torres surgen,
 Y al fin, del sol ante el brillo,
 Vieja villa neerlandesa
 Llena de vida diviso.

Ancianos altos, envueltos
 En negras capas, altivos,
 Cadenas de honor al cuello

Y espadas luengas al cinto,
 Por la plaza se pasean
 Ante el vetusto edificio
 De la casa de la villa,
 En cuya pared, en nichos,
 Emperadores de piedra
 Sencillamente esculpidos,
 Empuñando largos cetros
 Y espadas, se alzan tranquilos.

No lejos, ante una fila
 De mansiones cuyos vidrios
 Entre la penumbra lucen
 De piramidales tilos,
 Se pasean las doncellas,
 Cuyos semblantes divinos
 Cual rosas, entre sus tocas
 Negras, aparecen dignos,
 Y cuyos rubios cabellos,
 Aliñados con descuido,
 Se arrollan en bucles de oro
 En torno del rostro lindo.
 Turba de hermosos galanes
 A la española vestidos,
 Miradas de amor les lanzan
 Sonrientes y sumisos;
 Matronas con largos velos
 Y con briales sencillos,
 Sujetando entre sus manos
 Rosarios, cruces y libros,
 Con cortos pasos al templo

Marchan, atento el oído
 Al eco de las campanas,
 Del órgano á los gemidos.

Con estos lejanos ecos
 Siento henchirse de suspiros,
 De tristezas misteriosas,
 De deseos no sentidos
 Mi pecho, apenas curado
 De su dolor infinito.
 Parece que mis heridas,
 Presas de labios queridos,
 Sangran de nuevo vertiendo
 De sangre calientes hilos.
 Rodando las tibias gotas
 Una á una en el tranquilo
 Y verde mar se sumergen
 Buscando un viejo edificio
 Que su alta fachada eleva
 En el pueblo submarino,
 Que solitario parece,
 Y desierto y sin rüido,
 Y en el cual de un balcón bajo
 Sentada junto á los vidrios,
 Apoya una niña hermosa
 Su frente en su brazo nítido.
 —«Te conozco, niña hermosa;
 Yo te conozco, bien mío:
 En el fondo de los mares
 Por huir de mi cariño
 Te escondió tu fantasía,

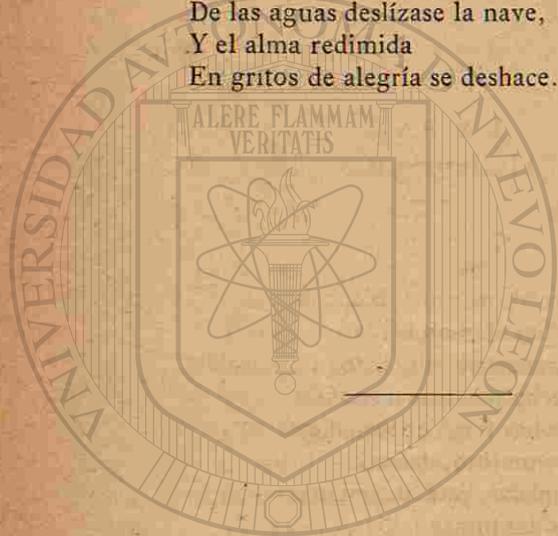
Ascender ya no has podido,
 Y extranjera entre extranjeros
 Vives hace más de un siglo,
 Mientras que yo, traspasado
 Por la pena, el pecho herido,
 Anhelante por la tierra
 Te buscaba, ¡ídolo mío!
 A tí, ¡luz de mis amores!
 A tí, ¡mi eterno cariño!
 A quien por último encuentro
 En mi desierto camino;
 Te encuentro, y tu dulce rostro
 Otra vez dichoso miro,
 Y otra vez tus ojos veo
 Luminosos y tranquilos,
 Y en tus labios la sonrisa
 Feliz otra vez diviso.
 Ya jamás he de dejarte,
 A tí me impulsa el destino,
 Y sobre tu amante pecho
 Gozoso me precipito.»—

Pero el capitán á tiempo
 Me agarró por los tobillos,
 Y en la cubierta arrojándome,
 Con áspera voz me dijo:
 —«Doctor, ¿estáis por ventura
 Del demonio poseído?»—

PURIFICACIÓN.

«Queda bajo las aguas,
 Queda por siempre allí, sueño implacable
 Que mi pecho otras noches
 Con tus dichas fingidas flagelaste,
 Y aun hoy, marino espectro,
 Vienes en pleno día á atormentarme.
 Queda bajo las ondas,
 Yo te arrojé con todos mis pesares,
 Y el gorro de Locura
 Que bordan cascabeles resonantes
 Que yo oí tantas veces
 En torno de mis sienas agitarse,
 Y el frío disimulo,
 Esa de áspid horrible piel süave
 Que envolvió tanto tiempo
 Entre sus pliegues mi alma delirante;
 Mi alma maldita, mi alma
 Blasfema del Señor y de los ángeles.»

—«¡El viento, tended velas!»—
 Ante su soplo ya se hinchan flotantes,
 Sobre el traidor espejo
 De las aguas deslízase la nave,
 Y el alma redimida
 En gritos de alegría se deshace.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

LA PAZ.

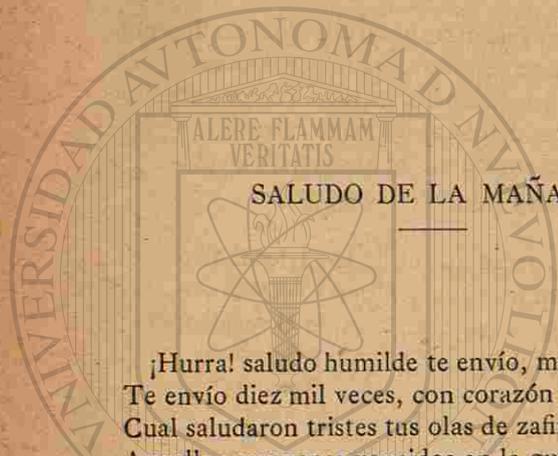
Cercado de nubes blancas
 El sol en el cenit brilla,
 Y yo recostado en tanto
 Contemplo la mar tranquila.
 Cerca estoy del gobernalle;
 Mi mente loca, delira,
 Y entre mis sueños confusos
 Y mis confusas vigias,
 De Jesucristo la imagen
 Aparece ante mi vista.
 De blanca y flotante tela
 La imagen veo vestida:
 Es grande como un gigante,
 Y silencioso camina
 Sobre la fecunda tierra
 Y sobre la mar tranquila;
 Toca su cabeza al cielo;
 Con sus manos extendidas
 Bendice tierras y mares,

Y cual corazón que brilla,
 Dentro de su pecho lleva
 El sol, que al mundo ilumina;
 Y este corazón ardiente,
 Hogar de amor y de vida,
 Derrama de sus fulgores
 La luz brillante y purísima
 Sobre la fecunda tierra
 Y sobre la mar tranquila.

Ecos hacia todos lados
 De campanas que repican,
 Atraen con su voz alegre
 Y sonora nuestra quilla,
 Que llega á una verde costa
 Solitaria y escondida,
 Donde los humanos viven
 En una ciudad magnífica.

¡De la paz milagro! ¡Cómo
 La ciudad duerme tranquila!
 El rumor de los oficios,
 La charla descomedida
 De los negocios humanos
 En el espacio no vibran;
 Todo es quietud, y en las calles
 Luminosas y sencillas,
 Hombres vestidos de blanco
 Llevando palmas caminan;
 Y á tiempo que dos de ellos
 En su marcha se divisan,

Con aire de inteligencia
 Se contemplan y se miran,
 Y de amor en un exceso,
 En un trasporte de dicha
 Se abrazan, y al claro cielo
 Alzan la mirada límpida,
 Hacia el corazón ardiente
 Del Salvador, que los mira:
 Corazón que es el sol claro,
 Que vierte con alegría
 La deslumbrante y preciada
 Púrpura de su purísima
 Reconciliadora sangre
 Sobre la tierra dormida,
 Y por tres veces exclaman
 En un trasporte de dicha:
 —«¡Bendito seas, oh Cristo,
 Sea tu piedad bendita!»



SALUDO DE LA MAÑANA.

¡Hurra! saludo humilde te envió, mar undoso,
Te envió diez mil veces, con corazón gozoso,
Cual saludaron tristes tus olas de zafir
Aquellos corazones vencidos en la guerra,
De aquellos diez mil griegos que, ausentes de su tierra,
Presentes en la historia del mundo han de vivir.

Las ondas se agitaban, el céfiro gemía;
De claridad rosada el sol al mar teñía;
Bandadas de gaviotas huían con terror
Lanzando agudos gritos; piafaban los corceles,
Y un «hurrah» entre el crujido de lanzas y broqueles,
De los helenos pechos se alzaba cor ardor.

¡Oh mar! yo te saludo, yo encuentro en tus rumores
Un eco de aquel suelo que hollaron mis mayores;
De mi niñez los sueños, ya muertos por mi mal,
Ver creo entre tus ondas; las dichas ya pasadas,

Las conchas, los corales, las perlas sonrosadas
Que guardan misteriosos tus cofres de cristal.

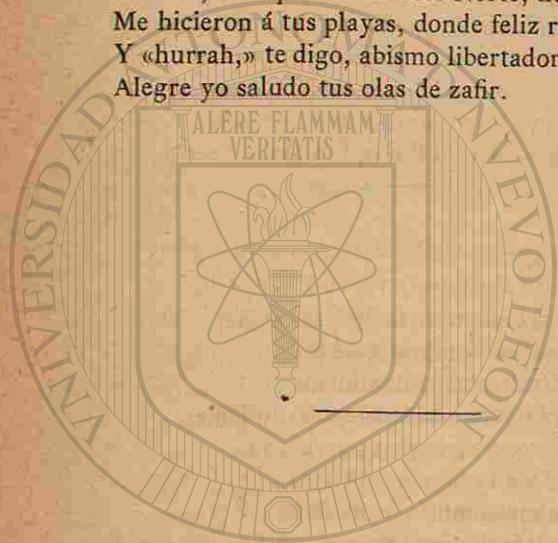
¡Cuánto en suelo extranjero mis ojos han llorado!
Cual flor que ve secarse su cáliz perfumado
Que el sabio en el estuche metió sin compasión,
Hallando á sus deseos el universo estrecho
Latiendo sin ventura en mi angustiado pecho
Secábase aterido mi pobre corazón.

Ahora me parece que el lento invierno frío
Pasé en cuarto malsano y fétido y sombrío,
Y que al dejarlo ahora, contemplo el resplandor
Del sol que alegre baña la verde primavera,
Y que me miran creo con avidez sincera
Los ojos perfumados de la sencilla flor.

Y escucho los suspiros de la extensión poblada
Con árboles cargados de nieve perfumada,
Que envuelve la distancia con su irisado tul;
El éter leve miro que llora y que suspira,
El orbe entero creo que ríe y que respira,
Y que «hurrah» el ave canta en la extensión azul.

¡Oh corazón, que glorias como el guerrero griego
Cobraste con tu huida! ¡Cuánto el amante fuego
De las hermosas bárbaras te supo fastidiar!
Los ojos con ardientes miradas me encendían,
Con sus palabras falsas mi corazón herían,
Con soñolientas cartas llegábanme á atontar.

En vano el fuerte escudo mis manos presentaban;
 Silbaban las saetas, los golpes redoblaban,
 Y al fin, desesperado del frío Norte, huir
 Me hicieron á tus playas, donde feliz reposo,
 Y «hurrah,» te digo, abismo libertador y undoso,
 Alegre yo saludo tus olas de zafir.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA TEMPESTAD.

La tempestad sobre la mar se cierne,
 Y de las nubes la muralla negra
 Rasga veloz la chispa dentellada
 Que fulgura y se extiende en las tinieblas
 Como un trozo de espíritu arrancado
 De Kronión á la fuerte cabellera.
 Sobre la onda sombría y olvidada
 Ruge con largos ecos la tormenta;
 De Poséidon piafan los corceles,
 Que Bóreas engendrara con las yeguas
 De Ericthón descrinadas; y las aves
 Marinas la extensión rasgan inquietas,
 Cual las sombras de muertos que Caronte
 De la Stygia olvidada en la ribera
 Arroja de su barca misteriosa
 De míseros cadáveres repleta.

Allá abajo un navío desdichado
 A danzas bien difíciles se entrega;

Eólo le envió los más fogosos
 Músicos incansables de su orquesta:
 Uno, cruel, le punza; otro, con locos
 Vaivenes retozones, le golpea;
 Silba el uno; otro sopla; y el tercero,
 Con los bajos, la música completa.
 El piloto entretanto vacilante,
 El gobernalle en la cansada diestra,
 Con miradas atónitas, la brújula,
 Del bajel, alma trémula, contempla,
 Y tendiendo las manos hacia el cielo,
 —«Salvadme,— dice con amarga pena; —
 Tú, Cástor, caballero no vencido,
 Y tú, Pólux, también glorioso atleta.»—

EL NAUFRAGIO.

¡Esperanza y amor! todo
 Me arrebató la fortuna;
 Yo mismo, como un cadáver
 Que el mar desprecia en su furia,
 Yazco tendido en la arena
 De la ribera desnuda.

Brilla ante mí de las aguas
 La abandonada llanura;
 Tras mi dolor y destierro
 El día tan sólo alumbra,
 Y por cima de mi frente
 Las nubes el éter cruzan;
 Hijas informes del aire,
 Que del cielo hasta la altura
 Con sus cubos de neblina
 El agua elevan que impulsan
 Al mar otra vez; tarea
 Enojosa é importuna,

Inútil y fastidiosa
Como mi existencia oscura.

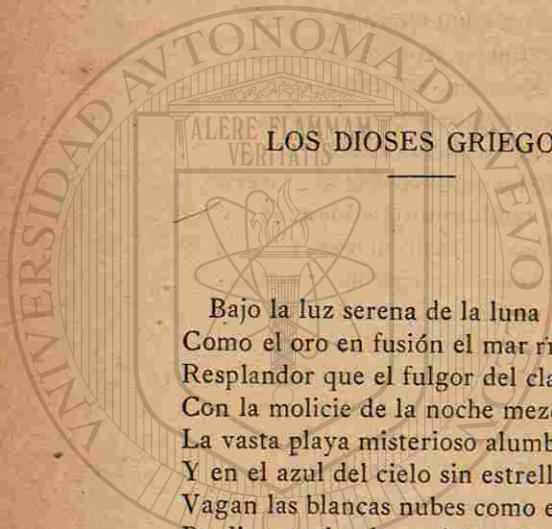
Vuelan las aves marinas,
Las verdes ondas murmuran,
Viejos recuerdos me embargan
Y olvidados sueños cruzan
Ante mi vista extendiendo
Sus visiones de ventura.

Hay en el Norte una hermosa,
Hermosa como ninguna;
Sus ropas voluptuosas
De deslumbrante blancura,
Su talle de ciprés ciñen
Y entre sus pliegues circundan;
Se escapan sus bucles, negros
Como noche de venturas,
De su frente, coronada
De trenzas que se entrecruzan.
Sobre su rostro, en que brillan
Palidez, gracia y dulzura,
Y en su pálido semblante,
Que con su belleza abrumba,
Cual negros soles sus ojos
Melancólicos fulguran.

¡Negros soles! ¡cuántas veces
Encendisteis la fecunda
Hoguera del entusiasmo
En mi pecho sin fortuna!

¡Cuántas probé vacilante
La inenarrable locura,
La embriaguez misteriosa
A que la pasión empuja!
Pero entonces en los labios
De tu boca roja y muda
Volteaba una sonrisa
Llena de infantil dulzura,
Y de tus labios arqueados
Fieramente, una tras una
Brotaban frases graciosas
Como la luz de la luna,
Y suaves como el aroma
Que la flor gentil perfuma,
Y mi alma entonces volaba
Del claro cielo á la altura.

Callad ondas y gaviotas;
¡Esperanzas y venturas!
¡Amor é ilusiones! todo
Me arrebató la fortuna.
Pobre náufrago, tendido
Yazco en la arena desnuda,
Apretando mi semblante
Sobre las arenas húmedas.


 LOS DIOS GRIEGOS.

Bajo la luz serena de la luna
 Como el oro en fusión el mar riela,
 Resplandor que el fulgor del claro día
 Con la molicie de la noche mezcla,
 La vasta playa misterioso alumbra,
 Y en el azul del cielo sin estrellas
 Vagan las blancas nubes como estatuas
 De dioses colosales y siniestras,
 Talladas por la mano del acaso
 En las entrañas de brillante piedra.

No son, no son las nubes, son los dioses.
 Los dioses mismos de la antigua Grecia,
 Que el mundo alegremente gobernaron
 En pasadas edades con su diestra,
 Y hoy, después de su ruina y su caída,
 Cuando la noche silenciosa media,
 Cruzan dolientes por el ancho cielo
 Espectros tristes, sombras gigantescas.

Fascinada y atónita a mi vista,
 Este flotante Pantheón contempla;
 Colosales figuras que se mueven
 Y cruzan tristes la extensión serena
 Con un solemne y sepulcral silencio.
 —Mirad á Kronion, rey de las esferas;
 Su nieve los inviernos en los bucles
 Vertieron, de su oscura cabellera,
 Sobre aquellos cabellos que al moverse
 Al Olimpo temblar un día hicieran;
 Aun con furor el extinguido rayo
 Trémula empuña su cansada diestra,
 Y su rostro, que hollara el sufrimiento,
 No perdió en la desgracia su fiereza.
 ¡Oh altivo Zeus! tiempos más dichosos
 Aquellos tiempos que pasaron eran,
 Cuando saciabas tu apetito ardiente
 De hecatombes y ninfas hechiceras;
 Mas de los mismos dioses el reinado
 Terminó al fin en el espacio encuentra,
 Los jóvenes empujan á los viejos
 Cual tú un día empujaste en vil pelea
 A tu padre y tus tíos los Titanes,
 Júpiter parricida con fiereza.
 También te reconozco, altiva Juno;
 A pesar de tus celos y tus quejas,
 Otra ha tomado el cetro de los cielos;
 No eres la reina incontrastable y bella,
 Y tus brazos de lirio ya impotentes
 Miro, é inmóvil tu ojo de gacela;
 Y ya á la hermosa que de Dios el hijo,

Fruto divino, en sus entrañas lleva,
 Tu venganza cual rayo de los cielos,
 Diosa vencida, á destrozár no llega.
 Y á tí también, también te reconozco:
 Con tu saber y tu égida y tu fuerza
 La caída evitar no has conseguido
 Del viejo Olympo, Palas Athenea?
 Y también llegas tú, tierna Afrodita;
 Tus cabellos cual oro en tu cabeza
 Brillaban otras veces, ahora luce
 Como plata tu hermosa cabellera.
 Hermosa estás, el cinturón famoso
 De las Gracias te ciñe y te sujeta,
 Y sin embargo, miedo incomprensible,
 Raro temor me causa tu belleza;
 Y si cual héroes de lejanos días
 Tu hermoso cuerpo poseer debiera,
 Por loca angustia el corazón opreso
 Yo moriría de quebranto y pena.
 Eres tan sólo, Venus Libitina,
 Ya de la muerte la deidad siniestra.

Tampoco Arés con su mirada amante
 A su querida lívida contempla;
 Febo Apolo, el hermoso adolescente,
 Inclina tristemente la cabeza,
 Y la lira sonante que alegrara
 Del Olimpo feliz la noble mesa,
 Y vibró en el banquete de los dioses,
 Destemplada sostiene con su diestra.
 Más sombrío Hefaistos me parece,

Y el adusto Vulcano con fiereza
 A la celeste reunión no sirve,
 A Hebe sustituyendo, el dulce néctar.
 La risa inextinguible de los dioses
 Después de tanto tiempo ya no suena.

Yo jamás os amé, ¡viejas deidades!
 ¡Divinidades clásicas y fieras!
 Mas piedad santa y compasión ardiente
 De mi pecho sensible se apodera
 Cuando errantes os miro por la altura,
 ¡Dioses abandonados! ¡sombras muertas!
 ¡Nebulosas imágenes que el viento
 Hace huir aterradas y dispersas!
 Y al pensar cuán cobardes y cuán falsos
 Los dioses son que un día os vencieran,
 Esos sombríos y modernos dioses
 Que hoy los cielos dirigen y gobiernan,
 Zorros de sangre ansiosos, que se cubren
 Con la piel del cordero, ardiente llena
 La ira mi pecho, y deshacer sus templos
 Y por vosotros combatir quisiera.
 Por vosotros, deidades sonrientes,
 Y vuestro buen derecho, que la Grecia
 Con su ambrosía perfumó, y sumiso,
 En vuestro nuevo altar lleno de ofrendas
 Adorar y cantar y alzar al cielo
 Los brazos suplicantes yo quisiera.

Verdad es que otras veces, viejos dioses,
 De los humanos en las luchas fieras

Del vencedor tomabais el partido,
 Venales cortesanos de la fuerza.
 Pero es el alma del mortal más noble,
 Más entusiasta y generosa y tierna,
 Y yo sigo, en las luchas de los dioses,
 De los dioses vencidos la bandera.—

Hablaba así, y en el sereno cielo
 Las visiones fantásticas de niebla,
 Sensibles á mi voz, enrojécian,
 Mirábanme con silenciosa pena,
 Y cual por el dolor transfiguradas
 Fundiéronse de pronto en las tinieblas.
 Ya se había escondido silenciosa
 La luna tras las nubes cenicientas,
 Alzaba el ancho mar su voz sonora,
 Y del espacio en la extensión inmensa
 Salían victoriosas, derramando
 Sus eternos fulgores, las estrellas.

CUESTIONES.

A orillas del mar desierto,
 Junto al piélago intranquilo,
 Un joven lleno de dudas
 Se detiene pensativo,
 Y así á las ondas inquietas
 Dice con aire sombrío:

—«Explicadme de la vida
 El arcano no sabido,
 Enigma que tantas frentes
 Ardieron por descubrirlo;
 Cabezas engalanadas
 Con adornos pontificios,
 Frentes con mitras hieráticas,
 Con turbantes damasquinos,
 Con birretes doctorales,
 Con pelucas, con postizos
 Cabellos, y tantas otras
 Cabezas que el escondido

Enigma saber quisieron,
Decidme, yo os lo suplico:
¿Qué es el hombre? ¿de dó viene?
¿Adónde va su camino?
¿Qué habita en el alto cielo
Tras los astros encendidos?»—

El mar su canción eterna
Murmura triste y dormido;
Sopla el viento; huyen las nubes;
Los astros en el vacío
Fulguran indiferentes
Con sus resplandores fríos,
Y un demente una respuesta
Espera en tanto intranquilo.

EL PUERTO.

Feliz aquel que al puerto llega al cabo,
Tras sí dejando mares y tormentas,
Y tranquilo en el sótano abrigado
Se sienta al fin del *Rathskeller* de Brema.

¡Cuán fiel y delicioso el mundo todo
En el cristal del *ræmer* (1) se refleja,
Y cuán luciente al corazón cansado
Ese moviente microcosmo llega!
Yo en ese vaso reunidos veo
Del humano infeliz la historia entera:
A Gans el sabio, y al severo Hegel,
El Turco altivo, la riente Grecia;
Bosques de limoneros, y paradas
Militares; Berlín, Túnez, Abdera;
Pero ante todo, el corazón prefiere
De mi amada mirar la imagen tierna,
Y ver del Rhin sobre el dorado fondo
Leve oscilar su angelical cabeza.

(1) *Ræmer*, vaso de estaño, y fondo de cristal, á propósito para servir la cerveza.

¡Hermosa eres, mi bien, como una rosa!
 No cual la rosa de Sehiraz, la eterna
 Pasión del rui señor que Hafiz cantara;
 No cual la rosa de Sarón, la fresca
 Y santa flor de rojas aureolas
 Que en sus salmos cantaron los profetas;
 Tú te pareces á la oliente rosa
 Del abrigado *Rathskeller* de Brema.
 La rosa es de las rosas; nunca muere
 Y florece en eterna primavera.
 Su perfume divino me ha devuelto
 La fe y el entusiasmo con tal fuerza,
 Que si el digno y honrado repostero
 Del abrigado *Rathskeller* de Brema
 No me hubiera tenido por la espalda,
 Ruedo hasta el suelo dando volteretas.

Hombre honrado y leal; sentados juntos,
 Bebo con él con fraternal franqueza;
 Altas cuestiones debatimos graves;
 Suspiramos los dos con honda pena,
 Y lo abrazo por fin: él me ha enseñado
 Del cariño la ley constante y tierna.
 Yo por mis más crueles enemigos
 He brindado con él; y á los poetas
 Malos dí mi perdón, para que al cabo
 Yo también perdonado un día sea.
 Yo lloré compungido, y miré abrirse
 Por último ante mí del bien las puertas:
 La bodega; solemne santuario
 Donde doce toneles, que de inmensa

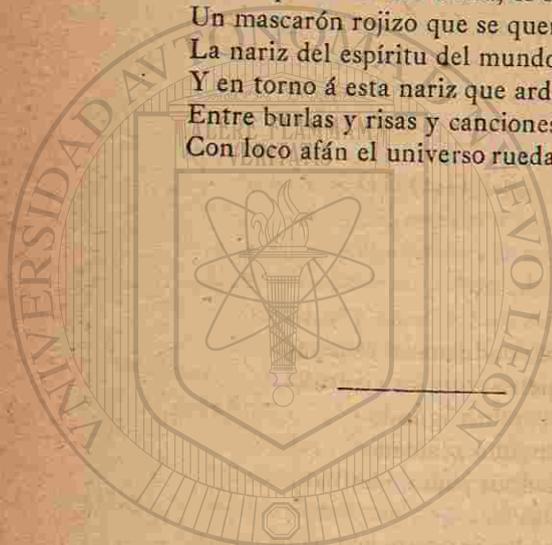
Cabida están dotados y se llaman
 Los apóstoles santos, con fe eterna
 Preces y preces dicen en silencio...
 Y es no obstante universal su lengua.

Personajes notables: es sencillo
 Su exterior, y sus ropas de madera;
 Mas por dentro, más bellos, más brillantes
 Que todos los levitas de la Iglesia,
 Y de Herodes feroz los cortesanos
 Engalanados de oro y plata y sedas.
 Yo siempre he dicho que Jesús divino,
 Que el Señor de los cielos y la tierra
 Vivió en medio de nobles compañías,
 No entre gentes vulgares y groseras.

¡Aleluya! ¡Qué grato es el perfume
 Que aspiro de Bethel en las palmeras!
 La mirra del Hebrón ¡qué aroma exhala!
 ¡Qué dulce el viento entre los tilos suena!
 ¡Cuán alegre el Jordán, el sacro río,
 Murmurando á compás se balancea!
 Y con él á compás mi alma vacila,
 Y se mece, y vacilo yo con ella;
 Y también vacilando, el repostero
 Del abrigado *Rathskeller* de Brema,
 Adonde brilla el resplandor del día,
 Me conduce subiendo la escalera.

¡Oh! bravo repostero, mira, mira;
 Míralos bien, en las techumbres viejas

Están todos los ángeles sentados;
 Ebrios están, y cantan y vocean:
 El sol que en lo alto brilla, es solamente
 Un mascarón rojizo que se quema
 La nariz del espíritu del mundo,
 Y en torno á esta nariz que arde y flamea,
 Entre burlas y risas y canciones
 Con loco afán el universo rueda.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EPÍLOGO.

Como ondulan en el prado
 Las mieses ante los vientos,
 En el cerebro agitado
 Del pensador olvidado
 Ondulan los pensamientos.

Y son las enamoradas
 Imágenes del poeta,
 Cual las flores azuladas,
 Que abren su corola inquieta
 Entre las mieses doradas.

¡Pobre flor, azul ó roja!
 El segador, con su mano,
 Por inútil te deshoja;
 Con necio desdén te arroja
 De su campo el aldeano.

®

Y el que los campos pasea,
Cuando la vista derrama
Y en vosotros la recrea,
Flores malditas os llama
Y vuestra muerte desea.

Mas la aldeana inocente
Que coronas perfumadas
Teje al amor, sonriente,
Entre sus trenzas doradas
Os coloca alegremente.

Y corre de dicha llena
Hacia el baile bullicioso,
Donde con s6n cadencioso
Melanc6lico resuena
El viol6n armonioso,

Si no prefiere la umbrosa
Fronda, donde misteriosa
La voz de su bien querido
Suena m6s grata en su o6do
Que la flauta cadenciosa.

EL REGRESO.

UNIVERSIDAD AUT6NOMA DE NUEVO LE6N

DIRECCI6N GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y el que los campos pasea,
Cuando la vista derrama
Y en vosotros la recrea,
Flores malditas os llama
Y vuestra muerte desea.

Mas la aldeana inocente
Que coronas perfumadas
Teje al amor, sonriente,
Entre sus trenzas doradas
Os coloca alegremente.

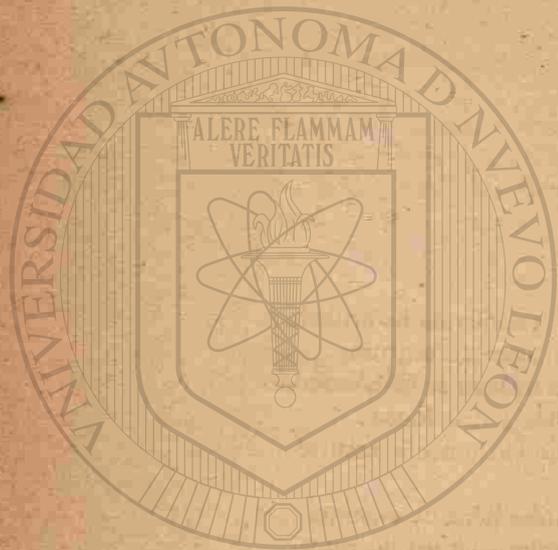
Y corre de dicha llena
Hacia el baile bullicioso,
Donde con s6n cadencioso
Melanc6lico resuena
El viol6n armonioso,

Si no prefiere la umbrosa
Fronda, donde misteriosa
La voz de su bien querido
Suena m6s grata en su o6do
Que la flauta cadenciosa.

EL REGRESO.

UNIVERSIDAD AUT6NOMA DE NUEVO LE6N

DIRECCI6N GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

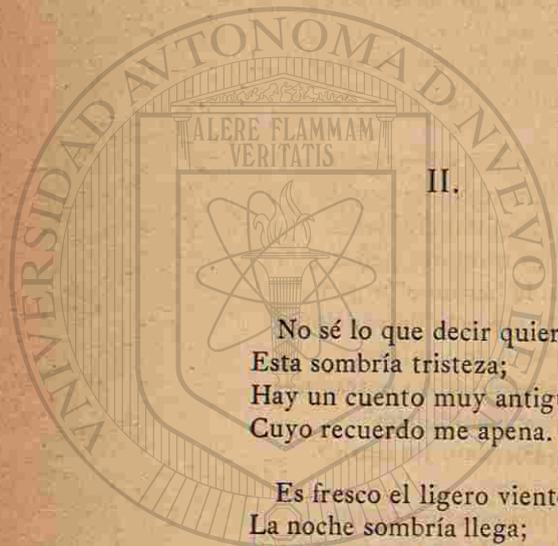
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

1.

¡Ay! en mi vida ha brillado
Una imagen de ventura;
Mas la imagen se ha borrado,
Y otra vez abandonado
Camino entre noche oscura.

Al niño llena de espanto
La sombra con sus horrores,
Y alza en su miedo su canto,
Para esconder bajo el manto
De su canción sus temores.

Yo también, niño inocente,
Canto entre la sombra fría:
Si en mi voz no hay armonía,
Borra, al menos, de mi frente
La negra melancolía.



No sé lo que decir quiere
Esta sombría tristeza;
Hay un cuento muy antiguo
Cuyo recuerdo me apena.

Es fresco el ligero viento;
La noche sombría llega;
El Rhin corre silencioso,
Y los picos de la sierra
Devuelven del sol poniente
Las claridades postreras.

En la altura está sentada
La más hermosa doncella;
Fulguran sobre su cuerpo
Doradas y ricas telas,
Y peina sus rizos de oro
Con sus manos de azucenas.

Con rico peine de oro
Peina su áurea cabellera,
Mientras en sus labios rojos
Alegre canción resuena,
Canción de extraño prestigio
Y melodías siniestras.

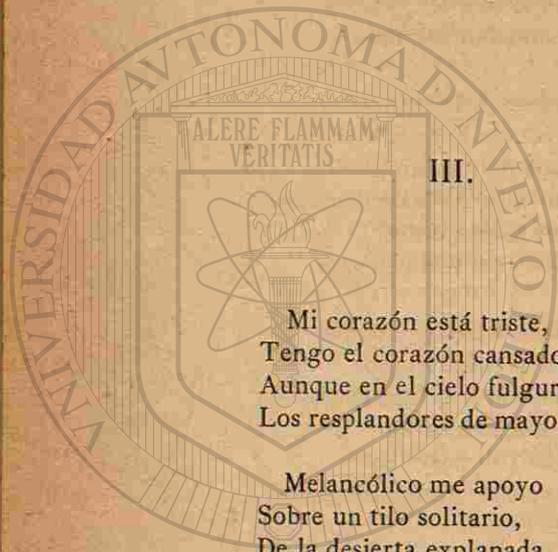
En su barca, el marinero
Siente inconsolable pena;
No ve los golfos traidores,
No ve las traidoras peñas;
Ve sólo la hermosa virgen
Sentada sobre la sierra.

Yo creo que, al fin, las ondas,
Marino y barca ligera
Se engulleron y llevaron
A sus sombrías cavernas,
Y que fueron el motivo
De aquella desdicha inmensa
De Loreley las canciones
Melodiosas y siniestras.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





III.
 Mi corazón está triste,
 Tengo el corazón cansado,
 Aunque en el cielo fulguran
 Los resplandores de mayo.

Melancólico me apoyo
 Sobre un tilo solitario,
 De la desierta explanada
 En el recinto plantado.

Silencioso, azul, tranquilo
 El río corre allá abajo;
 Un niño sobre una barca
 Recorre su caudal manso,
 Una canción melancólica
 Indiferente silbando.

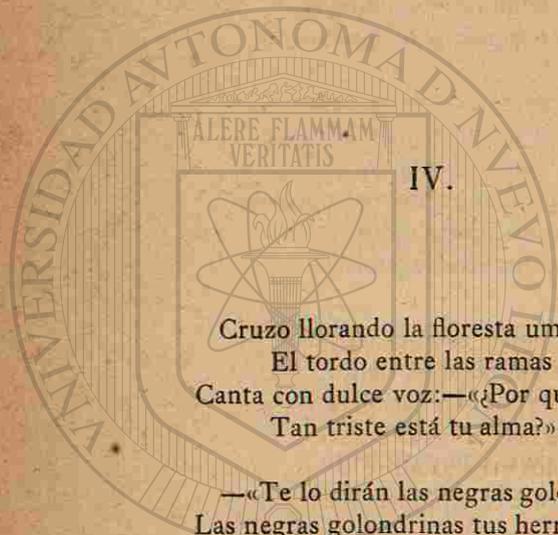
Más allá de la corriente,
 De la corriente á otro lado

Se unen en bello conjunto
 Los jardines, los palacios,
 Y los hombres y los bueyes,
 Y la enramada y los prados.

Extienden dos lavanderas
 Ante el sol sus lienzos blancos;
 Y del agua del molino,
 Que el sol convierte en topacios,
 Hasta mis tristes oídos
 Llegan los ecos lejanos.

Se alza una garita encima
 De un torreón agrietado,
 Y un guardia, con rojo traje,
 Sobre el glácis solitario
 Va y viene con paso lento,
 Viene y va con lento paso.

Con el fusil se entretiene,
 Que brilla ante el sol dorado.
 Presenta el arma luciente,
 La extiende hacia mí apuntando:
 ¡Quisiera que me tendiese
 De un tiro, muerto en el acto!



Cruzo llorando la floresta umbría:
 El tordo entre las ramas
 Canta con dulce voz:—«¿Por qué tan triste,
 Tan triste está tu alma?»—

—«Te lo dirán las negras golondrinas,
 Las negras golondrinas tus hermanas;
 Ellas que hicieron sus pequeños nidos
 En los balcones de mi dulce amada.»—

V.

La noche es húmeda y fría;
 Silba con furor el viento,
 Y no brillan las estrellas
 Sobre las playas del cielo.
 Bajo los árboles altos
 Que bate el soplo del cierzo,
 Por el fondo de la selva
 Voy caminando en silencio.

Fulgura una luz lejana,
 Una luz brilla á lo lejos,
 Pero hacia el sitio en que brilla
 No me lleva su reflejo:
 Hay tal tristeza allá abajo,
 Que invade mi mente el miedo.

La abuela anciana, sentada
 Está en su sillón de cuero;
 Siniestra como una estatua

De granito, del silencio,
Ni una palabra tan sólo
Murmuran sus labios secos.

El hijo del guardabosque,
Mozo de rojos cabellos,
Por la estancia se pasea:
Cuelga su fusil del negro
Muro, é insolente ríe
A carcajadas, colérico.

La bella hilandera llora;
Mojan el cáñamo seco
Sus lágrimas: á sus plantas,
Aullando, se tiende el perro
Que un día siguió los pasos
Del anciano padre muerto.

VI.

Cuando á mi regreso encuentro
La familia de mi amada,
Alegres me reconocen
Sus padres y sus hermanas.

Por mi salud me preguntan,
Y me dicen que mi cara
Está lo mismo, tan sólo
Con la calor más quebrada.

Yo pregunto por las tías,
Por las parientas lejanas,
Y hasta por aquel cachorro
Que dulcemente ladraba.

Pregunto también por ella,
Con otro ¡cielos! casada,
Y que ya recién parida
Me dicen, ¡oh Dios! se halla.

Les felicito, y sonrío,
Mientras mi voz les encarga
Le hagan presente el saludo
Y la efusión de mi alma.

Dice en tanto la hermanita:
—«Creció el perro, le entró rabia,
Y fué necesario entonces
Del Rhin arrojarle al agua.»—

Se parece la pequeña
Cuando sonrío á su hermana,
Y tiene los mismos ojos
Que mi desventura labran.

VII.

Del pescador sentados en la ruinosa choza
Mirábamos atentos el azulado mar;
Las brumas de la tarde en alas de la brisa
El cielo recorrían en su carrera audaz.

Las aguas, poco á poco, de la llanura inmensa
Los faros alumbraron con su indecisa luz,
Y rápido en las sombras de la extensión lejana
Cruzó un bajel ligero por la llanura azul.

Hablamos de tormentas y hablamos de naufragios,
Hablamos del marino y de su vida audaz,
Vida que airadas mecen las aguas y los cielos,
Vida en que marchan juntos el goce y el pesar. ®

Hablamos de países lejanos y remotos
Del Sur y el Norte frío, y llenos de interés,
Hablamos de los hombres que pueblan tales climas,
De sus costumbres raras, de su ignorado ser.

Hay junto al Ganges sacro, aromas y fulgores,
Gigantes arboledas alumbra el claro sol,
Y hermosos hombres clavan en tierra sus rodillas
Y al loto azul adoran con santa devoción.

Son los lapones sucios, pequeños y asquerosos,
De bocas no medidas y de aplastada sien.
Al fuego se calientan y cuecen su pescado,
É imbéciles y necios golpéanse después.

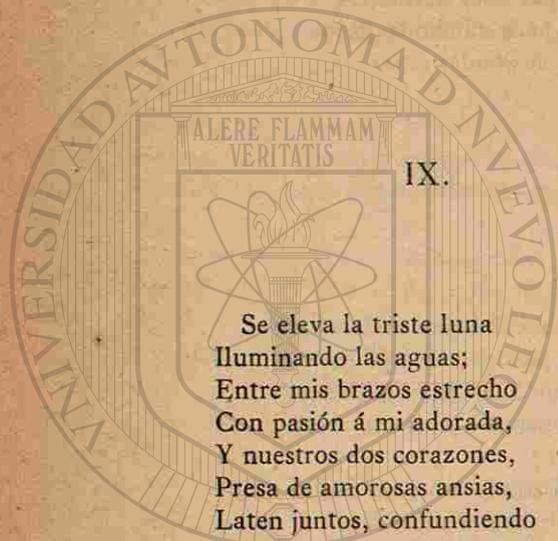
Oíannos las jóvenes con gravedad profunda,
Y al cabo en el silencio perdióse nuestra voz;
Había ya la nave de nuestra vista huído,
Y el cielo no alumbraban ni un astro ni un fulgor.

VIII.

Trae, hermosa pescadora,
Tu navecilla á la playa;
Siéntate, niña, á mi lado;
Tu mano á mi mano enlaza;

Esconde sobre mi pecho
Tu cabecita adorada;
Tú que sin pavor tu vida
Confías á la mar brava.

Mi corazón, cual los mares,
Tiene escollos y borrascas,
Pero duermen en su fondo
También perlas argentadas.

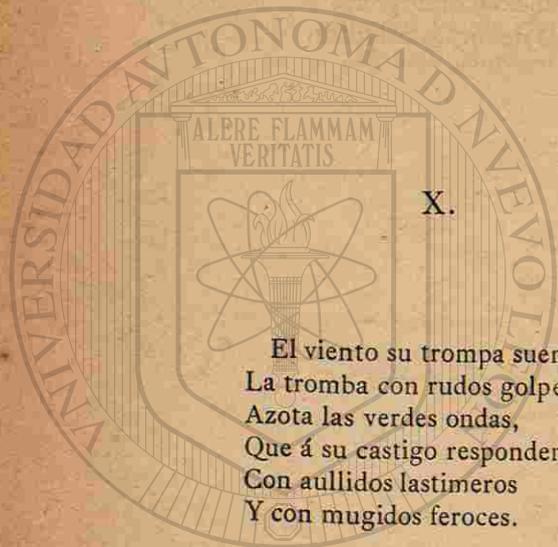


Se eleva la triste luna
 Iluminando las aguas;
 Entre mis brazos estrecho
 Con pasión á mi adorada,
 Y nuestros dos corazones,
 Presa de amorosas ansias,
 Laten juntos, confundiendo
 En una sola dos almas.

En los brazos de la hermosa
 Descanso solo en la playa.
 «¿Qué crees tú escuchar del viento
 En la voz que suena airada?
 ¿Por qué estremecida tiembla
 Tu pequeña mano blanca?

—Lo que escucho no es del viento
 La voz áspera y extraña;
 Son de las marinas vírgenes

La canción y las plegarias,
 De las vírgenes marinas,
 De mis perdidas hermanas
 Que no hace mucho tragarón
 Del mar las ondas amargas.»

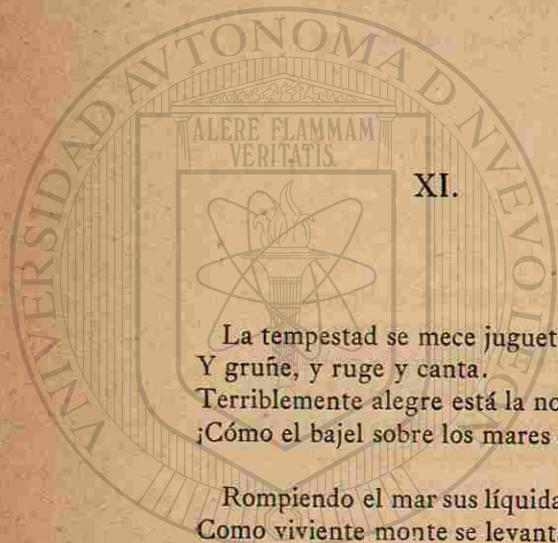


El viento su trompa suena;
 La tromba con rudos golpes
 Azota las verdes ondas,
 Que á su castigo responden
 Con aullidos lastimeros
 Y con mugidos feroces.

Desde las nubes sombrías,
 Torrentes de lluvia corren;
 Parece que entre el concierto
 De inarmoniosos acordes
 Al viejo Océano quiere
 Tragarse la vieja Noche.

Sobre el mástil la gaviota
 Detiene su vuelo torpe,
 Dando gritos lastimeros
 Que el éter surcan veloces.

Nuevas angustias le agitan,
 Y á presagiar se dispone
 Otro duelo y otras penas
 Y otras desdichas mayores.



XI.

La tempestad se mece juguetona,
Y gruñe, y ruge y canta.
Terriblemente alegre está la noche,
¡Cómo el bajel sobre los mares danza!

Rompiendo el mar sus líquidas cadenas,
Como viviente monte se levanta;
Aquí se abre un abismo,
Cual blanca torre allí las ondas se alzan.

Bajo cubierta escúchanse gemidos,
Gritos y maldiciones y plegarias;
Yo atado al fuerte mástil digo en tanto:
—¡Oh, quién se viera en mi segura casa!

XII.

Llega la noche; la bruma
El mar cubre con su manto;
Murmuran las verdes ondas
Con ecos dulces y extraños,
Y una sombra se levanta
Sobre el mar abandonado.

Es el hada de los mares
Que abandona su palacio:
En la solitaria playa
Se sienta amante á mi lado;
Sus blancas espaldas brillan
Entre velos mal cerrados.

Me abraza tierna, y me estrecha
Con tal ardor en sus brazos,
Que sus caricias amantes,
Casi, casi me hacen daño:
«Hada hermosa de los mares,
Me estrechas ¡ay! demasiado.»

—Si mis brazos te aprisionan,
Si con tal ardor te abrazo,
Es que quiero cobrar vida
Con tus besos abrasados;
Está la noche tan fría
Que tengo mi cuerpo helado.»—

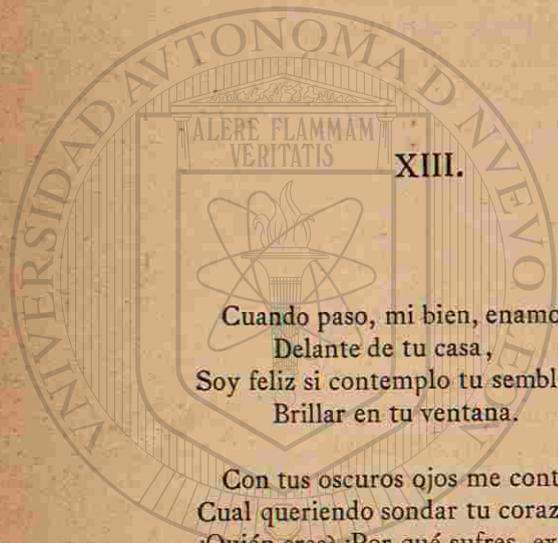
La luna sobre las nubes
Asoma su rostro pálido.
«Hada hermosa de los mares,
Tu mirada se ha turbado,
Y están tus ojos tan húmedos
Cual si los mojara el llanto.

—No están mis ojos, bien mío,
Más húmedos ni turbados;
Es que al salir esta noche
De los abismos amargos,
Una gota de las ondas
Pendiente quedó en mis párpados.»—

Las gaviotas en el viento
Lanzan gritos de quebranto;
El mar se estrella rugiendo
Sobre los bajíos ásperos.
«Hada hermosa de los mares,
De los mares azulados,
Salvajes latidos mueven
Tu corazón agitado.

—Mi corazón se estremece

Con latidos agitados,
Porque tanto yo te adoro,
Porque yo te adoro tanto,
Descendiente venturoso
De Adán, que mis pobres labios
Expresarte no podrían
Cuánto, mi bien, te idolatro.»



XIII.
 Cuando paso, mi bien, enamorado
 Delante de tu casa,
 Soy feliz si contemplo tu semblante
 Brillar en tu ventana.

Con tus oscuros ojos me contemplas
 Cual queriendo sondar tu corazón.
 ¿Quién eres? ¿Por qué sufres, extranjero,
 Cuyo rostro la pena entristeció?

«Yo nací en Alemania, y soy poeta
 En la tierra alemana conocido:
 Cuando citan los nombres más gloriosos
 Citan también el mío.

»Por lo que sufro yo, sufren, bien mío,
 Muchos también en alemana tierra;
 Cuando citan las penas más amargas,
 Citan también mis penas.»

XIV.

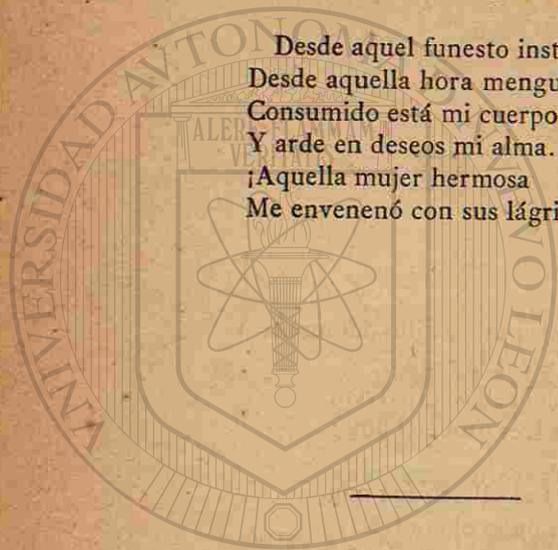
Del sol al último rayo
 Fulgura la mar lejana,
 Y sentados entretanto
 Delante de la cabaña
 Del pescador, silenciosas
 Palpitaban nuestras almas.

Se alzó la bruma, é hincharon
 Su seno las ondas claras;
 Volando, el sereno cielo
 La gaviota cruzaba,
 Y ví que tus llenos ojos
 Vertían amantes lágrimas.

Las ví brillar en tus ojos
 Y mojar tu mano blanca,
 Y de amor desvanecido
 Caí, mi bien, á tus plantas.
 Apreté mis labios secos

Sobre tu mano nevada,
Y enamorado y demente
Bebí tus ardientes lágrimas.

Desde aquel funesto instante,
Desde aquella hora menguada,
Consumido está mi cuerpo
Y arde en deseos mi alma.
¡Aquella mujer hermosa
Me envenenó con sus lágrimas!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XV.

Se alza un castillo del monte
En la elevada región;
Tres doncellas allí viven;
De las tres probé el amor.

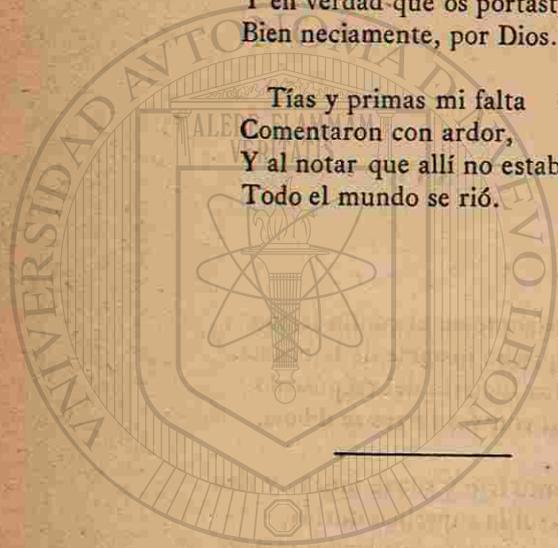
Jetta el sábado fué mía,
Dióme Julia el corazón
El domingo, y Cunegonda
El lunes me acarició.

Sin embargo, grande fiesta
En la risueña mansión
De mis tres bellas amantes
El martes se celebró.

En caballos y en carruajes
A la alegre reunión
Galanes y hermosas damas
El vecindario llevó.

Pero yo por mi desdicha
No recibí invitación,
Y en verdad que os portasteis
Bien neciamente, por Dios.

Tías y primas mi falta
Comentaron con ardor,
Y al notar que allí no estaba
Todo el mundo se rió.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

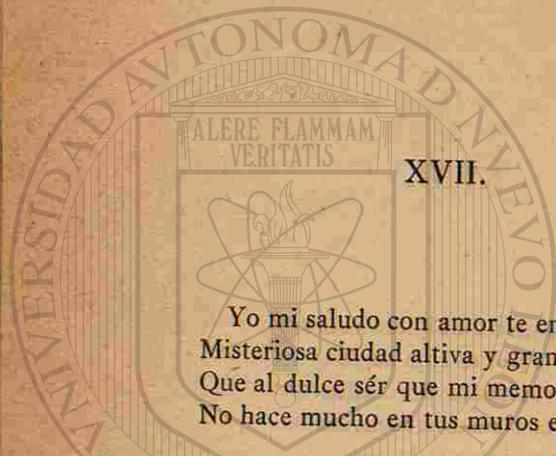
XVI.

Del horizonte en el confín lejano,
Como capricho inestable de la bruma,
Ante la luz incierta del crepúsculo
La ciudad con sus torres se dibuja.

Un viento frío y suave mueve y riza
Del río azul la superficie turbia,
Y mueve mi patrón sus largos remos,
Que en el agua cansados se sepultan.

Aun una vez el sol con rayos de oro
El denso seno de la sombra cruza,
Y me muestra el lugar donde perdiera
Lo que adoró mi mente con locura.





XVII.

Yo mi saludo con amor te envío,
Misteriosa ciudad altiva y grande
Que al dulce sér que mi memoria adora
No hace mucho en tus muros encerraste.

Hablad, torres y puertas y murallas:
¿En dónde está la que mi amor prefiere?
A vosotras dejéla confiada,
A vosotras os toca responderme.

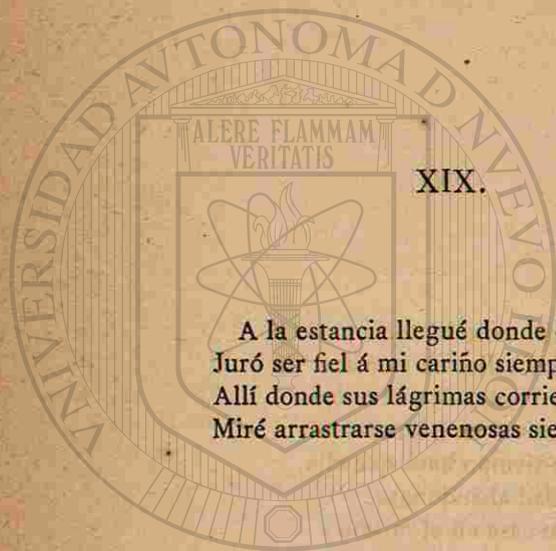
No sois culpables, torres y murallas,
Que dejar no podíais vuestro sitio
Cuando la amada eterna de mi vida
Con su equipaje abandonó el recinto.

Sí; de las puertas fué la culpa entera,
Que partir la miraron en silencio,
Y que abiertas de asombro y de sorpresa
La hermosa loca que escapaba vieron.

XVIII.

El camino de otras veces,
Otra vez la misma senda,
Otra vez cruzo por calles
Que mi memoria recuerda.
Regreso de aquella casa
Donde vivió mi hechicera,
Hoy abandonada y triste
Como noche sin estrellas.

¡Qué pavimento tan duro!
¡Qué calles, ay, tan estrechas!
Me parece que las casas
Mi cuerpo aplastar desean,
Y apresurado me aparto
Para escapar con viveza.



XIX.
 A la estancia llegué donde ella un día
 Juró ser fiel á mi cariño siempre:
 Allí donde sus lágrimas corrieron
 Miré arrastrarse venenosas sierpes.

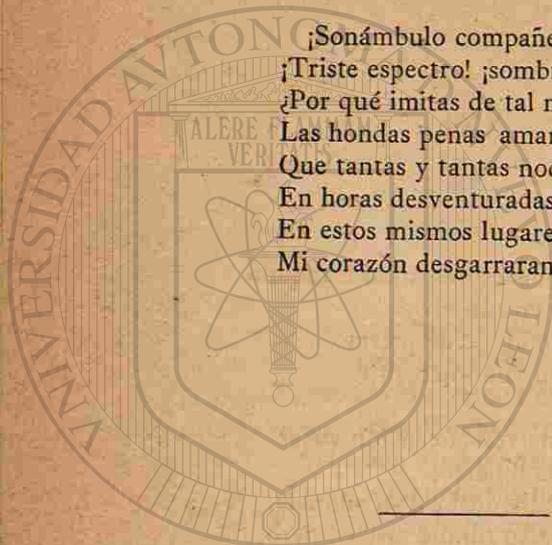
XX.

Es silenciosa la noche,
 Están las calles en calma;
 Esta es la mansión hermosa
 Donde vivió mi adorada:
 Mucho tiempo hace que ella,
 La ciudad abandonara,
 Pero su casa en el mismo
 Lugar misterioso se alza.

¡Es extraño! de pie un hombre
 Hay delante de la casa;
 Sumerge en el ancho cielo
 Sus expresivas miradas,
 Y con amargos trasportes
 Retuerce sus manos flacas.
 Yo mirándolo suspiro;
 Ante la luz argentada
 De la luna, que del cielo
 Surca las azules playas,

Que yo soy aquella sombra,
Ha conocido mi alma.

¡Sonámbulo compañero!
¡Triste espectro! ¡sombra pálida!
¡Por qué imitas de tal modo
Las hondas penas amargas
Que tantas y tantas noches
En horas desventuradas
En estos mismos lugares
Mi corazón desgarraran?



XXI.

Dí, ¿cómo puedes descansar tranquila
Sabiendo que yo aún vivo?
Mi cólera dormida se despierta
Y destrozar mi yugo necesito.

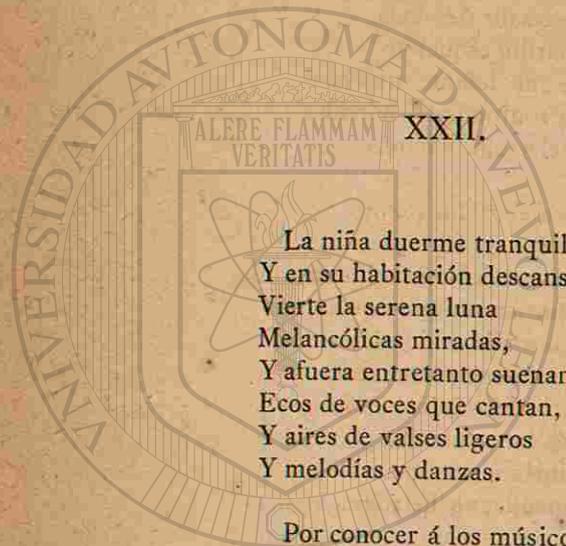
¿Oíste alguna vez la canción vieja?
Era un amante muerto;
Él buscó á media noche á su adorada,
Y la arrastró á su tumba torvo y fiero.

Créeme, niña del semblante hermoso,
Hermoso cual ninguno,
Aun vivo y soy más fuerte que entre todos,
Todos los muertos juntos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



La niña duerme tranquila
 Y en su habitación descansa;
 Vierte la serena luna
 Melancólicas miradas,
 Y afuera entretanto suenan
 Ecos de voces que cantan,
 Y aires de valsos ligeros
 Y melodías y danzas.

Por conocer á los músicos
 Yo me asomo á la ventana;
 Un esqueleto es quien toca
 El violín, y quien danza.
 «Bailar conmigo no ha mucho
 Me prometiste, mi amada;
 Ha pasado mucho tiempo
 Y has faltado á tu palabra.
 Esta noche se celebran
 En el cementerio danzas;
 Ven y danzaremos juntos,
 Ven ¡mi bien! que nos aguardan.»

Un espantable deseo
 A la hermosa niña embarga,
 Y de su mansión segura
 Le hace salir desalada.
 Al amarillo esqueleto
 Sigue que delante marcha,
 Y con contorsiones hórridas
 Toca el violín y danza.

Toca el violín sonoro,
 Canta loco, ríe y salta,
 Y crujen sus blancos huesos
 Con un sonido que espanta.
 Y aquí y allá saludando
 Con reverencias forzadas,
 Se inclina su cráneo blanco
 Que la luna solitaria
 Ilumina con sus luces
 Melancólicas y heladas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



XXIII.

Sumergido y abismado
 En mis locas fantasías
 Su retrato contemplaba,
 Y ví que el rostro adorado
 Como en ya perdidos días
 A moverse comenzaba.

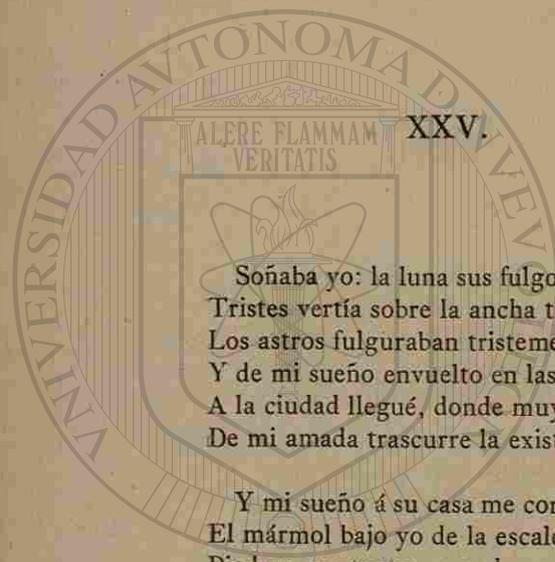
Sobre sus labios de rosa
 Fulguró aquella sonrisa
 Que ahuyentaba mis enojos,
 Y brillante y temblorosa
 Una lágrima indecisa
 De dolor brilló en sus ojos.

Yo también en mi amargura
 Siento que copioso llanto
 Mi semblante enflaquecido
 Baña con triste dulzura;
 «Yo no puedo, cielo santo,
 Creer que ya te he perdido.»

XXIV.

Atlas desventurado, un mundo de dolores
 Tocóme en mi desdicha sobre mi sér llevar.
 Yo llevo lo que nadie llevar sobre sí puede;
 Mi corazón palpita, ya próximo á estallar.

¡Oh corazón, de orgullo y de miseria henchido!
 ¡Tú mismo lo quisiste, feliz quisiste ser!
 ¡Feliz como ninguno, ó cual ninguno triste;
 Y hoy la miseria misma llora tu pena al ver!



XXV.
 Soñaba yo: la luna sus fulgores
 Tristes vertía sobre la ancha tierra:
 Los astros fulguraban tristemente,
 Y de mi sueño envuelto en las quimeras,
 A la ciudad llegué, donde muy lejos
 De mi amada trascurre la existencia.

Y mi sueño á su casa me conduce:
 El mármol bajo yo de la escalera;
 Piedras que tantas veces han sentido
 De su pequeño pie la dulce huella,
 Y el roce tembloroso de los bordes
 De su vestido de crujiente seda.

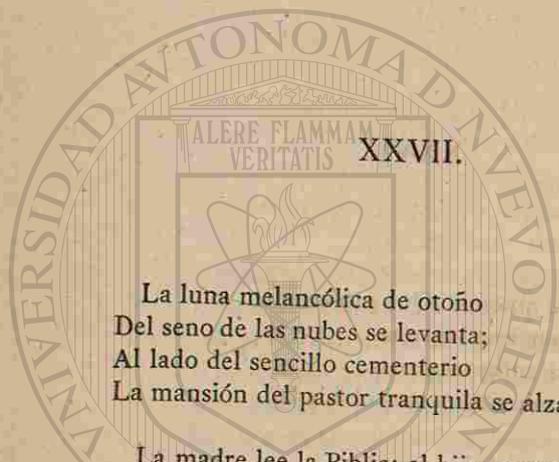
Era la noche larga y triste y fría;
 Frías también estaban ¡ay! las piedras,
 Y en la ventana vi lucir, cual dulce
 Divina aparición que el alma espera,
 Por la luz de la luna iluminado,
 El pálido semblante de mi bella.

XXVI.

¿Qué quieres? ¿Qué pretendes,
 Oh silenciosa lágrima
 De mis antiguas penas
 Sobre mis tristes ojos olvidada?

Tuviste dulce coro
 De brillantes hermanas,
 Que entre el viento y la noche
 Huyeron con mis dichas no logradas.

Hasta mi amor dichoso
 Huyó cual leve ráfaga.
 Disípate á tu vez sobre mis ojos,
 Melancólica lágrima.



La luna melancólica de otoño
Del seno de las nubes se levanta;
Al lado del sencillo cementerio
La mansión del pastor tranquila se alza.

La madre lee la Biblia; el hijo, en tanto,
En la trémula luz los ojos clava,
Y la hermana mayor duerme en su asiento;
La más joven murmura estas palabras:

—«¡Oh Dios, qué aburrimiento! aquí es preciso,
Si algo nuevo han de ver nuestras miradas,
Que alguien sucumba y que á enterrarlo vengan!»—
Sin dejar de leer, la madre exclama:

—«Te equivocas; tan sólo han muerto cuatro
Después que, por mi mal, en hora infausta
Murió tu pobre padre y le enterraron
Del cementerio próximo á la entrada.»—

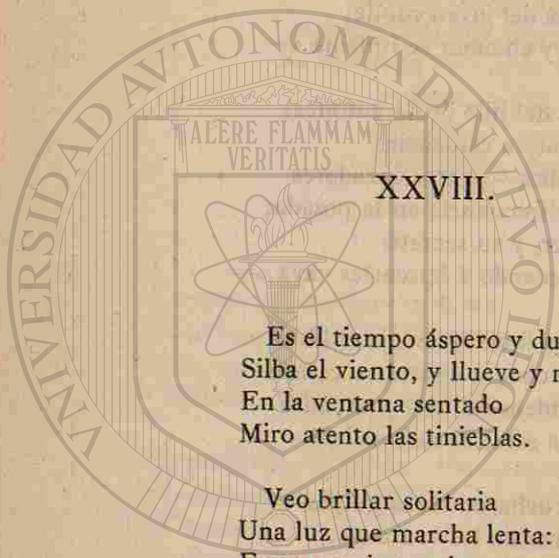
La hija mayor bosteza:—«Yo no quiero
De hambre espirar rendida en esta casa.
Mañana iré casa del joven conde;
Es rico y bello y en amor se inflama.»—

De los labios del hijo brota entonces
Estridente y sonora carcajada:
—«Conozco—dice—yo tres cazadores
Que beben con frecuencia en la posada;
Oro saben hacer, y su secreto
Me enseñarán cuando á buscarles vaya.»—

La madre con furor le arroja el libro,
Que veloz va á chocar contra su cara,
Y dice:—«¡Condenado! ¿Ser pretendes
Un ladrón de la selva abandonada?»—

Entonces escucharon secos golpes
Lúgubres resonar en las ventanas,
Y una mano miraron misteriosa
Que al firmamento oscuro señalaba.

Era el pastor difunto, el padre muerto,
Cubierto de la túnica enlutada
Con que en lejano tiempo á los creyentes
La virtud y la dicha predicara.



Es el tiempo áspero y duro;
 Silba el viento, y llueve y nieva;
 En la ventana sentado
 Miro atento las tinieblas.

Veo brillar solitaria
 Una luz que marcha lenta:
 Es una mujer anciana
 Que cruza por la calleja,
 Alumbrando su camino
 Con la luz de su linterna.

Creo que de comprar viene
 Huevos y leche y manteca,
 Y hacer un pastel desea
 Para su hija hermosa enferma.

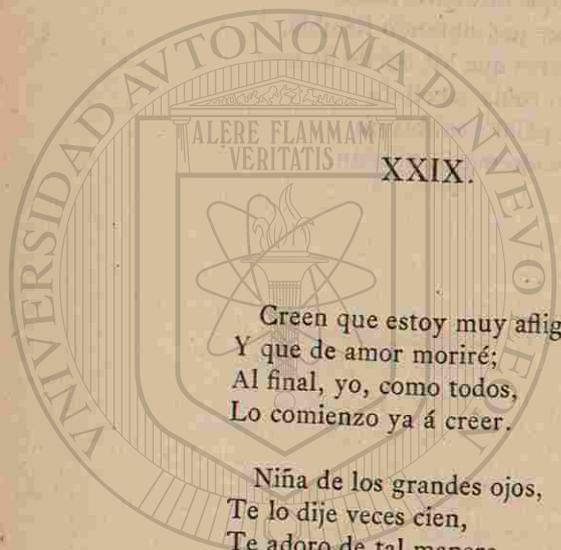
La hija entretanto en la casa
 A la amada madre espera,

Y sobre un sillón sentada
 Melancólica contempla
 Con ojos medio cerrados
 La luz que vibrando tiembla,
 Mientras que los bucles de oro
 De su rubia cabellera
 A su pálido semblante
 Animado marco prestan.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





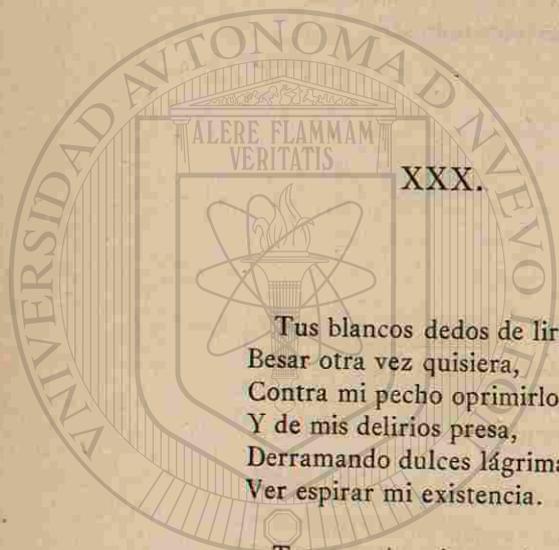
Green que estoy muy afligido
 Y que de amor moriré;
 Al final, yo, como todos,
 Lo comienzo ya á creer.

Niña de los grandes ojos,
 Te lo dije veces cien,
 Te adoro de tal manera,
 Mi pasión tan grande es,
 Que pintarte yo no puedo
 Lo que en mi alma siento arder.

Pero es cuando yo estoy solo
 Cuando habla así mi altivez;
 Cuando estoy en tu presencia
 Mudo reposa mi sér.

Mi boca entonces cerraban
 Angeles malos; tal vez

Por culpa de ángeles buenos
 Y malos, mi pena fué.
 Buenos y malos me hicieron
 Tan desventurado sér.



Tus blancos dedos de lirio
 Besar otra vez quisiera,
 Contra mi pecho oprimirlos,
 Y de mis delirios presa,
 Derramando dulces lágrimas
 Ver espirar mi existencia.

Tus grandes ojos azules,
 Animadas violetas,
 De día y noche, brillantes
 Mis tristes ojos contemplan.
 ¡Eso mi desdicha labra!
 ¡Eso mi vida atormenta!
 ¿Qué significan, bien mío?
 ¿Qué significan, mi bella,
 Esos enigmas azules
 Que ante mi sér se despliegan?

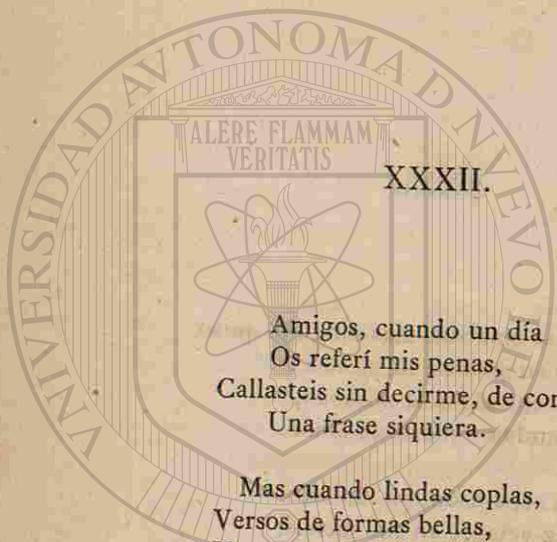
XXXI.

Los dos se amaban, mas ninguno quiso
 Confesar á su amante su pasión,
 Y cual dos enemigos se miraban,
 Cercanos ambos á morir de amor.

Al fin se separaron; ya tan sólo
 Alguna vez veíanse en sus sueños;
 Mucho tiempo después murieron ambos,
 Y apenas si ellos mismos lo supieron.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Amigos, cuando un día
Os referí mis penas,
Callasteis sin decirme, de consuelo,
Una frase siquiera.

Mas cuando lindas coplas,
Versos de formas bellas,
Hice con mis dolores, me colmasteis
De elogios y alabanzas lisonjeras.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXXIII.

Al diablo evoqué, y el diablo
Fiel á la cita acudió;
Algo sentí ante su vista
Que oprimió mi corazón.
No es horrible y no cojea;
Es un hombre encantador;
Jovial, cortés, distinguido,
De grata conversación.
Diplomático acabado,
Con halagadora voz
Sobre el Estado y la Iglesia
Habla bien y sin pasión.
Su rostro está un poco pálido,
Pero no me sorprendió:
Estudia el sanscrito y Hégel,
Y su poeta es Klopstok.
No quiere mezclarse en críticas,
Y para siempre dejó
A Hécate, su noble abuela,

Esta enojosa misión,
 Mis estudios de derecho
 Alabó con raro ardor;
 El mismo, según me dijo,
 Siendo joven lo estudió.
 Dijome que no veía
 En mi amistad gran valor;
 Y al decirlo saludaba
 Con cortés inclinación.
 Después, con dulce sonrisa,
 Atento me preguntó
 Si nos habíamos visto
 Otra vez cerca los dos
 En los salones acaso
 Del Delegado español.
 Y en verdad, cuando más cerca
 Vi su semblante traidor,
 Un antiguo conocido
 En él mi mente encontró.

XXXIV.

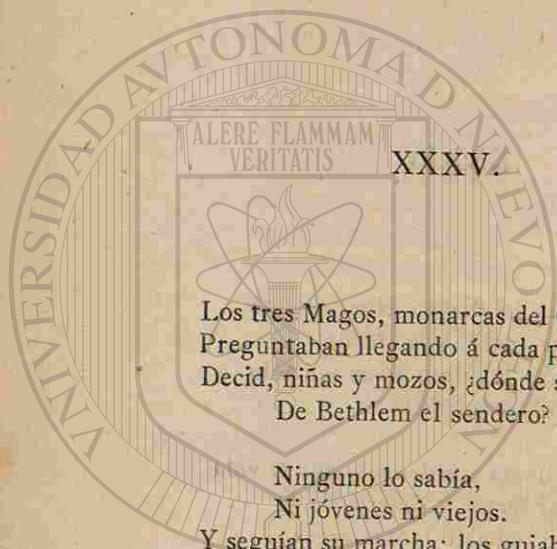
No te burles del diablo. Nuestra vida
 Es muy corta, y la eterna
 Condenación del alma no es tan sólo
 Una vulgar quimera.

Hombre, cuenta tus deudas, que la vida
 Es muy larga, y dinero,
 Como ya lo tomaste tantas veces,
 Aun otras muchas tomarás á rédito.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Los tres Magos, monarcas del Oriente,
Preguntaban llegando á cada pueblo:
Decid, niñas y mozos, ¿dónde se halla
De Bethlem el sendero?

Ninguno lo sabía,
Ni jóvenes ni viejos.
Y seguían su marcha: los guiaba
De un astro hermoso el resplandor sereno.

Sobre la casa de José la estrella
Detúvose, y entraron en silencio;
Baló el buey, lloró el niño, y los Monarcas
Cantaron con dulcísimos acentos.

XXXVI.

Niña mía, éramos niños
Jugueteros y traviosos,
Y jugando revolvíamos
La paja del gallinero.

Y «quiquiriquí» cantábamos,
Y tomaba el pasajero
Por la ronca voz del gallo
Nuestro juguetero acento.

Del corral las viejas jaulas
Cubrimos con paños nuevos,
Que quedaran convertidas
Así en salones inmensos,
Y allí dimos reuniones
Llenas de lujo soberbio.

La vieja gata vecina
Llegaba con paso lento;

Y nosotros recibíendola
 Con corteses cumplimientos,
 Por su salud preguntábamos
 Con ceremonioso afecto.
 ¡Cuántas veces en el mundo
 Después, y pasando el tiempo,
 Con alguna vieja gata
 Otro tanto no hemos hecho!

Después sentados hablábamos
 Como personas de seso,
 Ó nos quejábamos tristes
 Con acento plañidero.
 ¡Cuánto mejor, niña mía,
 Era aquel dichoso tiempo!

Fe, amor, lealtad, ¡del mundo
 Cuán veloces, ay, huyeron!
 ¡Cuán caro el café hoy se vende!
 ¡Qué raro es hoy el dinero!

Pasó ya la infancia hermosa;
 Todo lo arrebató el tiempo,
 Amor, mundo y esperanza
 Y lealtad y dinero.

XXXVII.

Está mi pecho oprimido,
 Y mi mente, que vacila,
 Piensa triste y silenciosa
 En mis ya pasadas dichas.
 ¡Qué bello el mundo era entonces,
 Y qué agradable la vida!

Hoy, ¡qué desorden! ¡qué ruido!
 ¡Qué confusión! ¡qué anarquía!
 Dios en la celeste altura
 Murió tras larga agonía,
 Y muerto yace el demonio
 En esta tierra maldita.

Todo está embrollado y frío,
 Todo tristeza respira;
 Sin el germen amoroso
 Que aun en nuestro pecho anida,

Nada, á no dudarlo, nada
 En el mundo quedaría
 Donde reposar un punto
 Pudiera el alma tranquila.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXXVIII.

¡Cómo el crespón de las nubes
 La blanca luna atraviesa!
 Así desde el fondo oscuro
 De mis recuerdos se eleva
 Deslumbrante, ante mis ojos,
 Una mujer hechicera.

Sentados en el castillo
 De una embarcación ligera,
 Navegamos Rhin abajo,
 Y del río las riberas
 Que el estío engalanara
 Brillan á la luz postrera
 Del sol, que al ganar las cumbres
 De luces claras las llena.

Sentado estoy pensativo
 A las plantas de una bella;
 Sobre su semblante pálido

Misterioso juguetea
Un rayo del sol poniente
Que enamorado la besa.

Se escuchan alegres cantos,
Dulces laúdes resuenan,
Y más azul brilla el cielo
Y se ensancha mi alma entera.

Pasaban como visiones
Ante las miradas nuestras
Los castillos, las montañas,
Los bosques y las praderas.
Y yo como en claro espejo
Contemplaba aquella escena
Reflejarse en las pupilas
De mi hermosa compañera.

XXXIX.

En sueños miré á la hermosa
Encanto del alma mía;
Estaba triste su rostro,
Era una pobre mendiga,
Y su cuerpo, que las joyas
Adornaran otros días,
Hacia el suelo se inclinaba
Como débil flor marchita.

A un niño daba la mano
Y otro en sus brazos traía;
Sus pasos y sus miradas,
Las ropas que la cubrían,
Todo anunciaba miseria,
Sufrimiento y agonía.

Cruzaba con paso incierto
El mercado de la villa:
Allí la encontré; buscaron

Mis pupilas sus pupilas,
Y mirando su miseria
Le dije con voz trístísima:

— Ven á mi casa conmigo;
Enferma estás, pobre niña;
Mi trabajo y mis desvelos
Te darán traje y comida.

Cuidarlos también deseo;
Que esos dos niños te sigan.
¡Mas tú eres antes que todos,
Pobre y desdichada niña!

Del amor que por tí tuve
No te hablaré mientras viva,
Y cuando por fin termine
Tu melancólica vida,
Yo derramaré mis lágrimas
Sobre tu tumba sencilla.

XL.

¿Por qué cantar, amigo, á todas horas
Idéntica canción?

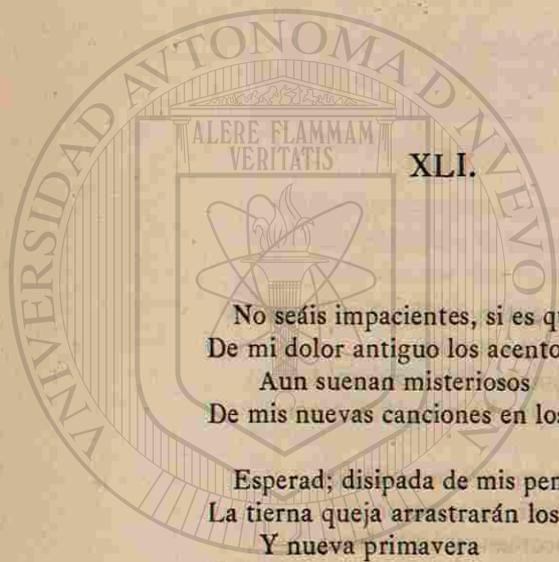
¿Quieres siempre vivir acurrucado
Empollando los huevos de tu amor?

Es eterna tarea. Los polluelos
Rompen su cascarón,
Pían y brincotean, y en tu libro
Tú enjaulándolos vas con loco ardor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





XLI.

No seáis impacientes, si es que acaso
De mi dolor antiguo los acentos
Aun suenan misteriosos
De mis nuevas canciones en los ecos.

Esperad; disipada de mis penas
La tierna queja arrastrarán los vientos,
Y nueva primavera
De poesía alumbrará mi pecho.

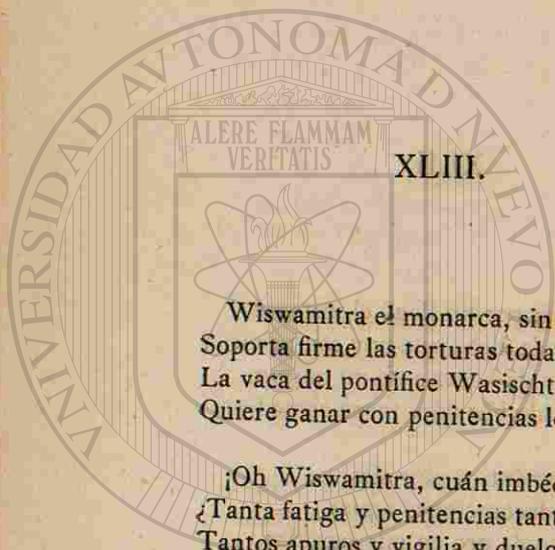
XLII.

De renunciar por fin llegó el instante
A mis sueños de dicha que hoy son penas;
Cansado estoy de hacer ante mí mismo,
Como comprado histrión, torpe comedia.

Al estilo romántico pintadas,
Cercábanme decoraciones regias,
Flotaba manto de oro en mis espaldas,
Y en mi mente fantásticas quimeras.

¡Ay! Hoy que sabio soy y mi alma sabia
Renuncia al fin á sus locuras tiernas,
Tan infeliz me siento á todas horas,
Cual si aun no terminara la comedia.

Y es ¡oh Dios! que en la sombra y sin saberlo,
Sin darme de mi mal clara conciencia,
En mi papel de gladiador herido
La fría muerte me abrazó de veras.



Wiswamitra el monarca, sin descanso
 Soporta firme las torturas todas;
 La vaca del pontífice Wasischta
 Quiere ganar con penitencias locas.

¡Oh Wiswamitra, cuán imbécil eres!
 ¡Tanta fatiga y penitencias tantas,
 Tantos apuros y vigilia y duelos,
 Todo por una vaca!

XLIV.

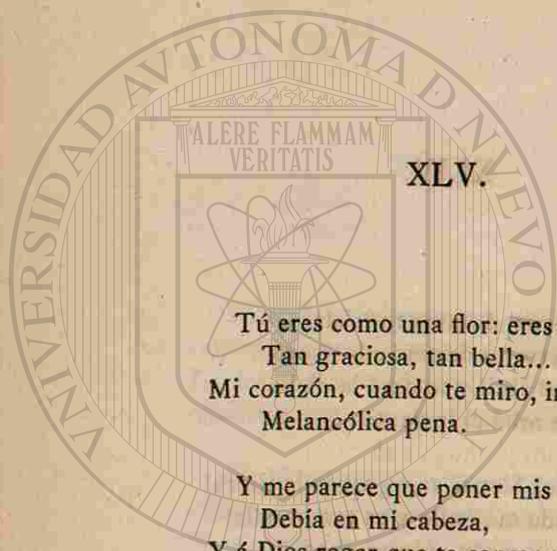
¡Oh corazón! domina tu tristeza,
 Soporta fuerte tu destino adverso;
 Vendrá otro abril y te dará la dicha
 Que te robó el invierno.

¡Y cuántos bienes aun guarda la tierra!
 ¡Es el mundo tan bello y es tan grande!
 Y después, corazón, adorar puedes
 Aun todo aquello que á tu mente agrade.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Tú eres como una flor: eres tan pura,
 Tan graciosa, tan bella...
 Mi corazón, cuando te miro, invade
 Melancólica pena.

Y me parece que poner mis manos
 Debía en mi cabeza,
 Y á Dios rogar que te conserve siempre
 Tan graciosa y tan bella.

XLVI.

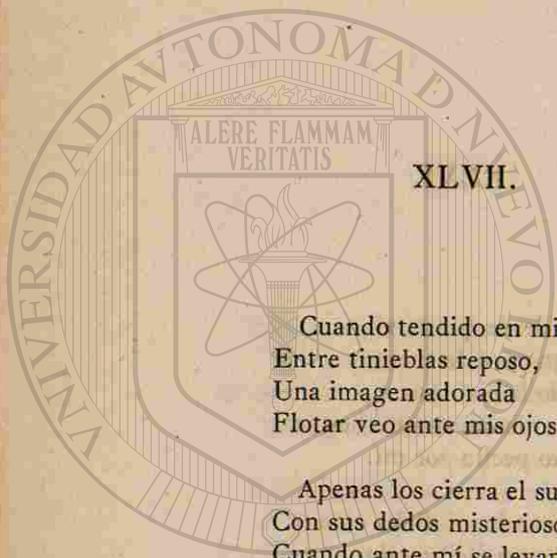
Niña, desde que te ví
 Sé qué tu pérdida fuera,
 Y al cielo le pido así:
 Que no arda en amante hoguera
 Su tierno pecho por mí.

Mas cuando mi dicha cara
 Veo huir con fácil modo,
 Mi alma, de pasión avara,
 Exclama: ¡Oh Dios, si con todo
 La que adoro me adorara!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





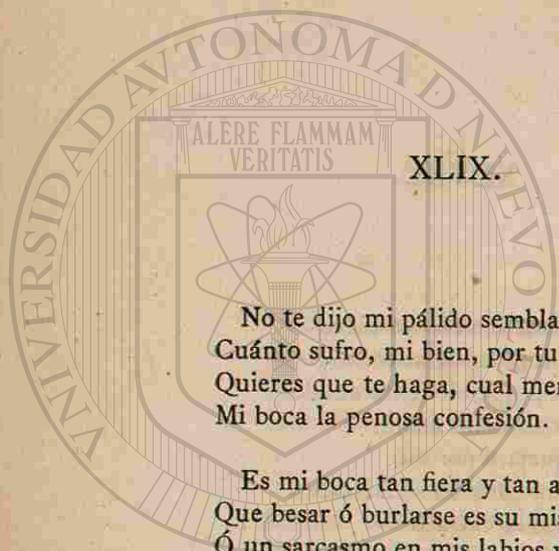
Quando tendido en mi lecho
Entre tinieblas reposo,
Una imagen adorada
Flotar veo ante mis ojos.

Apenas los cierra el sueño
Con sus dedos misteriosos,
Cuando ante mí se levanta
Ese fantasma que adoro.

Y disiparla no pueden
Del alba los rayos de oro.
En mi corazón amante
La conservo el día todo.

XLVIII.

Que afuera la blanca nieve
Se amontone en altas torres,
Que nieve, que el viento airado
Mis claros vidrios azote.
No me quejaré por eso,
Que en mi corazón se esconde
La imagen idolatrada
Del ángel de mis amores,
Y la alegre primavera
Con su aroma y sus acordes.



No te dijo mi pálido semblante
Cuánto sufro, mi bien, por tu pasión;
Quieres que te haga, cual mendigo triste,
Mi boca la penosa confesión.

Es mi boca tan fiera y tan altiva,
Que besar ó burlarse es su misión;
Ó un sarcasmo en mis labios vibraría,
O estallara deshecho el corazón.

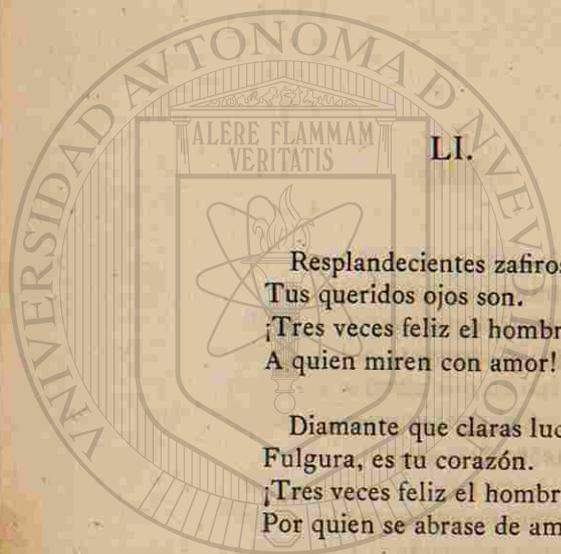
L.

Quería estar junto á tí
Y descansar á tu lado,
Mas tú partir deseabas,
¡Y tenías que hacer tanto!

Yo te dije que era tuyo
Mi corazón abrasado,
Y tú te reíste loca
De mi cariño insensato.

Tú continuaste riendo,
Mi atroz despecho aumentando,
Y hasta el beso de partida
Me negó tu labio ingrato.

No creas que en mi tristeza
Voy á deshacerme el cráneo.
Todo eso, niña querida,
Ya otras veces me ha pasado.



LI.

Resplandecientes zafiros
 Tus queridos ojos son.
 ¡Tres veces feliz el hombre
 A quien miren con amor!

Díamante que claras luces
 Fulgura, es tu corazón.
 ¡Tres veces feliz el hombre
 Por quien se abraza de amor!

Hermosos como ningunos
 Rubíes, tus labios son.
 ¡Tres veces feliz el hombre
 A quien declaren tu amor!

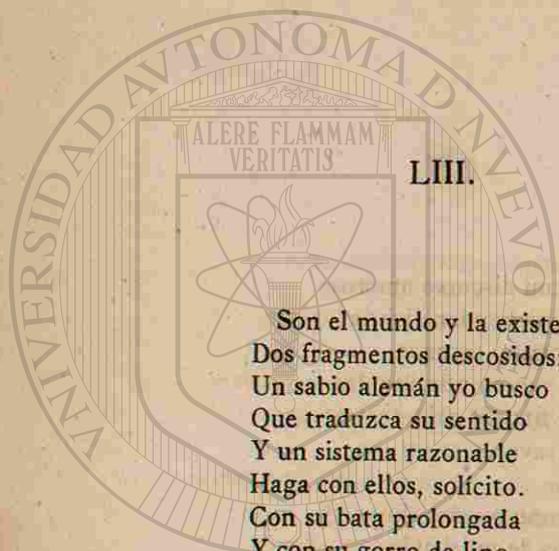
Si á tal hombre conociera
 Y solo le hallara yo
 En la selva, mucho tiempo
 No durarían ¡por Dios!
 Su alegría, su ventura
 Y su dicha y su pasión.

LII.

Con mi discurso amoroso
 Quise sorprender dichoso
 Tu pequeño corazón,
 Y hoy veo en mis agonías
 Que al fin mis galanterías
 Muy graves para mí son.

Si como puedes, huyendo
 Escapas de mí riendo,
 Del infierno la maldad
 Me embargará, y la tristeza,
 Y romperé mi cabeza
 Una vez con seriedad.

®



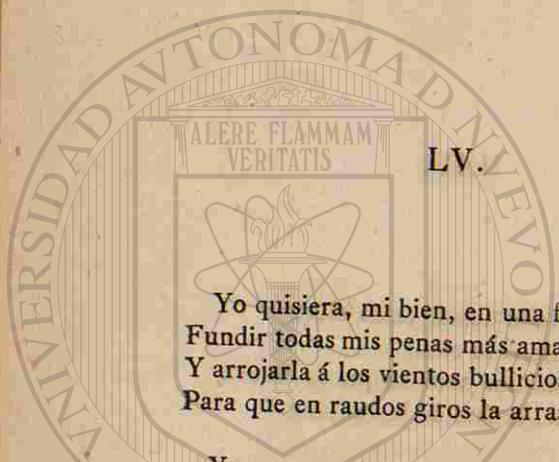
Son el mundo y la existencia
 Dos fragmentos descosidos;
 Un sabio alemán yo busco
 Que traduzca su sentido
 Y un sistema razonable
 Haga con ellos, solícito.
 Con su bata prolongada
 Y con su gorro de lino,
 Taparé las hendiduras
 Del caprichoso edificio.

LIV.

Es brillante la fiesta, ya de luces
 Está llena la casa;
 Yo contemplo una sombra que se mueve
 Por detrás del cristal de la ventana.

Tú no me ves; envuelto entre la sombra
 Bajo de tí estoy yo.
 Y menos tus miradas llegar pueden
 Al fondo de mi triste corazón.

Mi triste corazón sufre y se rompe,
 Y late estremecido,
 Y ardiente sangre mana, mas ¿qué importa?
 Tú no lo ves, ¡bien mío!



Yo quisiera, mi bien, en una frase
Fundir todas mis penas más amargas,
Y arrojarla á los vientos bulliciosos
Para que en raudos giros la arrastraran.

Y arrastraran á tí, dueño querido,
Aquella frase de dolor cargada,
Para que á todas horas tú la oyeras,
Para que en todas partes la escucharas.

Y hasta cuando el descanso con sus dedos
Tus claros ojos plácidos tocara,
Te persiguiera la palabra triste
Hasta en los dulces sueños de tu alma.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

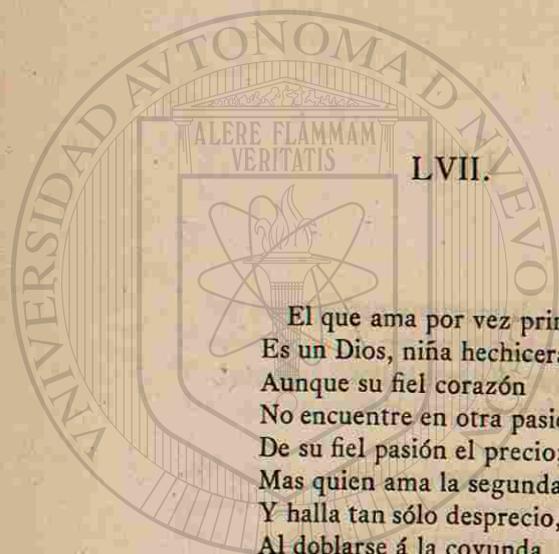
I.VI.

Tienes diamantes y perlas,
Cuanto adora la mujer;
Tienes los ojos más bellos.
¿Qué más deseas, mi bien?

Sobre tus hermosos ojos
Yo mil canciones rimé
Que ya nunca han de olvidarse.
¿Qué más deseas, mi bien?

Con tus ojos hechiceros
Mi alma llenaste de hiel;
Casi, casi me mataste.
¿Qué más deseas, mi bien?

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LVII.

El que ama por vez primera
Es un Dios, niña hechicera,
Aunque su fiel corazón
No encuentre en otra pasión
De su fiel pasión el precio;
Mas quien ama la segunda
Y halla tan sólo desprecio,
Al doblarse á la coyunda
Amante, es tan sólo un necio.

Yo á ser necio me acomodo,
Mas necio de cierto modo;
Yo gimo desventurado,
Y adoro sin ser amado.
El sol con su lumbré pura,
Y la luna y las estrellas
Se rien de mi locura.
Y yo me río con ellas
Espirando de amargura.

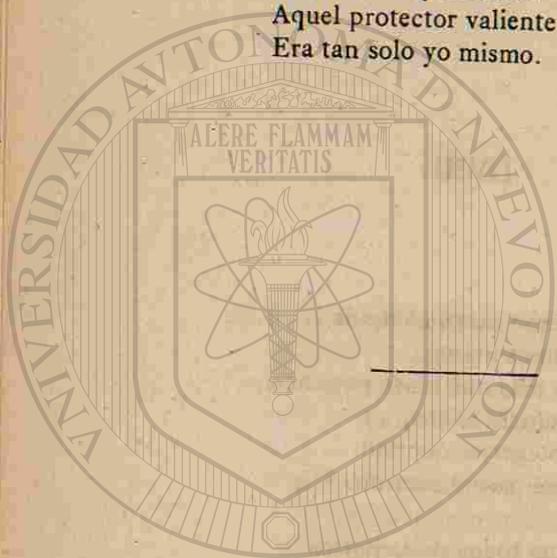
LVIII.

Me dieron sanos consejos
Y previsores avisos;
«No hay más que tener paciencia,»
Dijeron entristecidos,
Pues protegerme querían
Y abrirme paso y camino.

Mas con todos sus consejos
Y con todo su cariño,
De hambre aquellos tristes días
Pudiera haber sucumbido,
Sin un gallardo mancebo,
Sin un silencioso amigo
Que valiente y generoso
A prestarme ayuda vino.

¡Gentil doncell! á él le debo
No haber por fin perecido.
¡Jamás, por mucho que viva,

Olvidaré sus servicios!
 ¡Lástima fué que abrazarle
 No me fuera permitido!
 Aquel protector valiente
 Era tan solo yo mismo.



LIX.

Yo sueño: yo soy Dios; desde la altura
 Envío la tormenta,
 Y mis versos cantando, en torno mío
 Los ángeles se sientan.

Cómo alegre pasteles confitados;
 Mis fauces, nunca secas,
 Con Málaga refresco, y ya no tengo
 Ni una deuda siquiera.

Y me aburro con todo; deseara
 Aun vivir en la tierra;
 Allí, si no era Dios, darme al demonio
 A mi sabor pudiera.

—Oye Gabriel arcángel venturoso,
 El de las largas piernas,
 Ponte en camino, y á mi digno amigo
 Búscame por la tierra.

No, no le busques en las doctas aulas,
 Búscales en las tabernas;
 Búscales entre galantes señoritas,
 Y no en la oscura iglesia.—

Abre el Angel sus alas y desciende,
 Y solícito encuentra
 A Bengel, á mi amigo más querido,
 Que absorto me contempla.

—¡Sí, joven, yo soy Dios, y yo gobierno
 A mi sabor la tierra;
 Ya te tenía dicho muchas veces
 Que haría al fin carrera.

Yo sé obrar milagros que de asombro
 A los mortales llenan;
 Por tí, dar á Berlín ventura y dicha
 Hoy será mi tarea.

Quiero que de las calles de la villa
 Se abran las duras piedras,
 Y aparezca brillante en cada una
 Una ostra clara y fresca.

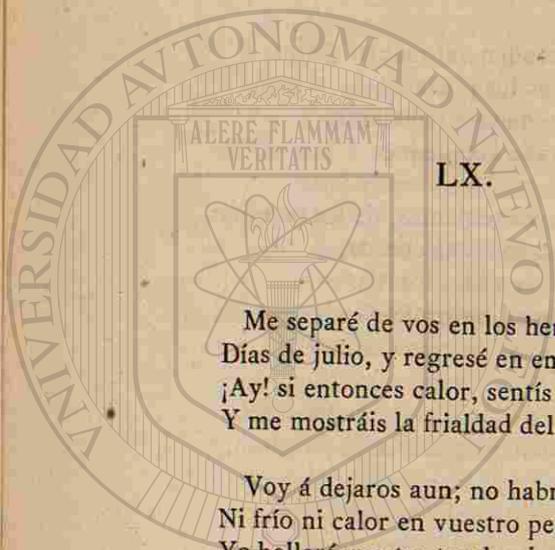
De zumo de limón fresco rocío
 Deseo que descienda,
 Y que vino del Rhin, dorado y bello,
 Las anchas fuentes viertan.

¡Cómo van á gozar los berlineses!

¡Ve cuál sus casas dejan!
 ¡Cómo quieren los áulicos jurados
 Tragar la fuente entera!

¡Cómo pretenden del manjar divino
 Disfrutar los poetas!
 Lamerán los tenientes anhelantes
 De la calle las piedras.

Que los bravos tenientes, de los hombres
 La clase son más cuerda,
 Y saben no se ve todos los días
 Un milagro de tal naturaleza.



Me separé de vos en los hermosos
Días de julio, y regresé en enero.
¡Ay! si entonces calor, sentís hoy frío,
Y me mostráis la frialdad del hielo.

Voy á dejaros aun; no habrá á mi vuelta
Ni frío ni calor en vuestro pecho;
Yo hollaré vuestra tumba sin que lata
Mi corazón envejecido y seco.

LXI.

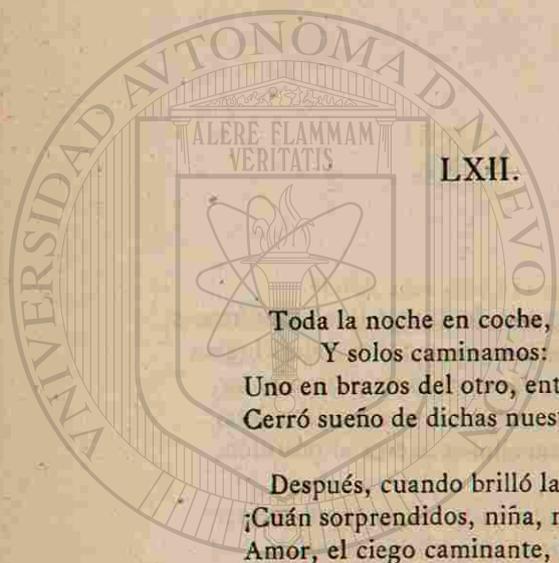
Miradme ya arrancado de aquellos labios frescos;
Miradme ya arrancado de aquellos dulces brazos
Que tiernos me enlazaban con cariñoso ardor.
De buen grado sin duda mi marcha detuviera,
Mas ya con sus caballos se acerca el postillón.

La vida es esta, niña; ¡una continua queja,
Separación continua, inacabable adiós!
¿No pueden sujetarme tus ojos hechiceros,
Ni unirse nuestros pechos con más potente amor?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LXII.

Toda la noche en coche, y por la sombra
Y solos caminamos:
Uno en brazos del otro, entre sonrisas,
Cerró sueño de dichas nuestros párpados.

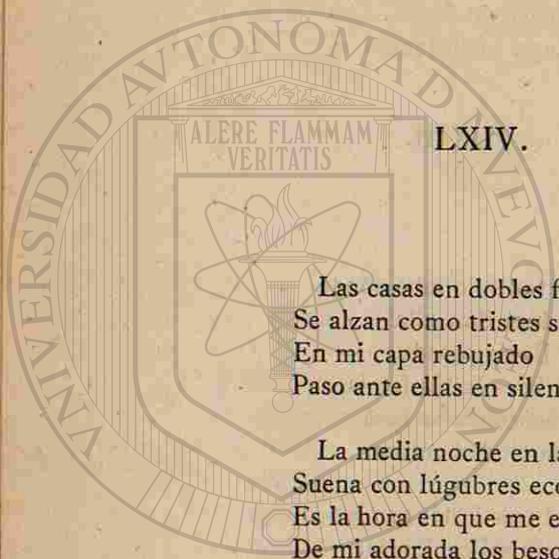
Después, cuando brilló la casta aurora,
¡Cuán sorprendidos, niña, nos quedamos!
Amor, el ciego caminante, estaba
Entre los dos sentado.

LXIII.

¡Dios tan solo sabe dónde
Vive la loca doncella!
Bajo la lluvia pesada,
Y en la boca la blasfemia,
Corro buscando su casa,
Corro la ciudad entera.

Hotel tras hotel recorro,
Y ejercito mi paciencia,
De los sirvientes imbéciles
Oyendo torpes respuestas.

De pronto, en una ventana
Miré el rostro de mi bella,
Que entre carcajadas locas
Me hacía burlonas señas.
¡Podía yo, por ventura,
Adivinar, niña bella,
Que este espléndido palacio
Habitaba mi hechicera?



LXIV.

Las casas en doubles filas
Se alzan como tristes sueños;
En mi capa rebujado
Paso ante ellas en silencio.

La media noche en la iglesia
Suena con lúgubres ecos.
Es la hora en que me esperan
De mi adorada los besos.

La luna amiga ilumina
Mi senda con sus reflejos:
Ante el umbral de mi amada
Alegre rompo el silencio.

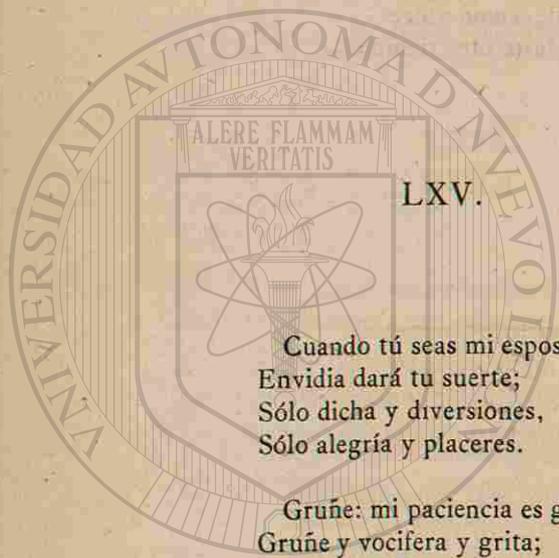
—¡Gracias, luna! ¡vieja amiga,
Que alumbraste mi sendero!
Toma pasaporte, alumbrá
Al resto del universo.

Y si hallas un triste amante
Que suspira entre tormentos,
Consuélale, como dulce
Me consolaste otro tiempo. —

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Cuando tú seas mi esposa
 Envidia dará tu suerte;
 Sólo dicha y diversiones,
 Sólo alegría y placeres.

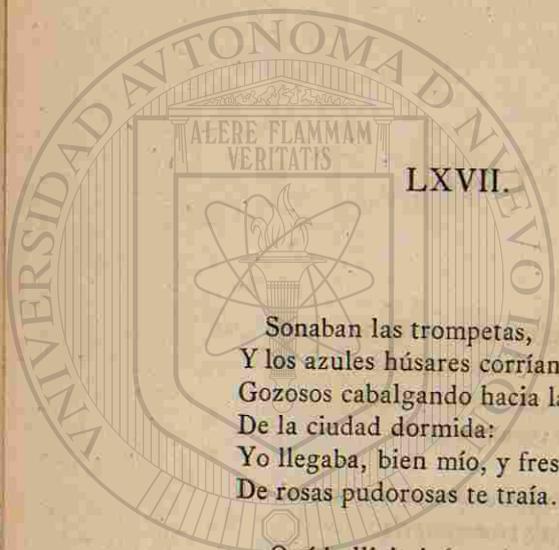
Gruñe: mi paciencia es grande;
 Gruñe y vocifera y grita;
 Pero ¡ay! alaba mis versos,
 O te abandono en seguida.

LXVI.

Sobre tu seno nevado
 Mi frente triste se inclina,
 Y el secreto saber puedo
 Que tu corazón agita.

Los húsares sonar hacen
 Su alegre trompetería,
 Y hacen su entrada gallardos
 Por la puerta de la villa.
 ¡Mañana va á abandonarme
 La adorada de mi vida!

Mañana quieres dejarme;
 Mas hoy, hoy eres aún mía,
 Y ser dos veces dichosa
 En tus brazos necesita
 Hoy aún mi alma, que loca
 Por tus amores suspira.



LXVII.

Sonaban las trompetas,
Y los azules húsares corrían
Gozosos cabalgando hacia la puerta
De la ciudad dormida:
Yo llegaba, bien mío, y fresco ramo
De rosas pudorosas te traía.

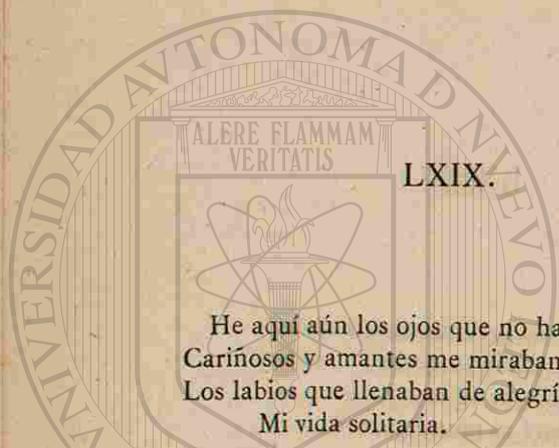
¡Qué bullicio infernal y qué locura!
¡Cuál las crujientes armas relucían!
Mas ¡ay, de un militar alojamiento
En tu pequeño corazón había!

LXVIII.

En verdad ¿tú me aborreces?
¿Tanto cambió tu pecho?
De lo mal que tú me tratas
Me quejaré al mundo entero.

Decidme, labios traidores:
¿Cómo hablar podéis tan fieros
Del que os besara un día
Con tan amoroso afecto?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



He aquí aún los ojos que no ha mucho
Cariñosos y amantes me miraban,
Los labios que llenaban de alegría
Mi vida solitaria.

También esta es la voz que complaciente
Y dulce en mis oídos resonaba.
Tan sólo yo no soy el que antes era;
Tan sólo el tiempo á mí me transformara.

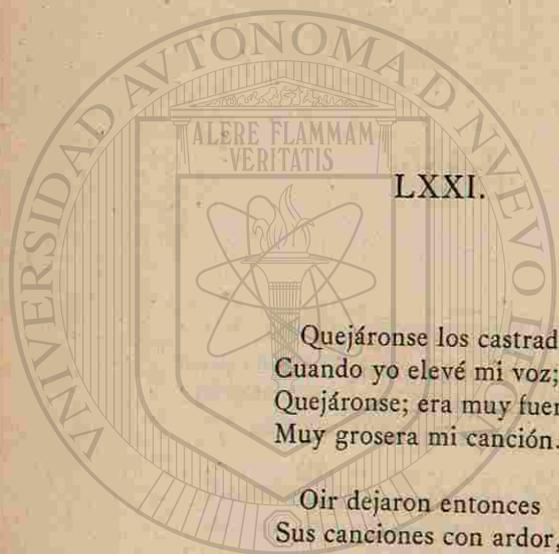
Ceñido por sus brazos de alabastro,
Que enamorados con ardor me enlazan,
Sobre su corazón, entumecida
Siento aburrirse mi alma.

LXX.

Raras veces, mis amigos,
Me pudisteis comprender,
Y yo mismo raras veces
A comprenderos llegué.

Tan sólo cuando en el fango
Nos hallamos á la vez,
Os comprendí yo sin pena,
Y á mí vosotros también.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LXXI.
Quejáronse los castrados
Cuando yo elevé mi voz;
Quejáronse; era muy fuerte,
Muy grosera mi canción.

Oír dejaron entonces
Sus canciones con ardor,
Con sus notas cristalinas
Y con su aflautado són.
¡Qué tono tan dulce y puro!
¡Qué misterioso rumor!

Cantaban dulces amores,
Cantaban dicha y pasión,
Y derretidas en lágrimas
Las damas en derredor,
Desvanecidas sentían
El arte y la inspiración.

LXXII.

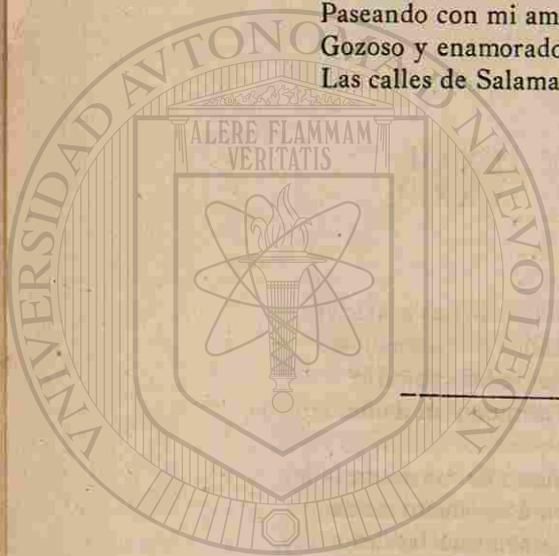
Blandas brisas acarician
Las calles de Salamanca;
Allí las tardes de estío
Yo paseo con mi dama.

Cíñen mis brazos su talle,
Y siente mi mano osada
Los anhelantes latidos
De su seno que se inflama.

Pero un murmullo siniestro
Del tilo vibra en las ramas,
Y un molino tristemente,
Al rodar, penas presagia.

¿Sabéis, señora, qué dice
Ese rumor que me espanta?
Que ha de llegar triste día,
Día de duelo y de lágrimas,

En que un decreto académico
 Venza mi libertad brava,
 Y no cruzaré dichoso,
 Paseando con mi amada
 Gozoso y enamorado,
 Las calles de Salamanca.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

LXXIII.

Cerca de mi casa vive
 Don Enrique, á quien le llaman
 El hermoso caballero,
 El encanto de las damas.
 Vecinos son nuestros cuartos,
 Vecinas son nuestras cámaras,
 Tan sólo débil tabique
 Nuestras viviendas separa.

Quando por las calles cruza
 Estrechas y solitarias,
 Retorciendo sus bigotes,
 Sonando espuelas doradas
 Y seguido de sus rápidos
 Y fieles perros de caza,
 Sienten su pecho abrasado
 Las damas de Salamanca.

®

Pero en las horas tranquilas
De la tarde, en su ventana
Él se sienta solitario,
En las manos la guitarra
Y en melancólicos sueños
La fantasía abismada.

La tañe con mano trémula
Mientras en sus sueños vaga:
¡De su bandurria los ecos
Dan náuseas á mi alma!

LXXIV.

Apenas nos contemplamos,
Cuando en tus tiernas miradas
Y en tu voz noté, bien mío,
Que á mi amor no eras ingrata.
Si es que tu maldita madre
No hubiera estado en la estancia,
Creo que en aquel momento,
Ardiendo en amante llama,
A mi cuerpo enamorado
Tus bellos brazos enlazas.

Y con todo, de la villa
Yo me ausentaré mañana
Para emprender mi carrera,
Mi carrera solitaria.
La hermosa rubia, anhelante
Me esperará á la ventana,
Y al partir, dulces saludos
Le prodigaré mi alma.

LXXV.

Ya la cima de los montes
 El sol baña con sus rayos,
 Y ya resonar se escucha
 La esquila de los ganados.
 ¡Oh mi bien! ¡mi corderilla!
 ¡Mi sol, mi amor y mi encanto!
 ¡Cuánto por mirar daría
 Otra vez tus ojos claros!

Yo, con atención inquieta,
 Los tristes ojos levanto:
 ¡Adiós, niña de mi vida!
 Ya de este país me marcho.
 ¡Vana esperanza! no veo
 En las rejas de tu cuarto
 Blanca cortina correrse
 Sobre los cristales claros.
 Ella aun reposa, le presta
 El sueño dulce descanso;
 Probablemente sonrío
 Con mis amores soñando.

LXXVI.

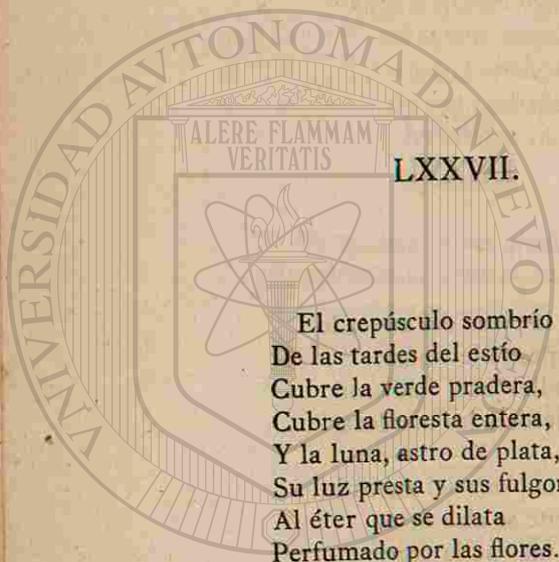
En Halle y en la plaza del mercado
 Dos leones enormes se levantan:
 ¡Ay leones de Halle! ¡cuál rindieron
 Vuestras fauces feroces las mordazas!

En Halle y en la plaza del mercado
 Un enorme gigante se alza fiero;
 Espada tiene, sí, mas no la esgrime;
 Petrificó el pavor sus fuertes miembros.

En Halle y en la plaza del mercado
 Alza sus altas torres una iglesia;
 La *Burschenschaft*¹ y *Landmanschaft*² á un tiempo
 Lugar allí para rezar encuentran.

¹ Antigua Sociedad escolar alemana.

² Sociedad de paisanos alemanes.

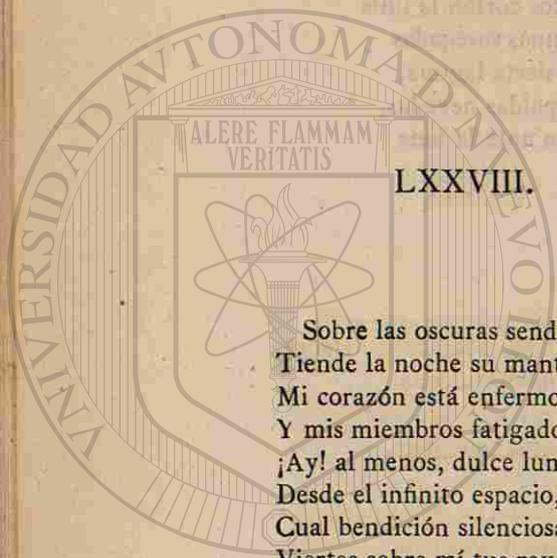


El crepúsculo sombrío
De las tardes del estío
Cubre la verde pradera,
Cubre la floresta entera,
Y la luna, astro de plata,
Su luz presta y sus fulgores
Al éter que se dilata
Perfumado por las flores.

En el borde canta el grillo
Del riachuelo sencillo;
Algo en el agua se mueve,
Y un rumor confuso y leve,
Como el suspiro arrancado
Por sus amores al alma,
El viajero fatigado
Oye en la nocturna calma.

Solitaria y silenciosa

Bajo la enramada umbrosa
Se baña la hermosa ninfa;
Sus brazos cortan la linfa
De las aguas sosegadas
De la desierta laguna,
Y sus espaldas nevadas
Fulguran ante la luna.



LXXVIII.

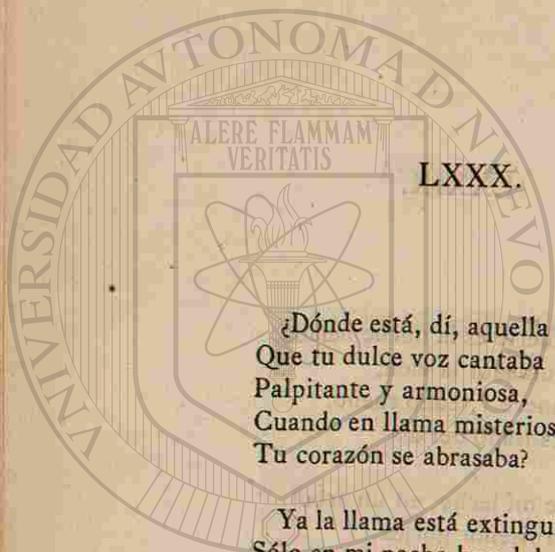
Sobre las oscuras sendas
 Tiende la noche su manto;
 Mi corazón está enfermo
 Y mis miembros fatigados.
 ¡Ay! al menos, dulce luna,
 Desde el infinito espacio,
 Cual bendición silenciosa
 Viertes sobre mí tus rayos.

¡Luna! el horror de la noche
 Disipan tus fuegos claros,
 Siento mis amargas penas
 Ausentarse de mi lado,
 Y cubrirse de rocío
 Mis mejillas y mis párpados.

LXXIX.

La muerte es la noche helada,
 Día abrumador la vida;
 Ya amanece y tengo sueño;
 Estoy cansado del día.

Sobre mi lecho, en un árbol,
 Nuevo ruiñeñor gorjea;
 Canta el amor, y hasta en sueños
 Entiendo yo sus querellas.



¿Dónde está, di, aquella hermosa
 Que tu dulce voz cantaba
 Palpitante y armoniosa,
 Cuando en llama misteriosa
 Tu corazón se abrasaba?

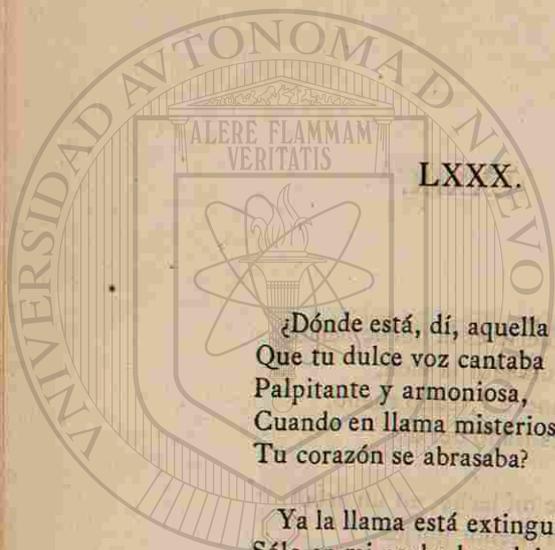
Ya la llama está extinguida;
 Sólo en mi pecho hay dolor,
 Y este libro á quien di vida,
 Urna es que guarda escondida
 La ceniza de mi amor.

NUEVA PRIMAVERA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





¿Dónde está, di, aquella hermosa
 Que tu dulce voz cantaba
 Palpitante y armoniosa,
 Cuando en llama misteriosa
 Tu corazón se abrasaba?

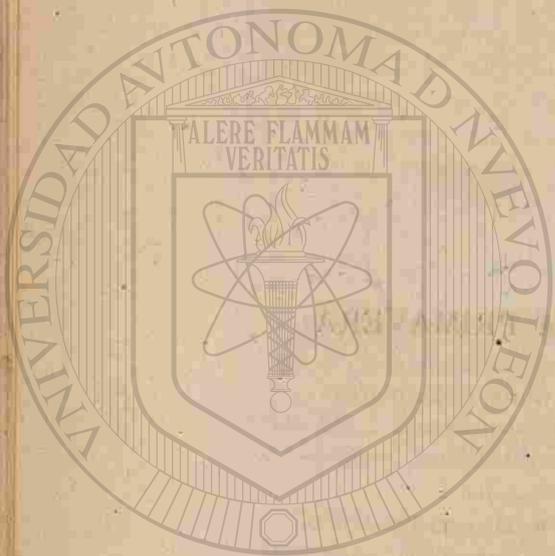
Ya la llama está extinguida;
 Sólo en mi pecho hay dolor,
 Y este libro á quien di vida,
 Urna es que guarda escondida
 La ceniza de mi amor.

NUEVA PRIMAVERA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En el combate
Entre caricias y halagos,
Y con cadenas de flores
Le dejan aprisionado,
A pesar de sus protestas
Y de sus esfuerzos vanos.

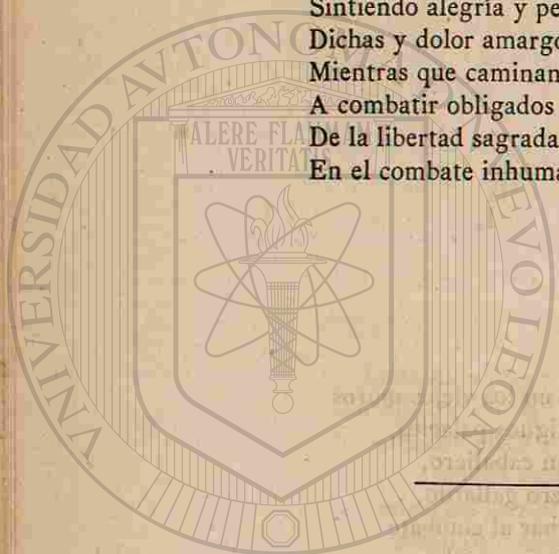
I.

Pintado en los viejos muros
De los antiguos palacios,
Miraréis un caballero,
Un caballero gallardo,
Para marchar al combate
Apercibido y armado;
La firme lanza en la diestra,
La fuerte adarga en el brazo.

Pero coro bullicioso
De Amores alborozados
Le roban la lanza fuerte
Entre caricias y halagos,
Y con cadenas de flores
Le dejan aprisionado,
A pesar de sus protestas
Y de sus esfuerzos vanos.



Así yo, preso me agito
 Entre encantadores lazos,
 Sintiendo alegría y penas,
 Dichas y dolor amargo,
 Mientras que caminan otros
 A combatir obligados
 De la libertad sagrada
 En el combate inhumano.



II.

Sentada bajo de un árbol
 Que tornó blanco la escarcha,
 Silenciosa y triste escuchas
 Silbar la brisa lejana,
 Y contemplas de los cielos
 En la extensión solitaria
 Las nubes que entre la bruma
 Se esconden apresuradas.

Miras la muerta pradera,
 Miras la muerta enramada,
 Solitarias y desiertas,
 Desiertas y solitarias.
 El invierno te rodea,
 El frío invierno te abraza,
 Y helado el corazón tienes,
 Y helada tienes el alma.



De pronto, blancos vellones
Sobre tí el árbol derrama,
Y piensas ya en tu despecho
Que al agitarse las ramas,
Con frío polvo de nieve
Ornaron tu frente casta.

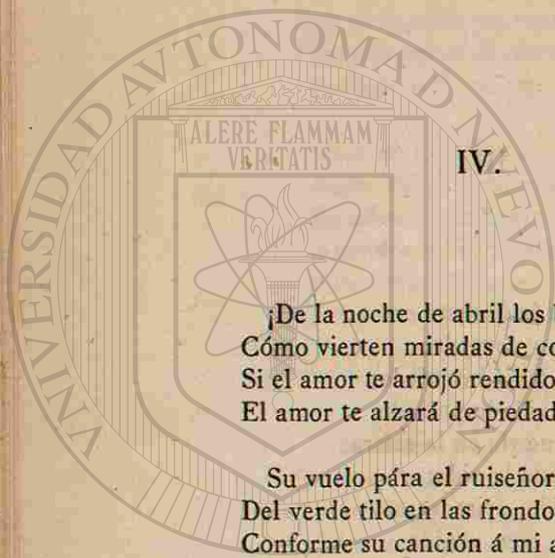
Pero no es polvo de nieve
Lo que vierte la enramada,
Con silenciosa alegría
Lo percibe al fin tu alma.
De la verde primavera
Flores son embalsamadas
Que en sus corolas te envuelven
Y tu hermosura abrillantan.

¡Dulce sorpresa! el invierno
En verde mayo se cambia,
En flores primaverales
Se trueca la nieve blanca,
Y tu corazón de nuevo
Se despierta, vive y ama.

III.

Todo en la floresta crece
Y germina y reverdece
Por nueva savia inundado;
Por nueva vida impulsado,
Y el sol, que ríe en la esfera,
Dice mirando la vida:
«Bien venida, primavera;
Primavera, bien venida.»

¡Dulce ruiñeñor! tu acento
Ya también vibra en el viento,
Y ya escucho acompasado
Los suspiros acordados
De misterioso quebranto
Que componen tu canción.
¡Amor tan sólo es tu canto!
¡Sólo amor tus cantos son!



IV.
 ¡De la noche de abril los bellos ojos
 Cómo vierten miradas de consuelo!
 Si el amor te arrojó rendido á tierra,
 El amor te alzaré de piedad lleno.

Su vuelo pára el ruiseñor, cantando
 Del verde tilo en las frondosas ramas;
 Conforme su canción á mi alma llega,
 Siento que mi alma entera se dilata.

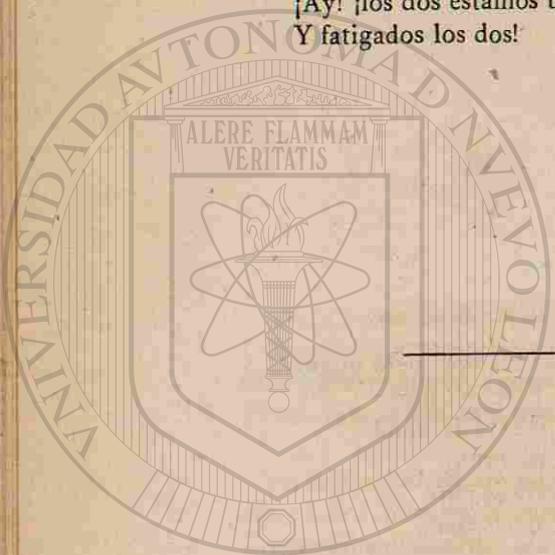
V.

Yo amo á una flor, pero ignoro
 Cuál es esa hermosa flor;
 Y esa es la fuente de donde
 Mi desventura brotó.
 Todos los cálices miro
 Para hallar un corazón.

Las flores dan sus perfumes
 Cuando espira el claro sol;
 Sus cantos enamorados
 Al viento da el ruiseñor;
 Un corazón tan amante
 Como el mío busco yo,
 Un corazón tan sensible
 Como mi fiel corazón.

Triste el ruiseñor eleva
 Su melancólica voz,

Y la dulce melodía
 Comprendo de su canción.
 ¡Ay! ¡los dos estamos tristes,
 Y fatigados los dos!



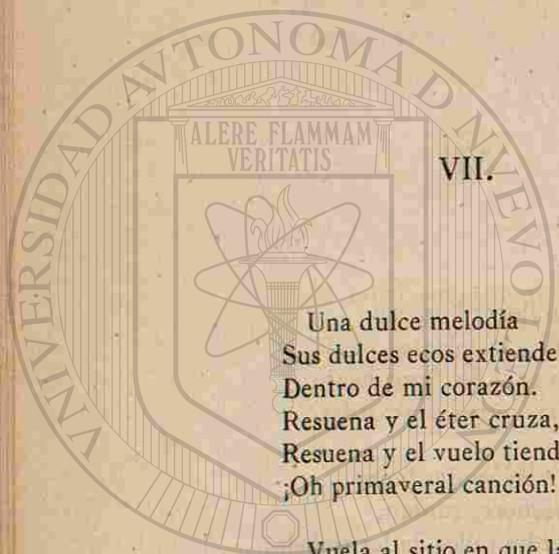
VI.

Mayo llegó; florecen
 El árbol y las plantas,
 Y por el claro azul del firmamento
 Se ven pasar las nubes sonrosadas.

Entre las verdes hojas
 Los ruiseñores cantan,
 Y entre los verdes tallos de los tréboles,
 Blancos y alegres, los corderos saltan.

Yo ni puedo saltar ni cantar puedo;
 Enfermo yazco entre las hierbas altas,
 Y sueño... no sé en qué, mientras escucho
 Lejano són de fúnebres campanas.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



VII.
Una dulce melodía
Sus dulces ecos extiende
Dentro de mi corazón.
Resuena y el éter cruza,
Resuena y el vuelo tiende,
¡Oh primaveral canción!

Vuela al sitio en que las flores
Más lindas, ante el rocío
Abren su cáliz de miel,
Y si una rosa ves, dile
Que el testimonio le envío
De mi amistad más fiel.

VIII.

En su amor la mariposa
Vuela de la fresca rosa
Sobre el cáliz perfumado;
Un rayo del sol ardiente
La baña amorosamente
Con su resplandor dorado.

Pero ¿a quién ama la rosa?
¿Quién el amor de la hermosa,
Quisiera saber, merece?
¿Es el ruiseñor que canta?
¿O el astro que se levanta
Cuando la tarde decrece?

No sé a quién la rosa adora;
Pero mi pecho atesora
Para todos tierno amor:
Para todos, rosa bella,
Rayo de sol, clara estrella,
Mariposa y ruiseñor.

IX.

Todos los altos árboles se mecen,
 Todos los nidos en la selva cantan;
 ¿Qué maestro de capilla rige ufano
 La verde orquesta de la selva vasta?

¿Es la gris avefría, que orgullosa
 El ojo entorna entre las verdes ramas,
 Pedante insoportable que se mece
 Dando su canto á las inquietas auras?

¿Es la cigüeña que serena y grave
 Hace oscilar su inacabable zanca,
 Cual si ella de los músicos ocultos
 Rigiese diestra la invisible banda?

No; que es mi corazón, donde el maestro
 De capilla del bosque se alojara;
 Yo siento sus compases en mi pecho
 Latir, y creo que el amor se llama.

X.

«En un principio, el ruiseñor vivía
 Y el verbo santo con amor cantaba,
Tsukut, Tsukut, y al eco de sus cantos
 Césped y violetas azuladas
 Y margaritas rubias como el oro
 Por todas partes fértiles brotaban.

»Su pecho con su pico rasgó un día,
 Corrió su sangre en rojas oleadas,
 Y brotó de su sangre un rosal bello:
 Aun al rosal su amor eterno canta.

»Nosotros, pobres pájaros del bosque,
 Por la caliente sangre que brotara
 Del pecho del amante de la rosa,
 Redimidas miramos nuestras faltas.
 Mas cuando un día el ruiseñor amante,
 El noble redentor de negras alas,
 Deje las quejas de su amor eterno

De cantar á la rosa perfumada,
Veremos nuestro fin, y con nosotros
Morirá para siempre la enramada.»

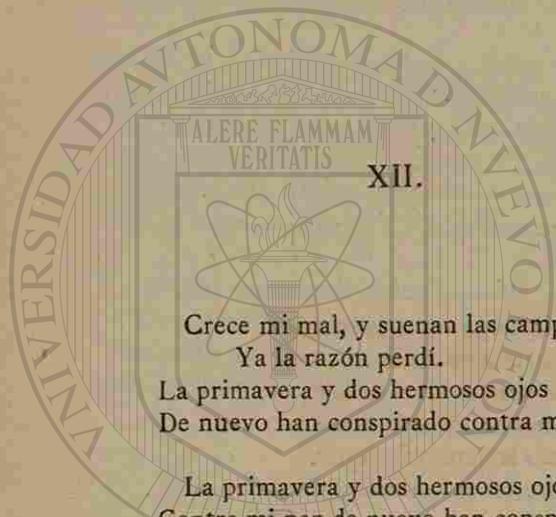
Habla así al gorrioncillo el gorrión viejo,
De la encina frondosa entre las ramas;
La hembra en aquel discurso del esposo
Sus *pios* bulliciosos intercala,
Que ella está allí también cómodamente
En el lugar de honor bien instalada.

Es una esposa fiel; dulce y casera,
Cubre sus huevos y jamás se enfada,
En tanto que en sus ocios el esposo
Da instrucción religiosa á su pollada.

XI.

Abrió ya todas las flores
La primavera gozosa,
Y si fuertes precauciones
Mi fiel corazón no toma,
Preso le veré bien pronto
Entre redes amorosas.

Mas ¿qué flor entre las flores
Será de mi amor señora?
El ruiseñor con su canto
Consejos me da que importan:
Me dice que desconfíe,
Que desconfíe entre todas
De las dulces violetas,
Tan castas y pudorosas.



Crece mi mal, y suenan las campanas;
 Ya la razón perdí.
 La primavera y dos hermosos ojos
 De nuevo han conspirado contra mí.

La primavera y dos hermosos ojos
 Contra mi paz de nuevo han conspirado:
 Creo que el ruiseñor y que las rosas
 En la conspiración se han complicado.

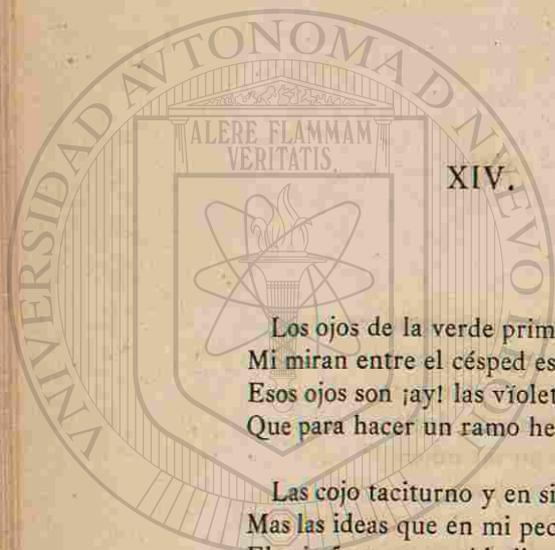
XIII.

¡Ay! derramar yo quisiera
 Lágrimas de amor sincero,
 Llenas de pena y delicias
 Y de ventura y de duelos;
 Pero temo no ver nunca
 Realizado mi deseo.

¡Ay amor! dulce miseria,
 ¡Ay amor! ventura amarga
 Yo siento como mezclados;
 Goce y pena se derraman
 En deliciosa tortura
 Sobre mi alma aun no curada.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Los ojos de la verde primavera
 Mi miran entre el césped escondidos:
 Esos ojos son ¡ay! las violetas
 Que para hacer un ramo he recogido.

Las cojo taciturno y en silencio;
 Mas las ideas que en mi pecho guardo,
 El ruiseñor canoro é indiscreto
 Las va con altas voces publicando.

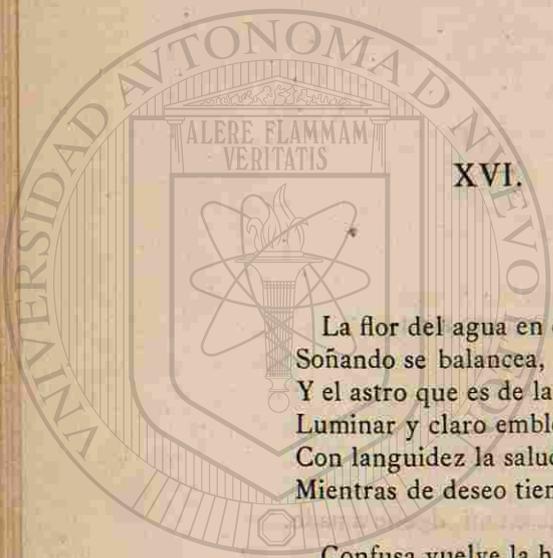
Su voz publica lo que mi alma piensa,
 Con notas que se pierden á lo lejos:
 Por eso sabe ya la selva entera
 El que siempre guardé dulce secreto.

XV.

Cuando pasas junto á mí
 Y me roza tu vestido,
 Silencioso y atrevido
 Se precipita hacia tí
 Mi corazón conmovido.

Mas si es que en mí, dueño amado,
 Fijas tus miradas bellas,
 Mi corazón fatigado
 Apenas puede cansado
 Seguir tus amantes huellas.





XVI.

La flor del agua en el lago
 Soñando se balancea,
 Y el astro que es de la noche
 Luminar y claro emblema,
 Con languidez la saluda,
 Mientras de deseo tiembla.

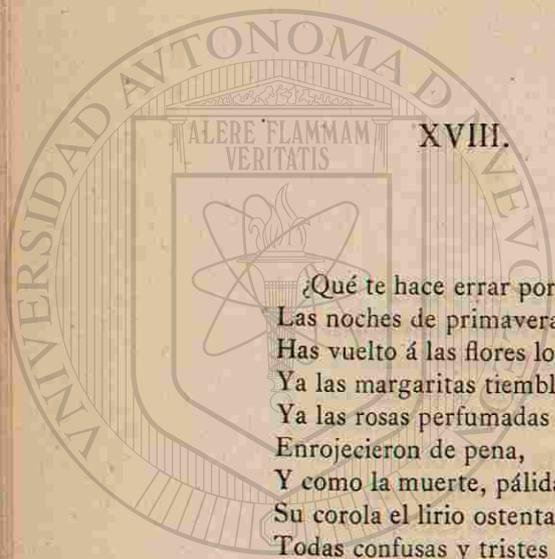
Confusa vuelve la hermosa
 A las ondas la cabeza,
 Y mira á sus pies entonces
 La faz amarilla y yerta
 Del amante que la ofrece
 Amor y constancia eterna.

XVII.

Si buena vista posees
 Y mis canciones contemplas,
 Verás una hermosa joven
 Que aquí y allá se pasea.

Si tienes fino el oído,
 Escucharás su voz tierna,
 Y sus risas y sus cantos
 Harán que tu alma enloquezca.

Con la luz de su mirada
 Melancólica y serena,
 Con el argentino acento
 De sus amantes querellas,
 Tu alma, cual llenó la mía,
 Llenará al fin de tristeza,
 Y soñador amoroso,
 Al llegar la primavera,
 Llevarás tu paso errante
 Por la abandonada selva.



XVIII.

¿Qué te hace errar por el bosque
 Las noches de primavera?
 Has vuelto á las flores locas:
 Ya las margaritas tiemblan;
 Ya las rosas perfumadas
 Enrojecieron de pena,
 Y como la muerte, pálida
 Su corola el lirio ostenta:
 Todas confusas y tristes
 Y turbadas se lamentan.

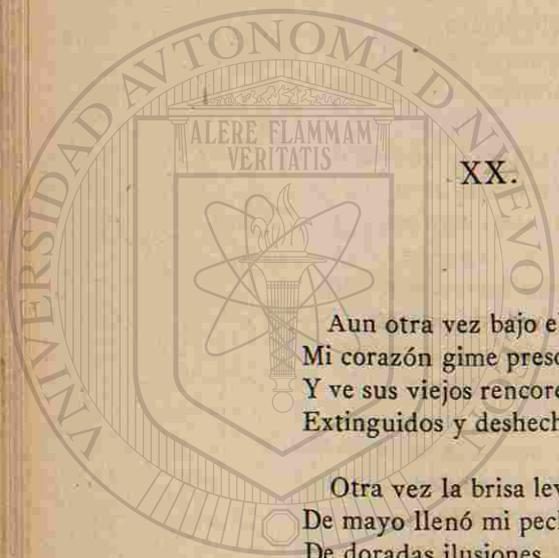
¿Qué alcurnia tan mojigata
 De flores ¡oh luna! es ésta?
 Tienen razón; una grande
 Falta cometí, y me pesa.
 Mas ¿creer podía acaso
 Que ellas oían mis quejas
 Cuando ardiendo en amor loco
 Hablaba con las estrellas?

XIX.

Cuando sobre mí posarse
 Tus ojos azules veo,
 Tanto mi mente delira,
 Que ni hablar tan sólo puedo.

Es en tus ojos azules
 En los que yo siempre pienso,
 Y en mar de azules ideas
 Siento inundarse mi pecho.

®



Aun otra vez bajo el yugo
Mi corazón gime preso,
Y ve sus viejos rencores
Extinguidos y deshechos.

Otra vez la brisa leve
De mayo llenó mi pecho
De doradas ilusiones
Y de dulces sentimientos.

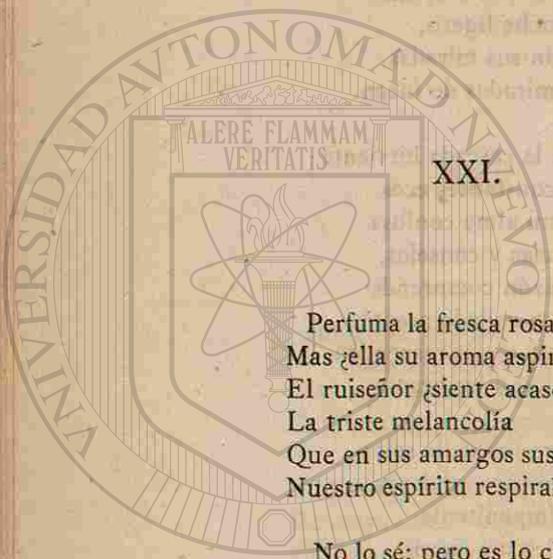
Las calles más frecuentadas
Mañana y tarde paseo,
Y bajo todas las alas
De paja de los sombreros
Ver de mi amor me parece
Los claros ojos serenos.

Aun otra vez yo las turbias
Ondas con ansia contemplo,

Y aun otra vez sobre el puente
Meditando me detengo.
¡Ah! tal vez por este sitio
Pase su coche ligero,
Y chocarán sus miradas
Con mis miradas de fuego.

Aun de la cascada hirviente
En los inconstantes ecos
Escucha mi alma confusa
Advertencias y consejos,
Y mi corazón comprende
Lo que con callado acento
Las blancas ondas responden
De las brisas á los besos.

Aun otra vez de la selva
En los confusos senderos,
Soñador impenitente
Melancólico me pierdo;
Y aun los pájaros del bosque
Cuando detienen su vuelo,
Del enamorado loco
Se burlan con dulce acento.



XXI.

Perfuma la fresca rosa,
 Mas ¿ella su aroma aspira?
 El ruiseñor ¿siente acaso
 La triste melancolía
 Que en sus amargos suspiros
 Nuestro espíritu respira?

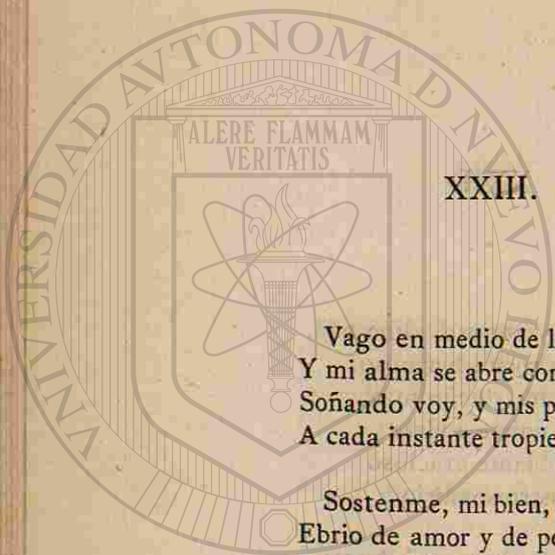
No lo sé; pero es lo cierto
 Que cual la rosa encendida
 Y el ruiseñor de los bosques,
 Sin sentir las penas mismas
 Las cantan, y el hombre siente
 Sus penas y sus desdichas,
 Sería en el mundo, á veces,
 Provechosa tal mentira.

XXII.

Te amo, y por eso, alma mía,
 Huyo de tu rostro hermoso.
 ¡No te enfades, dueño mío!
 ¿Cómo, dí, unirse podría
 Con tu semblante gracioso
 Mi triste rostro sombrío?

Porque es tu amor mi deseo,
 Mi cara de arrugas llena
 Miro, y triste y demacrada;
 Tú al fin me hallarías feo,
 Y evitar quiero esa pena:
 ¡No te enfades, mi adorada!





XXIII.

Vago en medio de las flores,
Y mi alma se abre con ellas;
Soñando voy, y mis pasos
A cada instante tropiezan.

Sostenme, mi bien, sin eso,
Ebrio de amor y de penas,
Rodaré al fin á tus plantas,
Y el jardín la gente llena.

XXIV.

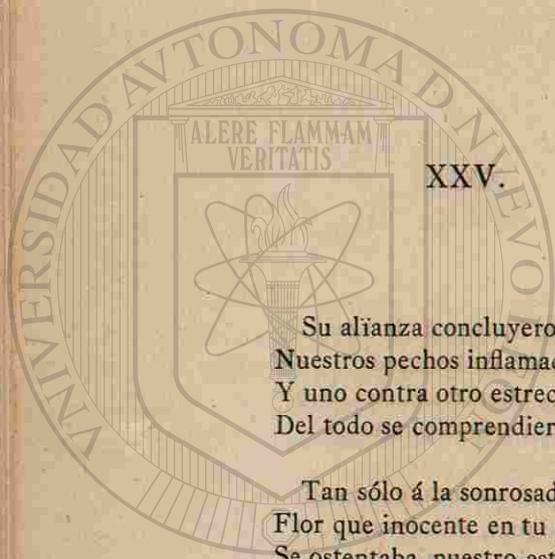
Cual la imagen de la luna
En el fondo de las aguas
Tiembla, mientras ella el cielo
Cruza con segura planta;

De igual modo tu camino
Tú prosigues, mi adorada,
Y sólo tu imagen tiembla
En mi corazón sin calma,
Cuando con sus locas penas
Mi fiel corazón batalla.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





XXV.

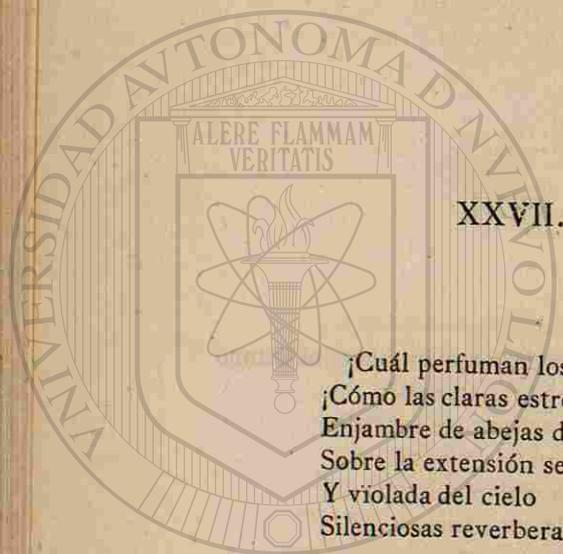
Su alianza concluyeron
 Nuestros pechos inflamados,
 Y uno contra otro estrechados,
 Del todo se comprendieron.

Tan sólo á la sonrosada
 Flor que inocente en tu pecho
 Se ostentaba, nuestro estrecho
 Abrazo dejó aplastada.

XXVI.

¿Quién inventó el reloj? ¿quién, dime, el tiempo
 En minutos partió y horas eternas?
 Un hombre helado y triste, que sentado
 Una noche de invierno fría y negra,
 Contaba con dolor la melancólica,
 Inacabable marcha de sus penas,
 Y el rumor del gusano que roía
 Con monótono ritmo la madera.

¿Quién, dí, inventó los besos? Una boca
 Inflamada de amor, dichosa y fresca,
 Que sus amantes besos derramaba
 Sin pensar que en el mundo hubiese penas:
 Era en mayo; las flores perfumadas
 Brotaban esparcidas por la tierra,
 Sonreía la luz, y enamorados
 Los pájaros cantaban en la selva.



XXVII.

¡Cuál perfuman los claveles!
 ¡Cómo las claras estrellas,
 Enjambre de abejas de oro,
 Sobre la extensión serena
 Y violada del cielo
 Silenciosas reverberan!

Blanca y seductora brilla
 La ciudad dormida y quieta,
 Tendida de los castaños
 A la sombra placentera.
 Yo escucho el rumor que al viento
 Da la acristalada puerta,
 Y de una voz dulce el eco
 Escucha mi alma, que tiembla.

¡Convulsión voluptuosa!
 ¡Emoción de encantos llena!

¡Tiernos y tímidos goces!
 Escuchan las rosas bellas,
 Y los ruiseñores cantan
 Ocultos en la floresta.

XXVIII.

¿No he soñado ya otras veces
La dicha que pruebo ahora?
¿No eran los árboles mismos,
Las mismas flores hermosas,
Los mismos besos, las mismas
Miradas halagadoras?

○ ¿No brillaba cual hoy brilla
La alta luna silenciosa,
Sus pálidos resplandores
Deslizando entre las hojas,
Que á nuestros castos amores
Prestaban su verde bóveda?
Los viejos dioses de mármol,
¿No se alzaban como ahora,
Custodiando nuestra dicha
Con su guarda silenciosa?

¡Ay! yo sé cómo se cambian
Esos sueños que la aurora

Del amor tiñe con dulces
Tintas de ópalo y de rosa;
Cómo las flores, marchitas
Miran al fin sus corolas;
Y cómo los altos tilos
De la enramada frondosa,
Por blanco manto de nieve
Truecan sus lucentes hojas.

Yo sé que un día cercano
Nosotros mismos, hermosa,
Llegaremos á hallar fría
La pasión que hoy nos devora;
A encontrar nuestra presencia,
Hoy nuestro anhelo, enojosa,
Y á olvidarnos... á olvidarnos,
Nosotros ¡mi bien! que ahora
Nos amamos con tal fuego
Y con ternura tan honda,
Y cuyos dos corazones
Hoy abrasados se tocan.

XXIX.

Los besos en la sombra arrebatados
Y vueltos en la sombra,
¡Cómo embriagan de dicha y de alegría
Y de ventura, el alma del que adora!

Mecida por dulcísimos recuerdos
Y aun más dulces presagios de alegrías,
Piensa entonces nuestra alma en muchas cosas
Que en el futuro duermen escondidas.

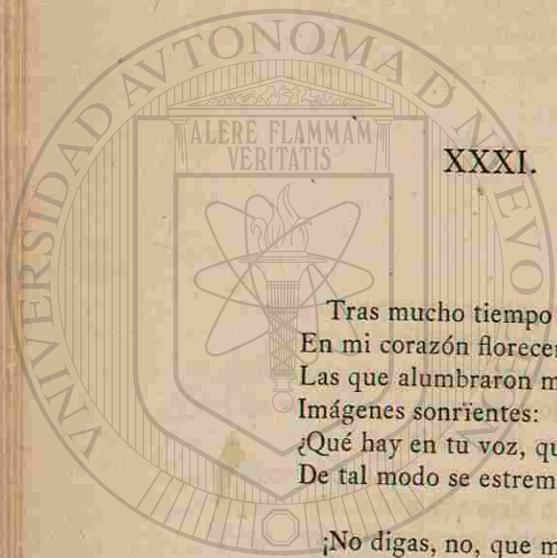
Mas ¡ay! tanto pensar es fastidioso.
Cuando un cuerpo gentil ciñen los brazos.
Llora más bien ¡mi amada! y que tus lágrimas
Presten dulce consuelo á tu quebranto.

XXX.

Érase un monarca anciano,
Su alma estaba fatigada,
Su cabello estaba cano:
Aquel viejo soberano
Tomó joven desposada.

Érase un alegre paje
Aun más rubio que el celaje
Que anuncia la blanca aurora;
Él la cola del ropaje
Llevaba de su señora.

¿Conoces tú la canción?
¡Cuán triste en mi corazón
Resuena y ha resonado!
Sucumbir fué su misión;
¡Se adoraban demasiado!



Tras mucho tiempo extinguidas,
 En mi corazón florecen
 Las que alumbraron mi vida
 Imágenes sonrientes:
 ¿Qué hay en tu voz, que mi alma
 De tal modo se estremece?

¡No digas, no, que me adoras!
 ¡No digas, no, que me quieres!
 Yo sé que todo lo hermoso
 Que sobre la tierra crece,
 Amores y primavera,
 Por destino horrible deben
 Perecer en breve plazo,
 Morir en término breve!

¡No digas, no, que me adoras!
 ¡No digas, no, que me quieres!
 Cierra tu boca, bien mío,

Y abrázame solamente.
 Cierra tu boca y sonríe,
 Sonríe feliz y alegre
 Cuando mañana estas rosas
 Ya deshojadas te enseñe.

XXXII.

Por la luz de la luna embriagada
La flor del tilo su perfume esparce,
Y los vientos y bosques se estremecen
Del negro ruiseñor con los cantares.

—«Dulce es ¡por Dios! amado de mi alma,
Bajo los altos tilos reclinarse
Cuando vierten los rayos de la luna
Su luz entre los claros del follaje.

»Mira esta hoja ¡mi bien! la forma tiene
De un corazón que tierno palpitase;
Por eso entre los árboles del bosque
Sólo el tilo prefieren los amantes.

»Pero sonríes y mi voz no escuchas,
Cual si en lejanos sueños te abismases,
Dime ¡mi bien! refiéreme al oído
Esos deseos que en tu pecho laten.»

—«¡Ah! con placer te lo diré ¡mi amada!
Quisiera ¡oh cielos! que hasta aquí enviase
El frío norte ráfaga de viento
Que de nieve cubriera el ancho valle.

»Y que nosotros, en trineos bellos
Pintados de colores, palpitantes,
Entre el crujir del látigo que estalla,
Entre el rumor del cascabel sonante,
Bien envueltos en pieles, recorriéramos
Las riberas desiertas y glaciales.»

XXXIII.

A la luz de la luna, yo ví anoche
Leves pasar los elfos atrevidos,
De sus campanas escuché los ecos,
Y escuché de sus cuernos el sonido.

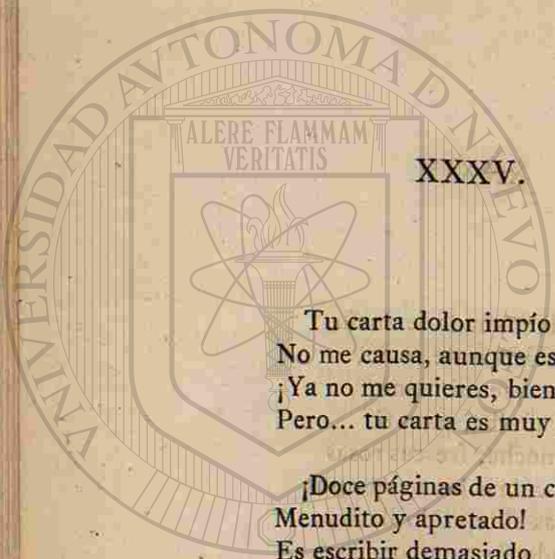
Cabalgaban con ricos paramentos
En corceles brillantes y blanquísimos,
Y rasgaban el viento más veloces
Que una banda de cisnes sorprendidos.

La Reina, sonriendo, en la carrera
Me hizo al pasar con la cabeza un signo.
¿Sonreía por verme nuevamente
Enamorado y triste y pensativo,
Ó fúnebre presagio su sonrisa
Fué tal vez de mi muerte y mi destino?

XXXIV.

Por la mañana te envío,
Aun cubiertas de rocío,
Violetas que mi mano
Cortó, al alba, para tí.
Por la noche, frescas rosas
Que al cubrir las tenebrosas
Sombras el tendido llano,
Pensando en tu amor, cogí.

¿Sabes tú lo que en tu oído,
Con eco amante y rendido,
Con lenguaje misterioso
Dicen las flores de miel?
Que me ames durante el día,
Y que en la noche sombría
Tu corazón cariñoso
Sea á mi cariño fiel.



Tu carta dolor impío
 No me causa, aunque es amarga;
 ¡Ya no me quieres, bien mío!
 Pero... tu carta es muy larga.

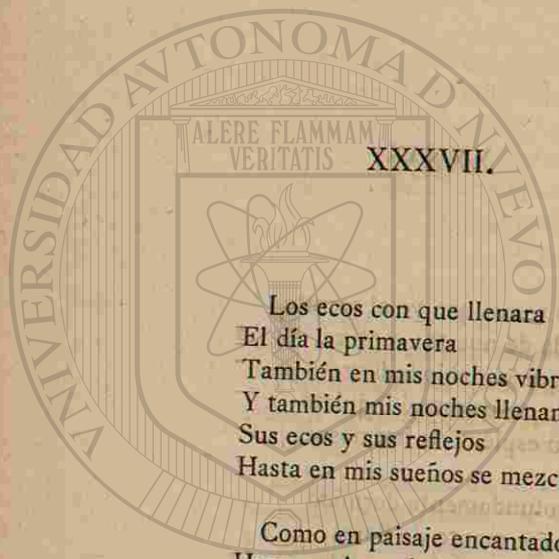
¡Doce páginas de un corte
 Menudito y apretado!
 Es escribir demasiado
 Para dar un pasaporte.

XXXVI.

No temas que yo el secreto
 Venda de nuestra ventura,
 Aunque mi labio indiscreto
 Hable entusiasta é inquieto
 De tu espléndida hermosura.

Profundamente dormido
 Bajo ese manto de flores
 Y entre sus hojas perdido,
 De mis discretos amores
 Está el secreto escondido.

Y si entre las frescas rosas
 Lucen llamas sospechosas,
 No temas, hermosa mía;
 Nadie ya cree en tales cosas,
 Y lo creerán poesía.



Los ecos con que llenara
 El día la primavera
 También en mis noches vibran
 Y también mis noches llenan.
 Sus ecos y sus reflejos
 Hasta en mis sueños se mezclan.

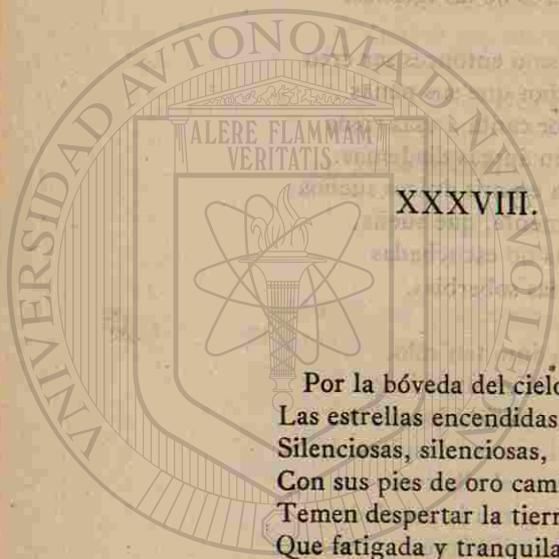
Como en paisaje encantado
 Hay en mis noches serenas
 Pájaros que entonces cantan
 Con melodías más bellas.
 Son las brisas más suaves,
 Y de la azul violeta,
 Más lascivo y más ardiente
 El perfume el viento llena.

También esplendor más vivo
 Las castas rosas ostentan,
 Ceñidas por limbos de oro

Como las rubias cabezas
 De los ángeles que adornan
 Los cuadros de las iglesias.

Yo mismo entonces ser creo
 Un ruiseñor que sus penas
 Y su amor canta á esas rosas
 Que ciñen áureas diademas.
 Y entona en mis dulces sueños
 Mi loca mente, que sueña,
 Armonías no escuchadas
 Y melodías soberbias.

Y todo dura tan sólo,
 Tan sólo el encanto llega
 Hasta que del sol los rojos
 Resplandores me despiertan,
 Ó despierto al alboroto
 Con que agitan la arboleda
 Esos otros ruiseñores
 Que, al brillar la aurora bella,
 Enfrente de mi ventana
 Mientras cantan juguetean.



XXXVIII.

Por la bóveda del cielo
 Las estrellas encendidas,
 Silenciosas, silenciosas,
 Con sus pies de oro caminan;
 Temen despertar la tierra,
 Que fatigada y tranquila,
 Entre la discreta sombra
 De la noche está dormida.

Pero las selvas calladas
 Las escuchan y las miran;
 Verde oreja es cada hoja
 De la enramada sombría,
 Y en sus sueños molestada
 Por inquietas pesadillas,
 Sus largos brazos de sombra
 Tiende la montaña altiva.

Pero ¿quién llama? resuena
 Con misteriosa armonía
 El eco de esos acentos
 En mi pecho que vacila.
 ¿Es la voz de mi adorada?
 ¿Ó es tan sólo la sentida
 Voz del ruiseñor oscuro
 Que en la enramada se agita?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pero quién llama resaca
 Con misteriosa armonía
 El eco de esas ventas
 En mi pecho que ya
 Es la voz de mi dolor
 Que en la
 Vos del ruseñor dolor secreto

XXXIX.

Es triste la risueña primavera,
 Y tristes son sus sueños;
 Sufre la fresca flor, y hay en el dulce
 Canto del ruseñor dolor secreto.

¡Oh, no sonrías, no, bella adorada,
 Con gentil alegría!
 Lloro, sí, que una lágrima quisiera
 Con mis besos secar en tu mejilla.

Melancólicas y trandolía
 Lleva en mi alma la imagen
 Por los lados por las cimas
 Por todas partes camino
 Zonas de ventos climas
 ¡Adios mi bien cuando crece
 Pluvias de desparcidas

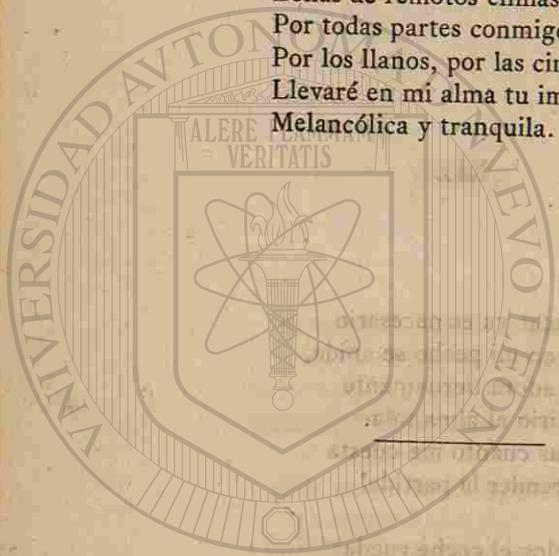
XL.

Arrancar ya es necesario
 Cuanto en mi pecho se anida,
 Cuanto adora tiernamente
 Con delirio el alma mía.
 ¡Si vieras cuánto me cuesta
 El emprender la partida!

Ya veloz el coche rueda
 Sobre el puente, que vacila;
 Bajo del puente, del río
 Corren las aguas sombrías;
 Aun una vez ¡adiós! digo
 A mi ventura perdida
 Y á aquel corazón ingrato
 Que amé con idolatría.

Las estrellas en el cielo
 Melancólicas desfilan,
 Cual si de mi amarga pena

Huyesen despavoridas.
 ¡Adiós, mi bien! cuando cruce
 Zonas de remotos climas,
 Por todas partes conmigo,
 Por los llanos, por las cimas,
 Llevaré en mi alma tu imagen
 Melancólica y tranquila.



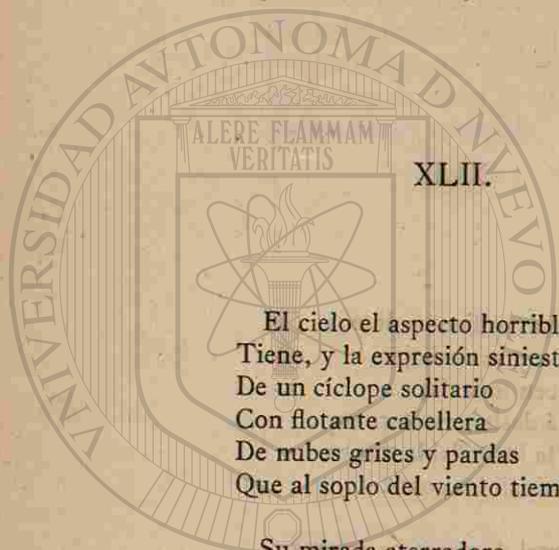
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XLI.

Los más ardientes deseos
 Florecen y se deshojan,
 Y florecen todavía,
 Y aun á deshojarse tornan.
 ¡Hasta la insondable tumba
 Así caminan las cosas!

Por mal de nuestros amores
 Sé tal verdad, vida mía.
 Mi corazón es tan sabio,
 Que en silencio lo adivina,
 Y en el fondo de mi pecho
 Ardiente sangre destila.





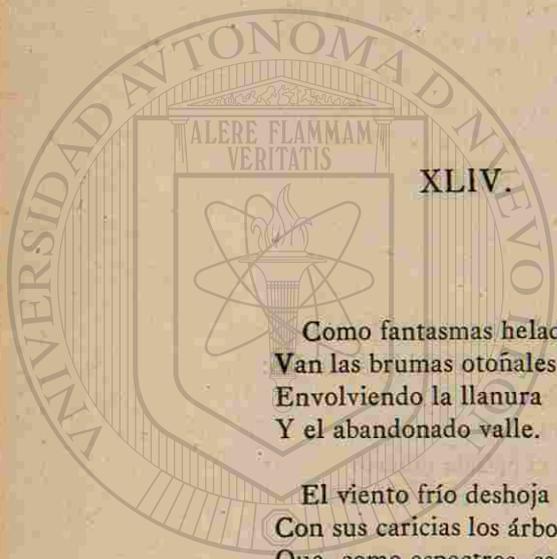
El cielo el aspecto horrible
 Tiene, y la expresión siniestra
 De un cíclope solitario
 Con flotante cabellera
 De nubes grises y pardas
 Que al soplo del viento tiemblan.

Su mirada aterradora
 Dirige á la fértil tierra,
 Y hojas y flores perecen,
 Y hojas y flores se secan.
 Y el amor y las canciones
 De la ardiente primavera,
 También en el alma triste
 Se marchitan y se hielan.

XLIII.

Helado el corazón, triste, aterido,
 Recorro el mundo, como yo aburrido:
 El otoño termina,
 Y cual sudario yerto,
 Cubre el paisaje muerto
 Con húmedos vapores la neblina.

El viento silba al azotar las hojas,
 Que de la selva, pálidas y rojas,
 Huyen con eco leve;
 Suspira la enramada;
 Se alza la bruma helada,
 Y lo que es peor: llueve y más llueve.



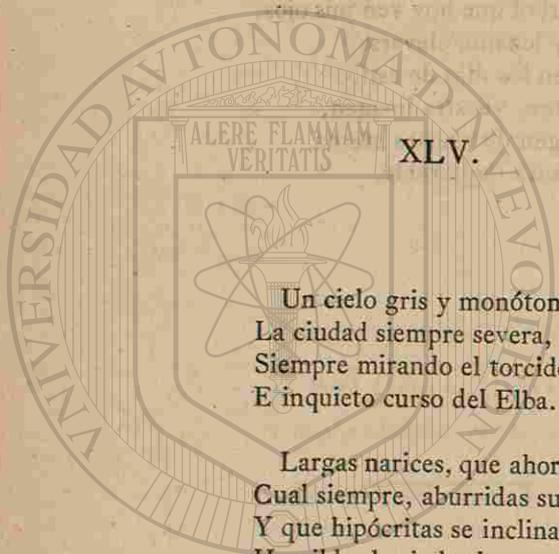
Como fantasmas helados
Van las brumas otoñales
Envolviendo la llanura
Y el abandonado valle.

El viento frío deshoja
Con sus caricias los árboles,
Que, como espectros, se elevan
Desnudos y sin follaje.

Uno tan solo, uno solo,
Aun cubierto de ramaje,
Triste y callado, resiste
De las brisas el embate.

Y á veces sacude lento
Su cabellera flotante,
Humedecida con lágrimas
De dolor inconsolable.

Como ese campo desierto
Es mi corazón amante;
Y ese árbol que hoy ven mis ojos,
Verde y lozano, elevarse
Como en los días de estío,
Es, señora, vuestra imagen,
La imagen de vuestra eterna
Hermosura inalterable.



Un cielo gris y monótono,
La ciudad siempre severa,
Siempre mirando el torcido
E inquieto curso del Elba.

Largas narices, que ahora,
Cual siempre, aburridas suenan,
Y que hipócritas se inclinan
Humildes hacia la tierra,
O se hinchan presuntuosas
Con gravedad altanera.

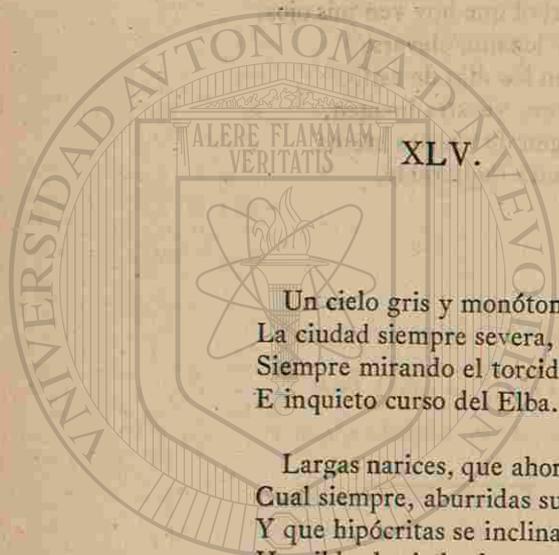
¡Oh costas del Mediodía!
¡Cuánto vuestra hermosa tierra,
Vuestro cielo, y de ese cielo
Las divinidades bellas
Adoro, después que han vuelto
A ver mis ojos, con pena,
Estos hombres que me espantan,
Y este clima que me hiela!

HOJAS CAÍDAS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Un cielo gris y monótono,
La ciudad siempre severa,
Siempre mirando el torcido
E inquieto curso del Elba.

Largas narices, que ahora,
Cual siempre, aburridas suenan,
Y que hipócritas se inclinan
Humildes hacia la tierra,
O se hinchan presuntuosas
Con gravedad altanera.

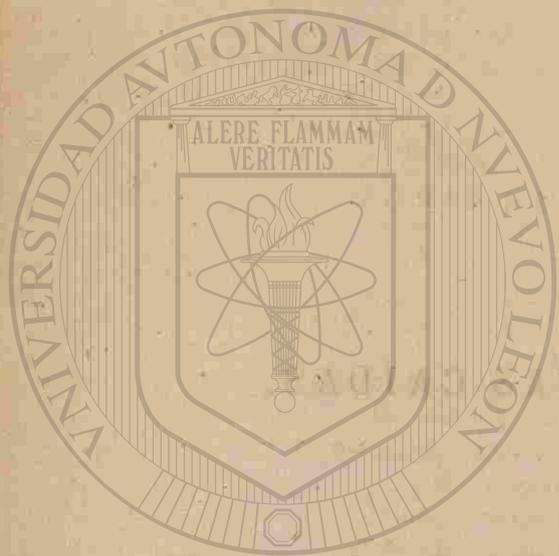
¡Oh costas del Mediodía!
¡Cuánto vuestra hermosa tierra,
Vuestro cielo, y de ese cielo
Las divinidades bellas
Adoro, después que han vuelto
A ver mis ojos, con pena,
Estos hombres que me espantan,
Y este clima que me hiela!

HOJAS CAÍDAS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

LA BARCA.

¡Carcajadas y canciones!
Los rayos del claro sol
Sobre las aguas derraman
Su sonriente fulgor:
Alegre barca las ondas
Mecen con su oscilación;
Con mis amigos mejores
Sentado en ella voy yo.

Choca la barca, deshecha
En mil trozos por el mar.
Eran malos nadadores
Mis amigos, por su mal,
Y en las rocas de la patria
Se vinieron á estrellar.
A mí á los bordes del Sena
Me llevó la tempestad.

®

Otra vez los mares cruzo
 Sobre nueva embarcación:
 Nuevos amigos contemplo
 Girar á mi alrededor:
 De extraños mares me arrulla
 La melancólica voz.

¡Qué lejos está mi patria!
 ¡Qué triste mi corazón!

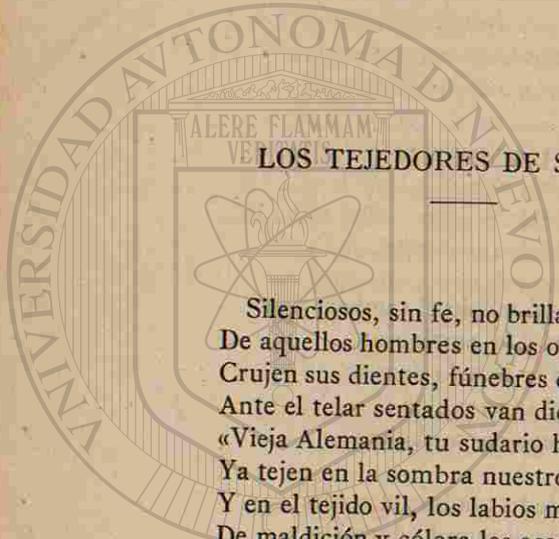
¡Canción nueva, y nuevas risas!
 Silba el viento con afán:
 Cruje herido el maderamen,
 Que bate iracundo el mar.
 Ya el postrer astro en el cielo
 Extinguió su claridad.
 ¡Qué triste que está mi pecho!
 ¡Qué lejos mi patria está!

LA DIANA

Bate sin miedo el tambor,
 Y abraza á la cantinera:
 He aquí la ciencia entera;
 Esta, del libro mejor,
 Es la acepción verdadera.

Que de tu tambor el ruido
 Despierte al mundo dormido:
 Toca con ardor diana.
 ¡Adelante, siempre erguido!
 Es la ciencia soberana.

De Hegel es el profundo
 Sentido más acabado;
 Lo aprendí, y está probado:
 Soy un muchacho de mundo,
 Y un tambor aprovechado.


 LOS TEJEDORES DE SILESIA.

Silenciosos, sin fe, no brilla el llanto
De aquellos hombres en los ojos secos.
Crujen sus dientes, fúnebres canciones
Ante el telar sentados van diciendo:
«Vieja Alemania, tu sudario helado
Ya tejen en la sombra nuestros dedos,
Y en el tejido vil, los labios mezclan
De maldición y cólera los ecos.
¡Tejemos! ¡Tejemos!

»Maldito sea el Dios de los dichosos,
Al que elevamos míseros acentos,
Del hambre horrible en los eternos días
Y en las heladas noches del invierno:
En vano en su piedad la fe pusimos;
Él nos vendió, burlados: ¡pobres necios!
¡Tejemos! ¡Tejemos!

»Maldito sea el rey, el rey del rico,

Al cual en vano, de amargura llenos,
Misericordia y compasión pedimos:
De nuestra bolsa ruin el postrer sueldo
Él arrancó con avidez, y ahora
Ametrallarnos hace como á perros.
¡Tejemos! ¡Tejemos!

»Maldita nuestra patria también sea,
Nuestra patria alemana, donde el cielo
Cubre tan sólo oprobio, mal é infamias,
Donde, al abrir sus pétalos al viento,
Se marchita la flor, y sólo viven
La laceria, el engaño, el vilipendio.
¡Tejemos! ¡Tejemos!

»La lanzadera vuela, el telar cruje;
Días y noches sin cesar tejemos.
Vieja Alemania, tu sudario helado
Ya tejen en la sombra nuestros dedos,
Y mezclan nuestros labios al tejido,
De maldición y cólera los ecos.
¡Tejemos! ¡Tejemos!»

CON MOTIVO DE LA LLEGADA
DE UN AMIGO.

—Oh, amigo mío, el de las largas piernas,
El de las largas piernas de progreso.
¿Por qué á París tan azorado vienes?
¿Qué hay tras el Rhin de nuevo?
¿Ha sonado por fin en nuestra patria
De libertad el salvador acento?

—Todo va á maravilla: en nuestra patria
Hay paz fecunda, bendición del cielo;
Y Alemania, con pie firme y seguro,
Con pacíficos medios,
En lo exterior y en lo interior su vida,
Poco á poco, con calma, va extendiendo.

Prósperos somos, sí; no lá de Francia
Prosperidad superficial tenemos,
Donde la libertad va destrozando
El exterior progreso:

Su libertad el alemán no lleva
Sino de su alma en los profundos senos:

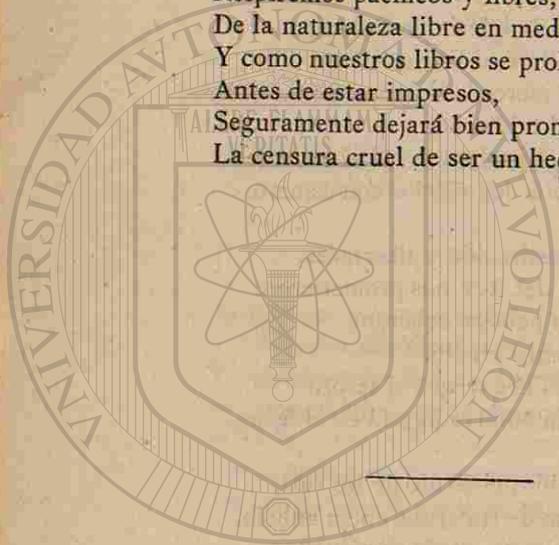
Ya acabóse la iglesia de Colonia;
De Hohenzollern al linaje excelso
Debemos tal merced; Halzbourgo un poco
Contribuyó á tal hecho,
Y un rey de Wittelsbach fué el encargado
De hacer pintar los vidrios con esmero.

Leyes, constitución y libertades,
Con palabra del Rey nos prometieron,
Y del Rey la palabra soberana
Joya es de tanto precio,
Cual de los Niebelungos el tesoro
Que del Rhin enterrado está en el lecho.

El libre Rhin, el Bruto de los ríos,
Que nadie ha de robarnos en su anhelo,
Los holandeses graves lo sostienen
Por las plantas sujeto,
Y los suizos pacíficos lo guardan
Por la altiva cabeza prisionero.

Dios también una flota nos regala;
De una armada alemana, ya hablaremos;
Y la sobra de vida de la patria
Ya sobre barcos nuestros
Se extenderá gallarda y altanera,
De corrección las casas suprimiendo.

Llegó la primavera; la flor brota,
 Los gérmenes estallan ante el viento;
 Respiremos pacíficos y libres,
 De la naturaleza libre en medio;
 Y como nuestros libros se prohíben
 Antes de estar impresos,
 Seguramente dejará bien pronto
 La censura cruel de ser un hecho.—



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡ESTAD TRANQUILOS!

De Bruto con el sueño dormimos confiados;
 Mas despertó, y á César hirió con su puñal;
 Que los romanos eran malsines desalmados,
 Insignes tiranófagos sin ley y sin piedad.

No vive entre nosotros romano peligroso;
 Fumamos buen tabaco; tocó á cada nación
 Una grandeza; Suavia, es el país dichoso
 Que la mejor morcilla á fabricar llegó.

Nosotros somos probos, germanos que dormimos
 Con sueño sano y dulce, con sueño sin doblez;
 Al despertar es cierto que á veces sed sentimos,
 Mas nunca de la sangre de nuestros reyes es. ®

Como la vieja encina, como el añoso tilo,
 Nosotros somos fieles y fieros á la par:
 Del tilo y las encinas en el país tranquilo,
 Seguramente un Bruto no nacerá jamás.

Y si es que por acaso un Bruto aquí naciera,
En vano, en vano un César buscar pudiera aquí;
En cambio tenemos, en vez de su alma fiera,
Pasteles con especias, que no hay más que pedir.

Reyes y reyezuelos, que altivos se presentan
(No es una cifra enorme), tenemos treinta y seis.
Estrellas protectoras sobre su pecho ostentan:
De marzo por los Idus no tienen que temer.

Y padres les decimos, y patria apellidamos
A este país honrado, que como herencia real
Fué á nuestros reales padres: también idolatramos
Las berzas con salchichas, magnífico manjar.

Quando á los tales padres hallamos distraídos,
Nuestros sombreros ruedan ante sus reales pies:
No es la Alemania inmunda caverna de bandidos;
Romanos tiranófagos jamás podremos ser.

Cebamos nuestros reyes, mas no los devoramos:
No es nuestra ley pagana, cristiano es nuestro afán:
Nuestro sabroso pato por San Martín matamos,
Y lleno de castañas á nuestro vientre va.

EL TAMBOR MAYOR.

¡Qué cambio! miradle, es el cansado,
Viejo tambor mayor:
Allá cuando el imperio florecía,
Rozagante y feliz se contempló.

Erguido, y en los labios la sonrisa,
Orgullosa movía su bastón;
Los galones de plata de su traje
Brillaban deslumbrantes ante el sol.

Quando entraba en aldeas y en ciudades,
Entre alegres redobles de tambor,
De niñas y mujeres se agitaba,
Cual eco del redoble, el corazón.

Llegar, ver y vencer fué su destino,
Cual el del nuevo César, su señor;
Y el llanto de las rubias alemanas
Su rizado bigote humedeció.

Preciso era sufrirlo; en cada tierra
Que la planta del César dominó,
Los hombres el Monarca sojuzgaba,
Las mujeres hermosas el tambor.

Pacientes, cual encinas alemanas,
Mucho tiempo sufrimos tal baldón;
Licencia al fin para librar la patria
Nos dió nuestro legítimo señor.

Cual del circo en la arena el bravo toro,
Erguimos nuestros cuernos con furor,
Y los cantos de Koerner entonando,
Del francés sacudimos la opresión.

¡Canto terrible! sí; de horrible modo
En los oídos del francés sonó;
Y de espanto el espíritu invadido
Huyeron el monarca y el tambor.

El precio, al fin, un día hallaron ambos
De su vida satánica y feroz,
Y en manos del inglés, vencido y triste,
Prisionero cayó Napoleón.

De Santa Elena en el peñón desierto,
Sufrió martirio, y penas y dolor;
Tras sufrimientos largos é indecibles,
De un cáncer del estómago espiró.

Destituído, y sin amparo y viejo,

La misma fué la suerte del tambor;
Por no morir de hambre, el desdichado
En nuestro hotel como criado entró.

Él la sartén caliente, el piso lava;
Y conduciendo el agua, en su dolor
Sube con frente gris y vacilante
La escalera, escalón tras escalón.

Cuando mi buen amigo Federico
A visitarme va, su buen humor
No se priva del goce de reirse,
A costa del rendido gigantón.

¡Oh, déjate de bromas, Federico!
No es digna de un germano la misión
De abrumar con sonrisas los caídos,
Con mofas y con burlas el dolor.

Tratar debes, amigo, tales gentes
Con más respeto y más circunspección.
¡Por parte de tu madre, padre tuyo
Acaso sea el mísero tambor!

EL EMPERADOR DE LA CHINA.

Mi padre fué un zoquete, templado y receloso;
Mas yo el champagne apuro, y sé un monarca ser.
¡Oh mágica bebida! yo descubrí gozoso,
Que cuando alegre libo el néctar espumoso,
La China se embriaga de gloria y de placer.

Cual tulipán precioso de púrpura manchado,
Mi imperio, flor de Oriente, se extiende aquí y allá.
A ser yo casi un hombre ¡oh cielos! he llegado,
Y hasta mi esposa misma, mi esposa, en cinta está.

Y por doquier la dicha y la abundancia crece:
Se curan los enfermos, mitígame el dolor;
Y hasta Confucio, el sabio de corte, me parece
Que filosofa ahora con claridad mayor.

El negro pan del pueblo trocöse en pastaflora;
El pobre sus harapos por sedas cambió,
Y el mandarín, el sabio, legión abrumadora

De monos jubilados, recobran en buen hora
La varonil firmeza que de su cuerpo huyó.

Chinesca maravilla que desafía al cielo,
VÍ de Pekín la iglesia severa terminar;
Los últimos judíos la buscan con anhelo,
Bautismo allí reciben, y por premiar su celo
Les voy del dragón negro la cuarta cruz á dar.

La revolucionaria idea se ha apagado,
Y—«Oh, no, ya no queremos tener constitución,—
Hasta el *nantschou* más noble exclama entusiasmado,
—Es al *Kantschou*, al *schlago* al que ama la nación.»

Me dicen los doctores: «no bebas,» mas yo bebo,
Y sorbo y sorbo apuro, cumpliendo mi deber;
Se trata de mis pueblos, á su salud me debo,
Y debo por su dicha beber y más beber.

Y un vaso, venga un vaso, un vaso todavía;
Yo mi salud á China daré con loco afán;
Mis chinos más felices se juzgan cada día,
Y bailan, mientras cantan, riendo de alegría:
«Heil dir in Siegerkranz, Retter des Vaterlands.»¹

¹ Ceñid la corona de vencedor, salvador de la patria.

INSOMNIO.

Cuando de noche pienso en Alemania,
No desciende á mis párpados el sueño;
Mis ojos no se cierran, mas los mojan
Mis lágrimas de fuego.

El tiempo va pasando; ya doce años
Desde que vi á mi madre trascurrieron;
Con la ausencia se acrecen cada día
Mi pena y mis deseos.

Aumentan mis deseos y mis penas;
De extraño hechizo preso,
A todas horas en mi mente viene
La viejecita, que conserve el cielo.

La pobre vieja me idolatra tanto,
Que hasta en sus cartas veo
Cómo su mano tiembla, y cuál se agita
Su corazón de madre allá en su pecho.

No se escapa mi madre de mi mente;
Doce años trascurrieron,
Doce años de dolor huyeron tardos,
Después que la estreché contra mi pecho.

Será eterna Alemania,
Es país de robusto y sano cuerpo:
Con sus fuertes encinas, con sus tilos,
Siempre podré encontrar su amado suelo.

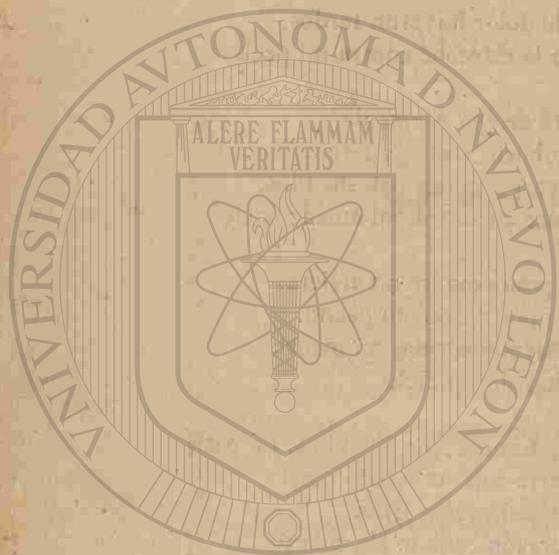
Si allí mi pobre madre no viviera,
No suspirara por volver mi pecho.
No morirá Alemania, mas mi madre
Puede volar al cielo.

¡Cuántos, después que abandoné mi patria,
Besó la muerte con su helado beso!
¡Sangre derrama triste
Mi pobre corazón cuando los cuento!

Y es preciso contarlos; con el número
Aumenta mi dolor, y que los muertos,
Fríos y tristes ruedan,
Creo ¡gran Dios! sobre mi herido pecho.

¡Dios de bondad! por mi balcón penetra
Del sol de Francia el resplandor sereno;
Mi esposa llega, y su sonrisa aleja
Mis patrios melancólicos recuerdos.

FIN.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE.

	Págs.
PRÓLOGO.....	v
NOTICIA ACERCA DE ENRIQUE HEINE.....	xvii
L'INTERMEZZO.....	1
EL MAR DEL NORTE.....	75
Coronamiento.....	77
El crepúsculo.....	79
La noche en la playa.....	81
Poseidón.....	84
En el camarote, durante la noche.....	87
La calma.....	91
En el fondo del mar.....	93
Purificación.....	97
La paz.....	99
Saludo de la mañana.....	102
La tempestad.....	105
El naufragio.....	107
Los dioses griegos.....	110
Cuestiones.....	115
El puerto.....	117
Epílogo.....	121
EL REGRESO.....	123
NUEVA PRIMAVERA.....	233
HOJAS CAÍDAS.....	293
La barca.....	295
La diana.....	297
Los tejedores de Silesia.....	298
Con motivo de la llegada de un amigo.....	300
¡Estad tranquilos!.....	303
El tambor mayor.....	305
El Emperador de la China.....	308
Insomnio.....	310



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE
DIRECCIÓN GENERAL DE BIB

BIBLIOTECA CLÁSICA.

OBRAS EN PREPARACIÓN.

	Tomos.
Cicerón. — Los seis tomos que faltan para sus <i>Obras completas</i> , traducidas directamente del latín por el Sr. Menéndez Pelayo.....	6
Polibio. — <i>Historia romana</i> , traducida del griego por D. Antonio Rui Bamba.....	2
Horacio. — <i>Obras completas</i> , traducidas en verso y anotadas por D. Javier de Burgos.....	4
Tucidides. — <i>Historia de las guerras del Peloponeso</i> , traducción del griego por D. Diego Gracián, corregida por D. Marcelino Menéndez Pelayo..	2
Diógenes Laercio. <i>Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres</i> , traducidas del griego por D. José Ortiz y Sanz.....	2
Tito Livio. — <i>Décadas de la Historia romana</i> , traducidas del latín al castellano por Fray Pedro de la Vega, corregidas y aumentadas posteriormente por Arnaldo Brikman.....	6
Líricos griegos. — <i>Anacreonte, Safo, Tirteo, etc.</i> , traducción en verso directa del griego de Castillo y Agensa, Canga Argüelles y Conde....	1
Séneca. — Los siete libros titulados: «De la Divina Providencia», «De la vida bienaventurada», «De la tranquilidad del ánimo», «De la constancia del sabio», «De la brevedad de la vida», «De la consolación» y «De la pobreza», traducción directa del latín por el licenciado Pedro Fernández de Navarrete.....	1
Los siete libros titulados «De beneficios», traducidos del latín por Pedro Fernández de Navarrete.....	1
Quinto Curcio Rufo. — <i>De la vida y acciones de Alejandro el Grande</i> , traducido del latín por D. Mateo Ibáñez de Segovia.....	2
Marco Aurelio. — <i>Soliloquios</i> , traducidos del griego por D. Jacinto Díaz de Miranda.....	1

	Tomos.
Plauto. — <i>Teatro completo</i> , traducción directa del latín por el Sr. González Garvín, catedrático de la Universidad de Granada	4
Terencio. — <i>Teatro completo</i> , traducción directa del latín por D. Andrés Baquero	1
Lucrecio. —El poema <i>De la naturaleza de las cosas</i> , traducción en verso del abate Marchena, corregida por D. Marcelino Menéndez Pelayo...	1
Sofocles. — <i>Teatro completo</i> , traducción directa del griego por D. Fernando Brieva Salvatierra, catedrático de la Universidad de Granada....	2
Eurípides. — <i>Teatro completo</i> , traducción directa del griego por D. Fernando Brieva Salvatierra, catedrático de la Universidad de Granada....	4
Suetonio. — <i>Vidas de los doce Césares</i> , traducción directa del latín por D. Norberto Castilla.....	4
Maquiavelo. — <i>Obras políticas</i> , versión directa del italiano.	1
Heine. — <i>Leyendas</i> , traducción en verso de D. José J. Herrero.....	1

BIBLIOTECA DE LOS AMERICANISTAS.

Tiene por objeto la publicación de libros inéditos ó sumamente raros que se ocupan de la historia ó de los idiomas del Nuevo Mundo, y que, ó son desconocidos de las personas estudiosas, ó se venden á precios muy elevados los pocos ejemplares que hay en el comercio.

Publicaránse dos tomos al año en 4.º español, de 500 á 600 páginas, en papel de hilo y tipos elzevirianos, con portada y cubierta impresas con tintas roja y negra.

La tirada es de quinientos ejemplares numerados, estando impreso el nombre de cada suscriptor al reverso de la portada y debajo del número correspondiente á su ejemplar.

Precio de la suscripción: *doce pesetas y cincuenta céntimos* cada tomo.

Precio en venta: *quince pesetas* cada tomo.

Las obras que consten de varios tomos no se pondrán á la venta hasta que esté terminada la impresión de todos ellos.

Se han publicado los dos de que consta la obra, hasta ahora inédita, titulada

HISTORIA DE GUATEMALA

6

RECORDACIÓN FLORIDA

ESCRITA EN EL SIGLO XVII POR EL CAPITÁN

D. FRANCISCO ANTONIO DE FUENTES Y GUZMÁN.

El manuscrito original que existe en la Biblioteca del Palacio Real ha sido copiado con escrupulosa exactitud.

Acompañan al texto numerosas notas y aclaraciones y va precedido de un extenso discurso preliminar, debidos aquéllas y éste al Sr. D. Justo Zaragoza.

Contiene además dicho tomo un mapa de las tierras que describe, litografiado con nueve colores, copia exacta del mapa unido al manuscrito de Fuentes y Guzmán.

